

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ZARAGOZA

**LA CONSTRUCCIÓN PSÍQUICA DE LA MUJER EN LA OBRA DE SIGMUND
FREUD DESDE UNA PERSPECTIVA LACANIANA HACIA UN DEBATE CON
ALGUNOS FEMINISMOS**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

PRESENTAN:

OSCAR GERARDO RODRÍGUEZ NÚÑEZ

SUSANA VARGAS CARO

ASESORA:

MTRA. SARA GUADALUPE UNDA ROJAS

MAYO DE 2004



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Dedicada a todos aquellos que conocí y ame,
en los que fueron los años más felices de mi vida y
especialmente a la UNAM, que me abrió sus
puertas. . .*

Oscar Gerardo Rodríguez Núñez

Miedo

*he tenido tanto miedo
de la vida y sus complejos
de la noche y sus pretextos*

De tanto callarle

*a la gente que a veces "no quiero"
que me han dado sentimientos
de culpa si es que no acepto*

Que si no les brindo la mano

*no estoy tranquilo con mis pensamientos
que todo esta quieto
solo si el mundo está contento*

Y que todo lo que tengo

*se los dedico a esos
a los que nunca veo
pero que siempre estoy con ellos*

Cantando mis canciones

*Que les hablan de sueños
de alegrías y de esperanzas
a las que nunca me les uno*

Corriendo a lo lejos

*sólo para escapar de nuevo
para evitar lo que tengo
y saber que no puedo*

Ocultándome de este miedo

*que domina mi vida
siendo tierno, queriendo ser sincero
en lo que necesito*

Quizás un cariño

*y un beso antes de despedirme
un poco de comprensión a mi penar
y tan solo un amigo de verdad*

Miedo

*he tenido tanto miedo
de mis sueños y sus fantasmas
del día y sus secretos*

De tanto gritarme

*que no puedo
y que todos mis sentidos
me saturan de advertencias y reproches*

Miedo

*he tenido tanto miedo para ver
que la noche no tan oscura
que los días no son tan largos*

Que la gente

*si puede escucharme
que un "no"
puedo decirlo*

Que el mundo

*no para si yo
me doy un minuto
para arreglar mi alma*

Que nada está perdido

*que uno empieza consigo mismo
y no, con una sociedad que te come
y que tú quieres ayudar a salvar.*

Miedo, Oscar G. Rodríguez Núñez.

Quiero agradecer a Sara por estar en aquellos momentos importantes, en los cuales su apoyo y escucha fueron de gran ayuda en mi formación profesional y personal.

Susana Vargas Caro

*Hay lugares que recordaré toda mi vida,
Algunos han cambiado,
Algunos para siempre no para mejorar,
Algunos se han ido y algunos recuerdo.*

*Todos esos lugares tuvieron sus momentos,
Con amores y amigos que todavía puedo recordar,
Algunos están muertos y algunos viven,
En mi vida los he amado a todos.*

*Pero de todos esos amigos y amores,
No hay nadie que pueda compararse contigo,
Y estas memorias pierden su significado,
Cuando pienso en el amor como algo nuevo.*

*Aunque sé que nunca perderé el afecto,
Por las personas y cosas que se fueron antes,
Sé que a menudo pararé y pensaré en ellas,
En mi vida te quiero más a ti.*

En mi vida, The Beatles.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
CAP. 1 ANTECEDENTES DEL PSICOANÁLISIS	
1.1 Un neurólogo sin trabajo.....	17
1.2 Influencia de las escuelas francesas en Freud.....	18
1.2.1 La Salpêtrière.....	18
1.2.2 Nancy.....	19
1.3 Uso de los conocimientos de La Salpêtrière y Nancy.....	20
1.4 La escucha en Freud.....	21
1.5 El encuentro de Freud con la histeria.....	22
1.5.1 El caso Ana O.....	22
1.5.2 La ruptura de Freud con Breuer.....	24
1.5.3 El reconocimiento de la sexualidad.....	25
CAP. 2 LA CONSTRUCCIÓN PSÍQUICA DE LA MUJER EN LA OBRA DE SIGMUND FREUD	
2.1 La analogía en el desarrollo psicosexual entre los sexos.....	27
2.1.1 La sexualidad infantil.....	27
2.1.2 El complejo de Edipo.....	32
2.2 Diferencias en el desarrollo psicosexual entre los sexos.....	43
2.2.1 Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos.....	43
2.2.2 Sobre la sexualidad femenina.....	45
2.2.3 La feminidad.....	47
CAP. 3 ALGUNOS FEMINISMOS	
3.1 Primeras controversias.....	50
3.1.1 Karen Horney.....	50
3.1.2 Melanie Klein.....	56
3.1.3 Ernest Jones.....	60
3.2 Simone de Beauvoir.....	62
3.3 La segunda ola feminista.....	64
3.3.1 Betty Friedan.....	65
3.3.2 Eva Figs.....	66

3.3.3 Germaine Greer.....	68
3.3.4 Shulamith Firestone.....	69
3.3.5 Kate Millett.....	70
3.3.6 Christiane Oliver.....	70

CAP. 4 LA ESCUELA LACANIANA

4.1 Lacan, lector de Freud.....	75
4.2 El gran Otro.....	76
4.3 El estadio del espejo.....	78
4.4 El complejo de Edipo.....	79
4.4.1 El concepto de estructura.....	79
4.4.2 El significante.....	80
4.4.3 El falo.....	80
4.4.4 El primer tiempo del Edipo.....	82
4.4.5 El segundo tiempo del Edipo.....	84
4.4.6 El tercer tiempo del Edipo.....	86
4.5 La mujer no existe.....	88
4.6 La feminidad en el juego de los imaginarios.....	93
4.7 Dora, la falta en lo simbólico.....	96
4.7.1 Retorno a Freud: histeria y feminidad.....	96
4.7.2 La mujer como real traumático, la defensa primaria.....	102
4.7.3 La imaginación de una falta.....	103
4.7.4 La monosexualidad: no hay relación sexual.....	105
4.7.5 Un círculo vicioso para la mujer.....	107
4.7.6 La normativización de deseo histórico.....	110
4.7.7 La figura del amo.....	111
4.7.8 El discurso del amo.....	111
4.7.9 El discurso de la histérica.....	112
4.7.10 El análisis lacaniano de Dora.....	114
ANÁLISIS.....	122
REFERENCIAS.....	128

-Mamá ¿por qué soy niña?

-Ay, Alicia, qué pregunta. Porque no eres niño.

-No, yo no te pregunto lo que no soy. Te pregunto lo que soy.

-Pues ya lo sabes, eres niña.

-Sí, pero ¿por qué?

-Ay, no me vengas ahora con esas cosas. No sé. Será porque así lo quiso Dios. Algunos los hace niños y a otros los hace niñas.

-Y a Dios ¿para qué le sirve eso?

-Para que haya hombres y mujeres. Después se pueden casar y tener hijos.

-Y yo que no me casé ni tengo hijos ¿qué soy?

-Pero, Alicia, tú no te casaste ni tienes hijos porque todavía no eres una mujer.

-¿Yo no soy una mujer, mamá?

-No, querida, para ser una mujer hay que crecer.

-¿Crecer para casarse y tener hijos?

-Sí.

-Y entonces, la tía Amalia que se quedó sin novio ¿no va a ser mujer?

-Ay, Alicia, no sé. Eso es distinto. La tía Amalia tendrá sus problemas.

-Y qué, y qué con eso, mamá. Tú también tienes los tuyos, siempre andas diciendo que no te fastidie que tú tienes tus problemas. Que yo no entiendo porque soy chica. La que no entiende eres tú, no entiendes nada, no entiendes nada. Lo único que sabes es criticar. Ay tú, que te crees la muy muy. Yo te pregunto y sólo sabes decir tonterías. En la escuela debes haber sido malísima alumna.

-Esas cosas no se aprenden en la escuela. No llores, Alicia.

-Es que tú nunca me quieres contestar. Tu nada más tus cosas. Tus vestidos nuevos, tu poesía del Dario ese y a los demás que no parta un rayo ¿no?. Tú no eres mi mamá. ¿Me oyes?. Eso es lo que pasa, tú no eres mi mamá. Porque las mamás, quieren a sus hijas y les contestan. Yo por eso no quiero ser mamá, ni mujer, ni nada. ¿Me oyes?. Porque son bien tontas.

-Entonces ¿quieres ser hombre?

-No, no. Bueno, no sé...

-No llores, Alicia ¿qué quieres?

-Quisiera ser una huerfanita para que tú me vieras y pensaras ¡pobre niña! y entonces me adoptarás.

-Ay, Alicia. Si tu abuela estuviera aquí...

-¿Para qué?

-No sé, no sé. Me la imagino diciéndome: "Ya vas a ver, ya vas a ver cuando tengas hijos", o tal vez diría: "Que Dios me ampare".

-¿Por qué que la ampare Dios?. No llores mamá, no llores.

de la Aldea, E. y Rahman, G., Los juegos de Alicia.

INTRODUCCIÓN

La pregunta sobre la mujer, sobre lo que es y más exactamente sobre lo que quiere, es la pregunta más antigua y cuya respuesta ha quedado siempre sin responder. En este sentido el joven neurólogo Sigmund Freud se vio confrontado por la insuficiencia del campo de las enfermedades nerviosas, ya que fue encontrando a su paso inevitablemente con síntomas ante los cuales el saber médico era poco eficaz para tratarlos, estos síntomas que padecían una serie de mujeres denominadas histéricas y desde los griegos hasta ese momento se pensaba que la histeria era una enfermedad femenina por excelencia y que su origen estaba anclado en el útero y sus disfunciones.

Pero el genio de Freud fue el haber podido percibir desde el inicio, que la anatomía poco tenía que ver con lo que histeria enseñaba y fue entonces construyendo una teoría que diera cuenta de todo ello y que le permitiera poner en términos el sufrimiento de sus pacientes. Ya que cuando Freud se enfrentó con la histeria, se topó con un cuerpo doliente que sufría, en una variedad de síntomas como parálisis, contracturas, afasias, anestias, dolores musculares, espasmos, etc., en los cuales cualquier consideración médica no le fue de gran ayuda, ya que Freud se dio cuenta que la forma de hablar del dolor corporal de la histérica, es diferente al enfermo orgánico, inclusive diferente al hipocondríaco.

Debido a que mientras el enfermo de dolores orgánicos describe a estos con precisión, pudiendo fácilmente localizar el centro de su malestar y dar muestras de dolor al ser examinado, en tanto el histérico manifiesta signos opuestos, la zona donde el dolor se localiza es bastante grande y mal delimitada y aunque sus indicaciones son imprecisas, se puede diferenciar del hipocondríaco debido a que este último da muestras de una dificultad para poder hablar de sus síntomas, para nombrarlo, ya que siempre le faltan palabras que puedan dar con una exacta descripción de su mal. En cambio, en la histeria no existe una pobreza del lenguaje, al contrario, abundan los significantes, que con tales dan cuerpo al síntoma, además que detrás de esto se manifiesta el deseo de denunciar la impotencia del saber médico para nombrarlo.

La astucia de Freud fue entonces, haber podido colocarse en un lugar diferente al de la práctica médica, ya que paso del terreno de la medicina al de la psicología y en este las herramientas que utilizó, no fueron otras que las de su época, como la hipnosis, la sugestión, el método catártico, que luego fueron abandonados y remplazados por la asociación libre. Esos fueron inicialmente los que llevaron a Freud a descubrir la existencia de un mundo diferente de la conciencia, un mundo que determinaba el padecer de sus pacientes. Así mismo percibió la relación de este mundo inconsciente con el pasado, un pasado olvidado para la conciencia, aunque sin dejar de tener efectos en la vida del sujeto. Y además descubrió que ese sufrimiento estaba ligado a la sexualidad, una sexualidad que poco tenía que ver con la genitalidad y que en ella se anclaba el sentido del síntoma.

Para explicar la histeria, Freud elaboró una teoría del trauma psíquico, cuyo origen se ubica en el pasado, en un suceso vivido por el sujeto que permanece ahí como un cuerpo extraño, ajeno al Yo, pero con efectos en lo actual del síntoma. Una relación poco clara entre el síntoma y el trauma que permanece como inadmisibles al Yo y el contenido es expulsado con lo cual el Yo se libera de la representación inconsciente que da por resultado una u otra neurosis. En la histeria esta se hace por conversión de la suma de excitación, una suma que el sujeto tendría el afán de empequeñecer ya sea por vía motriz, vía la palabra, vía asociación con otras representaciones, etc., y la imposibilidad de tramitar por la vía adecuada ese monto de excitación es decir, de naturaleza sexual, enferma, más precisamente en la histérica, la vía de expresión que encuentra es ni más ni menos que el cuerpo.

El suceso en cuestión parecía tener que ver con la enfermedad y muerte del padre, entonces se tenía a un padre que seduce y en consecuencia al neurótico que arrastra esta experiencia en su síntoma. Y este traumatismo se conformaría en dos tiempos, el primero en el cual se vive la seducción y el segundo en el cual un evento nuevo, actual, le daría sentido posterior al primero.

Pero a finales de 1897, Freud confiesa a su maestro y amigo el Dr. Fliess, que ya no cree más en su <<neurótica>>. Ya que sus motivos para abandonarla son primero una gran desilusión por no poder obtener los resultados que él esperaba, segundo, el hecho de que en todos los casos se tuviera que inculpar al padre como seductor, hecho poco comprobable y tercero, haber entendido una realidad tanto objetiva, como material, una verdad completamente diferente de la ficción del relato de la histérica, ya que la vida fantasmática de ella, poseía un peso superior al imaginado y obraba con tanta fuerza como lo podría tener las vivencias reales.

Con lo cual, Freud descubrió que esas escenas relatadas por sus pacientes no son sino el producto de su fantasía y con ello se abre la puerta del mundo sexual infantil y del complejo de Edipo, ambos pertenecientes a una realidad distinta llamada realidad psíquica. Es entonces a partir de este viraje, que ya no es el trauma, sino el fantasma, el Edipo a él ligado lo que pasa a formar el núcleo central de la neurosis. Y con ello no será ya más, el deseo del padre, sino el deseo al padre, siendo así un deseo reprimido y sujeto a la ley del significante lo que será el objeto de análisis.

Con esta paulatina reconceptualización en 1919 en el artículo *Pegan a un niño*, Freud empieza a dar cuenta de la compleja cuestión de como un ser sexuado se hace hombre o se hace mujer, de como el sujeto se apropia de una identidad sexual y se define en un sinuoso camino que lleva en última instancia a los sexos a poder nombrarse. Porque la diferencia de órganos que presenta la anatomía del cuerpo humano, no se significa, a nivel del inconsciente, como una división entre hombre y mujer, siendo por ello que Freud insistió en que no se puede tener ninguna certeza de lo que los términos masculino y femenino recubren. Por lo cual, la idea que elaboró desde 1908, plasmada en el artículo

Teorías sexuales infantiles, la cual enfatiza que la realidad de la diferencia de los sexos no reconoce más que un órgano, y así mostrando que la realidad material no tiene efecto alguno, ya que los niños deniegan esa realidad. Y así se verá llevado a elaborar en el artículo de 1924, *La organización genital infantil*, el postulado del primado del falo, siendo en ese punto que vendrá a articularse lo que se conoce bajo el nombre de castración.

A grosso modo lo que Freud muestra a lo largo de su enseñanza es que, más que una división de los sexos, de lo que se trata es de una división subjetiva que se inscribe en el Yo, un Yo que busca enunciar lo que define al sexo femenino como tal. Pero la respuesta que Freud dio a esta cuestión no siempre fue la misma. Ya que en un primer momento la enunció diciendo que el niño no ve la falta de miembro en la niña, por el contrario, ve en el lugar de la zona genital femenina un pene, posteriormente Freud retoma esta idea para añadir que si el niño ve la falta de pene, la concibe como el resultado de una castración, entonces se operaría la oposición castrado/no castrado, para finalmente sostener que la condición para que se de ésta operación es que el niño haya tenido que ver él mismo con una amenaza de castración, lo cual nombra como falo. La falta de pene es reconocida como falo, esta idea puede resultar más sencilla si se recuerda que Lacan insistió en que la castración nunca tiene que ver con un objeto real, sino que es simbólica y tiene como referencia a un objeto imaginario, que bien podría ser el órgano genital masculino. De esta manera es entonces, en el plano de la castración simbólica donde el concepto de falo toma su pleno sentido, ya que el falo si algo representa, es una ausencia, una falta y para decir que algo falta, eso tendría que ocupar un lugar en el orden simbólico.

A todo esto lo que resulta evidentemente, es que el sexo femenino nunca existe como tal, puesto que no está significado en el inconsciente como oposición del otro sexo, sino que, la oposición que el saber inconsciente instala es, castrado/no castrado, tanto para uno como para el otro sexo.

Pero el volverse mujer, al no haber sexo femenino enunciable como tal, queda como algo un tanto problemático en Freud, pues en la medida que la castración de la madre, induce a la mujer hacia la feminidad, volviéndose al padre por lo que éste le da, el pasaje a esa feminidad se sostiene sobre el fondo ligado al sexo masculino que sería la envidia del pene, deseo de tener lo que el hombre tiene. Es en este punto se puede volver a interrogar a la histérica y hacerla que diga lo que ella, por ser ella, denuncia, <<¿qué es lo que busca?>>, <<¿qué es lo que quiere?>>. Ya que pareciera que se dedica a demostrar y a denunciar, que en esa oposición castrado / no castrado, se desconoce la existencia de la mujer como tal, ya que lo que a ella le interesa es encontrar respuestas y <<¿quien puede tenerlas?>>, es entonces que su mirada se vuelve a otra mujer, a aquella que encierra el enigma y que puede responder a él.

Pero para poder comenzar a deshilar este enigma se tiene que recorrer un sinuoso camino para poder llegar a una conclusión sobre la psique femenina, iniciando donde se empezó a construir esta cuestión, que es la base misma del

psicoanálisis, atravesando posteriormente diversas posturas sobre la misma, desde ángulos muy variados pasando por los primeros psicoanalistas después de Freud a posteriores interpretaciones de algunos feminismos en una discusión casi insostenible, arribando a una segunda reformulación sobre la mujer en manos de Jacques Lacan y sus enseñanzas sobre como retomar este tema sobre la feminidad.

De esta manera se abarcó en el capítulo primero, los inicios del psicoanálisis y los primeros acercamientos de Freud con la histeria y por lo tanto de la psique femenina, en un ambiente en el cual se consideraba a la mujer histérica como una farsante y sin embargo Charcot y la escuela de Nancy la estudiaron con un enfoque científico. Y aunque Freud fue influenciado por ambos enfoques, elaboró una teoría de la histeria que iba en dirección contraria a lo propuesto por la época que junto con Breuer descubrió la existencia de una experiencia psíquica particular que no había podido tener una abreacción adecuada, pero Freud encontró en ella un deseo sexual oculto que lo llevó a romper con Breuer por la diferencia de opiniones sobre este tema.

Así en el capítulo segundo, se continúa rastreando en la obra freudiana este mismo deseo sexual que le permitió a Freud desarrollar su teoría sobre el complejo de Edipo, ya que encontró que era dirigido a alguno de los padres y de esta manera descubrió la sexualidad infantil, permitiéndole construir una teoría en torno a ésta, estableciendo la importancia del falo y la analogía entre los sexos, pero sus pacientes histéricas le mostraron la imposibilidad de dicha analogía, llevándolo a preguntarse <<¿que quiere la mujer?>>. Aunado por la influencia de las psicoanalistas mujeres a enfocarse en el estudio de la sexualidad femenina y las relaciones preedípicas.

Para continuar en el capítulo tercero se contempló un análisis sobre algunas críticas a la obra de Freud, surgidas de las primeras psicoanalistas mujeres como Melanie Klein y Karen Horney, quienes confundieron el concepto de sexualidad manejado por Freud con genitalidad, construyendo teorías basadas en la anatomía y en una feminidad primaria. Estas controversias fueron utilizadas por algunos feminismos que se ocuparon de reflexionar sobre la cuestión de la sumisión en la mujer, encontrando en los trabajos de Freud el rechazo a su lucha por la autonomía sexual.

Pero retomar psicoanalíticamente el tema sobre la construcción psíquica de la mujer es necesario reflexionar en torno a la reinterpretación que introdujo Lacan a la teoría. Es por ello que el capítulo cuarto se basa en él y su propuesta sobre un retorno a Freud y en los tres registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario, creados como una llave conceptual que le permitieron analizar minuciosamente la práctica clínica de un modo que se apegaba a la teoría freudiana. En ella Lacan se encontró siempre con la misma pregunta <<¿qué es ser una mujer?>>, con lo que enfatizó la importancia de la castración, el significante falo y la metáfora del Nombre del Padre como necesarios para la estructuración psíquica del sujeto. Para concluir que la castración instaura la división subjetiva para todo sujeto, crea

y funda la posibilidad fantasmática con los desbordes imaginarios en que estarán presas todas las relaciones, ésta estructura fantasmática sólo puede sostenerse sobre el objeto faltante. Uno de los méritos de esta esquematización es romper con la biología, para ubicar a la sexualidad en ese más allá, donde el falo, como significante inaugura el juego de las ficciones haciendo posible la imaginización y también la fantasmaticización del deseo. Y en esa diferencia de sexos en donde nadie es y ningún significante podrá dar cuenta por sí solo del ser hombre ó ser mujer.

Por lo cual, este trabajo ayuda al esclarecimiento de los planteamientos sobre la psique femenina realizados por Freud, los cuales fueron distorsionados a lo largo del tiempo, en este caso por algunos feminismos, al situarlos en un contexto masculino, restándole con ello su carácter psicológico.

Ya que las ideas psicoanalíticas han sido cruciales para la profundización en los procesos inconscientes que subyacen en la construcción de <<la masculinidad>> y <<la feminidad>>. También han sido importantes para el entendimiento del papel del lenguaje y la representación en el silenciamiento histórico de las mujeres y de lo femenino en la cultura. Dado que la sexualidad y su relación con la cultura son fundamentales en la obra de Freud y Lacan.

Además, de otras formas en las que se ha intentado estudiar a la feminidad ha sido a través de las teorías de la construcción del género. Estas se centran principalmente en la sociología y la teoría de la socialización, que subrayan la construcción social del género en la familia, la educación, los medios de comunicación y otras instituciones culturales.

Sin embargo, esto no arrojó mucha luz sobre porque algunos hombres y mujeres, no se adaptan a los estereotipos culturales de masculinidad y feminidad a pesar de la elaborada socialización de estos. Por ello también recae la importancia de este trabajo en el interés de la teoría freudiana por los procesos inconscientes, aunados a los conscientes en la formación de la identidad sexual y como acceso a lo <<femenino>> reprimido como deseo inconsciente (Minsky, 2000).

Planteamiento del problema:

¿Investigar si las críticas realizadas por algunos feminismos sobre la psique femenina en la obra de Sigmund Freud al contrastarlos a una revisión de la teoría freudiana bajo una perspectiva lacaniana serán sostenibles?

Objetivo general:

Analizar las críticas realizadas a la psique femenina en la obra de Sigmund Freud por algunos feminismos desde una perspectiva lacaniana.

Objetivos particulares:

1. Conocer la construcción psíquica de la mujer en los diferentes momentos de la teoría freudiana.
2. Conocer las críticas formuladas por algunos feminismos a los textos freudianos sobre el tema de la psique femenina.
3. Retomar las enseñanzas de Jacques Lacan sobre como interpretar los textos freudianos que permitan el esclarecimiento de la confrontación planteada por algunos feminismos.

MÉTODO

La presente tesis es un trabajo de investigación documental. Ya que se realizó una búsqueda sobre la psique femenina desde la teoría freudiana, incluyendo las críticas realizadas por algunos feminismos y finalizando con la contribución lacaniana para esclarecer el debate sobre el tema. Para ello, ésta búsqueda constó de tres momentos de investigación.

En un primer momento se realizó una revisión de la construcción psíquica de la mujer en los diferentes momentos de la obra freudiana, por lo que siguió la línea histórica planteada por James Strachey, el recopilador de las obras completas de Sigmund Freud, de la editorial Amorrortu, en el periodo comprendido de 1895 a 1940. En dicho periodo la concepción de la construcción psíquica de la mujer, se fue dando poco a poco a lo largo de esos años, por lo que se retomó algunos conceptos como: histeria, complejo de Edipo, castración, envidia del pene, pulsión, represión, síntoma, bisexualidad, etc., que permitieron el esclarecimiento de la concepción que se investigó.

En un segundo momento se analizaron las críticas realizadas a la obra freudiana siguiendo dos líneas de investigación:

a) Las críticas realizadas por las primeras psicoanalistas mujeres como Melanie Klein, Karen Horney y las aportaciones que éstas realizaron a la teoría psicoanalítica.

b) Las críticas realizadas por el movimiento feminista. Estas se abarcaron en tres etapas de análisis:

1. Se analizaron las críticas realizadas por Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo*.

2. Se analizaron las críticas realizadas por la segunda ola del movimiento feminista de 1960 a 1970, siguiendo la línea histórica trazada por Juliet Mitchell, en su libro *Psicoanálisis y feminismo*, por lo tanto se retomaron los textos originales que la autora planteó como los más representativos de ese periodo.

3. Se analizaron las críticas realizadas por la psicoanalista Chistine Oliver en su libro *Los hijos de Yocasta*.

En un tercer momento se realizó una relectura de la construcción psíquica de la mujer en la obra freudiana realizada en el primer momento de la investigación con el retorno a Freud propuesto por Jacques Lacan en sus seminarios de enseñanza del psicoanálisis de la editorial Paidós, en los cuales introdujo la diferenciación de los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario entre cuerpo y sexo; entre cuerpo real, simbólico e imaginario y sexo real, simbólico e imaginario. Cuyos conceptos permitieron realizar una contrastación con las críticas realizadas por algunos feminismos, con lo cual se pudo arribar a una conclusión.

Limitaciones:

El concepto que se manejó de algunos feminismos se refiere a la imposibilidad de hablar en singular de este término, porque se trata de una pluralidad de organizaciones y de grupos con diferentes grados de consistencia orgánica, diferentes reivindicaciones y diferentes modalidades.

“Solo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo.”

Freud, S. La organización genital infantil.

CAPITULO 1. ANTECEDENTES DEL PSICOANÁLISIS

1.1 Un neurólogo sin trabajo.

En 1881, a la edad de 25 años Sigmund Freud se tituló como médico en la Universidad de Viena y siguió sus estudios como residente en el Hospital General de Viena y como director del servicio de neurología en el Instituto Pediátrico de Kussowitz. Freud llevo a cabo amplias investigaciones sobre una serie de problemas neurológicos, desde temas como la médula espinal de un pez primitivo y la cocaína, hasta cuestiones tan esenciales como las parálisis cerebrales de los niños y la neurofisiología de la afasia y la agnosia (Erdelyi, 1987).

Entre 1877 y 1893 Freud publicó no menos de veintisiete trabajos sobre neurología, pero el laboratorio de la Universidad de Viena no bastaba para procurarle a un judío la seguridad laboral que necesitaba. Así de mala gana y obligado por la necesidad económica, tuvo que abandonar su carrera de investigador científico para dedicarse a la práctica médica, y no tardaría mucho tiempo en descubrir que sus conocimientos de neuroanatomía no le habían preparado en absoluto para tratar los problemas de sus pacientes.

Con una formación neurológica tan formidable en su consulta privada, Freud atrajo a personas que padecían todo tipo de <<trastornos nerviosos>>, estas personas <<nerviosas>> manifestaban síntomas similares a los efectos de una lesión nerviosa orgánica: parálisis, analgesias, temblores, tics y trastornos de la memoria. En casi ningún caso podía encontrarse una patología orgánica que explicara las dolencias de estos pacientes.

Desde un punto de vista neurológico estos pacientes eran farsantes neurológicos y por lo tanto no eran merecedores de respeto ni de tratamiento médico. Del conjunto de procedimientos médicos disponibles, uno de los más populares consistía, en recetar una vacaciones prolongadas, preferentemente en un sanatorio, técnicas de masajes o baños calientes, electroterapia, una variante suave del tratamiento de descarga electroconvulsiva, que todavía se utiliza hoy en día.

El propio Freud hizo grandes esfuerzos para dominar las técnicas de la electroterapia llegando a la conclusión de que sus efectos eran muy poco efectivos. Aunque Freud tenía una actitud más comprensiva, se topaba con el hecho de que su pericia neurológica no tenía mucha importancia en estos casos. Y poco a poco benévolo colegas de más edad le derivaban pacientes, siendo en realidad que con ello, esa era la única oportunidad de deshacerse de clientes histéricos, es decir, de pacientes molestos (Verhaeghe, 1999).

1.2 Influencia de las escuelas francesas en Freud.

1.2.1 La Salpêtrière.

La ciencia médica a finales del siglo XIX no tenía mucho que ofrecer para el tratamiento de las dolencias nerviosas y lo que tenía era de un valor dudoso. Pero al mismo tiempo se produjo un progreso importante que prometió un cambio decisivo.

La Salpêtrière era cualquier cosa menos que un hospital ordinario. Constituía una ciudad dentro de otra, al modo del siglo XVII: constaba de unos 45 edificios, con calles, plazas y jardines. Era un hospital pasado de moda, con anticuados edificios, no poseía laboratorios, ni sala de exploración, ni facilidades por la enseñanza. Ahí el Dr. Jean Martín Charcot quien era considerado un hombre con una voluntad de hierro y el más grande neurólogo, quien creó una unidad de tratamiento, investigación y enseñanza en La Salpêtrière y en 1878, y extendió su interés al hipnotismo, del que llevo a cabo un estilo científico, tomando como sujetos de investigación a varias de las mujeres histéricas ahí internadas.

Siendo entonces su principal programa de investigación el problema de la histeria, que debido a su antigua asociación con la superstición, el charlatanismo y también con el sexo, se había borrado de los programas de la medicina científica, hasta que Charcot lo volvió a incluir (Ellenberger, 1988).

La histeria, término derivado de la palabra griega <<*hystera*>>, que significa útero, se había considerado desde el tiempo de los griegos como un trastorno peculiar de las mujeres debido a la insatisfacción de deseos sexuales o maternales. Entre estas manifestaciones habituales se encontraban las parálisis, los desvanecimientos, las analgesias, etc. (Erdelyi, 1987).

“Histeria es apenas un rotulo de significados relativamente circunscrito; el estado clínico a que se lo aplica se singulariza en términos científicos solo por unos rasgos negativos, pocos estudiados, y estudiados a disgusto, sobre lo que por añadidura pesan unos muy difundidos prejuicios” (Freud, 2000ñ, p. 10).

Charcot, sin embargo había observado algunos síntomas similares en pacientes varones. Así llegó a sospechar que, tal vez la histeria no perteneciera exclusivamente al campo de la patología femenina. En un programa clásico de presentaciones públicas, probó su hipótesis y mostró que podía provocar síntomas histéricos en sujetos varones mediante la sugestión hipnótica (Erdelyi, 1987 y Moran y Olmos, 1998).

“La enorme importancia práctica de la histeria masculina la más de las veces ignorada” (Freud, 2000ñ, p. 11).

Como científico Charcot se vio obligado a dar por sentado que todos aquellos fenómenos debían tener una base específica. Así, las histerias traumáticas, pese a todas las apariencias de curación, reflejaban algún daño neurológico aparente. Con lo que concluyó una explicación de orden físico hacia las histerias provocadas hipnóticamente: la hipnosis servía sólo para activar una degeneración neurológica ya latente causada por traumas pasados o por defectos hereditarios. Charcot suponía que para ser hipnotizado uno debía de padecer de una degeneración latente (Erdelyi, 1987).

“Charcot llegó a una suerte de teoría sobre la sintomatología histérica, que tuvo el coraje de reconocer como real y objetiva para la mayor parte de los casos” (Freud, 2000ñ, p. 11).

Mientras estaba en el Hospital General de Viena, Freud solicitó una beca para ir a estudiar con Charcot y se le concedió una modesta beca y en el otoño de 1885, fue París para pasar un periodo de formación postdoctoral de cuatro meses (Erdelyi, 1987 y Moran y Olmos, 1998).

“La clínica de La Salpêtrière ofrecía tal plenitud de cosas nuevas e interesantes que hube de recurrir a todos mis esfuerzos a fin de aprovechar esa oportunidad tan propicia para mi aprendizaje” (Freud, 2000ñ, p. 9).

1.2.2 Nancy.

Además de la Clínica de La Salpêtrière, existía otro centro de investigación que utilizaba la hipnosis en Francia, era la escuela de Nancy, dirigido por el Dr. Hippolyte Bernheim y el Dr. Auguste Ambroise Liébeault. En esta clínica, el marco utilizado para entender la hipnosis no era la neurología sino la psicología, y contrariamente a la opinión de Charcot, la capacidad para ser hipnotizado no era una señal de degeneración neurológica sino una aptitud psicológica más o menos compartida por la mayoría de las personas normales.

En oposición a Charcot, en Nancy se proclamó que la hipnosis no era una condición patológica que sólo se encontraba con los histéricos, sino que era el efecto de la <<sugestión>>. Y definiendo a la sugestibilidad como la aptitud para transformar una idea en un acto, y que esta es una característica que cada ser humano posee en diferente grado. Entonces la hipnosis, se concebía como un estado de sugestibilidad aumentada que era inducida por la sugestión (Ellenberger, 1988).

El objetivo del programa de la escuela de Nancy era la exploración de las posibilidades psicológicas de la hipnosis, particularmente de su potencial terapéutico. Así, nació la técnica de la sugestión hipnótica de Liébeault y Bernheim, para curar una amplia gama de dolencias. El procedimiento era relativamente simple, ya que para ello se hipnotizaba al paciente y luego se le daba la orden de que su dolencia particular desapareciera. A menudo se

conseguían notables curaciones a veces en una sola sesión (Erdelyi, 1987 y Moran y Olmos, 1998).

“El logro de Bernheim y el de sus colegas en Nancy consistió en despojar al hipnotismo de los fenómenos sobrenaturales y conferirlo junto a la vida psicológica normal y del dormir” (Freud, 2000n, p. 81).

Concluyendo Freud con esto, que los fenómenos del hipnotismo eran proceden de la sugestión, además que son una representación consciente, que se instala en el encéfalo por un influjo exterior y es tomada por el hipnotizado como generada espontánea, con lo cual los fenómenos hipnóticos, solo eran fenómenos psíquicos procedentes de la sugestión (Freud, 2000n).

De esta manera Freud quedo muy impresionado por el programa de la escuela de Nancy y durante varios años utilizó ampliamente la técnica de la sugestión hipnótica (Erdelyi, 1987 y Moran y Olmos, 1998).

1.3 Uso de los conocimientos de La Salpêtrière y Nancy.

A su regreso de París en 1886 de la clínica de Charcot y después de haber comprobado que la sugestión hipnótica era administrada y empleada cotidianamente, Freud se instala en Viena como especialista de enfermedades nerviosas, intentando emplear para el tratamiento de las neurosis diversas técnicas, como la terapia eléctrica, la hidroterapia y las curas de reposo, pero al final regresando al hipnotismo. Afirmando con ello, que había retomado la hipnosis, con una suerte de modestos pero notables éxitos (Freud, 2000v).

Así, el interés de Freud por la sugestión hipnótica continuó y esto lo que lo llevó con Bernheim y Liébeault a perfeccionar su técnica ya que reconocía ciertas limitaciones suyas con aquel método. Pero desde un inicio practicó la hipnosis con otro fin además de la sugestión hipnótica, ello aludía al método del Dr. Breuer, quien empleaba el hipnotismo para rastrear el origen de los síntomas.

En 1892 Freud seguía empleando la hipnosis como parte del método catártico, con una calidad de sugestión lisa y llana. Pero no pasaría mucho tiempo para producir los efectos de la sugestión sin necesidad de poner al paciente en estado de hipnosis. Sustituyendo el dormir hipnótico por lo que el llamo estado de concentración, sustituyendo esta técnica por otra que después desarrollo llamada la técnica de la presión sobre la frente. (Freud, 2000v).

Aunque abandonó estas técnicas con el tiempo, en 1900 en su obra *La interpretación de los sueños* describe su procedimiento hipnótico, haciendo para ello alusión a las técnicas basadas en mantener los ojos cerrados. Pero en 1904 Freud se describe así mismo en tercera persona en una contribución titulada el método psicoanalítico de Freud, donde señala: *“tampoco les pide que cierren los*

ojos y evita todo contacto y cualquier otro procedimiento que pudiera recordar la hipnosis” (Freud, 2000v, p. 73).

Eliminado así en 1913 cualquier resto de la técnica del hipnotismo y en su ensayo sobre la iniciación del tratamiento, describe cierto ceremonial en que se ejecuta la cura. *“Mantengo el consejo de hacer que el enfermo se acueste sobre un diván mientras uno se sienta detrás, de modo que él no lo vea” (Ibíd., p. 73).*

Con lo cual Freud hizo uso efectivo de la hipnosis entre los años 1886 - 1896. Citando posteriormente en *Cinco conferencias sobre psicoanálisis: “la hipnosis pronto empezó a desagradarme como un recurso tornadizo y por así decir místico; y cuando hice la experiencia de que a pesar de todos mis empeños sólo conseguía poner en estado hipnótico a una fracción de mis enfermos, me resolví a resignar la hipnosis” (Ibíd., p. 72).*

1.4 La escucha en Freud.

Se había observado que en la histeria había una etiología traumática. Pero Freud, fue el primero en escuchar este trauma e interpretarlo como generador de un efecto sobre la psique y, por lo tanto, sobre el soma (Verhaeghe, 1999).

Uno de los primeros artículos psicológicos de Freud que trató sobre la terapia hipnótica era *Un caso de curación por hipnosis*, publicado entre los años 1892 y 1893, siendo este el primer intento de dar una explicación dinámica, sobre el origen de los síntomas histéricos por voluntad contraria. En él, se hacía referencia a una idea antitética que el paciente quería remover de su conciencia, es decir, separarla de sus asociaciones normales, pasando tal idea a ser inconsciente, produciendo una inervación en el cuerpo (Verhaeghe, 1999 y Erdelyi, 1987).

“En la histeria la inclinación por la disociación de la conciencia, la representación penosa contrastante, que en apariencia está inhibida, es arrancada de su asociación con el designio, y entonces subsiste, a menudo inconsciente para el propio enfermo, como una representación separada... cuando llega el caso de ejecutar el designio, esta representación contrastante inhibida se objetiviza por vía de inervación corporal, con la misma facilidad con que el estado normal lo hace la representación voluntaria” (Freud, 2000x, p.156).

Agregando en su siguiente artículo de 1893 *Comunicación preliminar* en colaboración con el Dr. Josef Breuer que lo que importante es saber si frente al suceso afectante se reaccionó enérgicamente o no y si la reacción fue sofocada, entonces, el afecto permanecerá conectado con el recuerdo.

Descubriendo con ello que los síntomas histéricos desaparecían en seguida y sin regresar cuando se conseguía despertar claramente el recuerdo del proceso

ocasionador, evocando al mismo tiempo el afecto acompañante, con lo cual el paciente posteriormente podía describir ese proceso de la manera más detallada posible y expresando en palabras su afecto (Breuer y Freud, 2000b).

Y estructurando estos hallazgos en 1893 a 1895 publica *Estudios sobre la histeria*, escrito por Breuer y Freud en donde afirmaban que durante el curso normal de una vivencia la cual era acompañada por una carga de afecto, podían pasar dos cosas, o es descargarlo en una variedad de actos conscientes o puede desaparecer gradualmente por asociación con otro material psíquico consciente. Salvo en los casos de pacientes histéricos en los cuales no sucede ninguna de las dos cosas, ya que por el contrario ese mismo afecto continua estrangulado y el recuerdo de la vivencia a la que esta adherido es suprimido por la conciencia y es por lo en ese momento el recuerdo afectivo es exteriorizado en síntomas histéricos.

Y esto sucedía por dos razones, una es que la vivencia original tuvo lugar hallándose el paciente en un particular estado de disociación mental, es decir, un estado hipnoide, la otra es que el Yo del paciente, consideró que aquella vivencia resultaba inconciliable con él, y por ello debía defenderse de ella. Aunque en ambos casos la eficacia terapéutica resultaba del procedimiento denominado catártico, el cual se fundamentaba, en que si la vivencia original junto con su afecto podía ser traída a la conciencia, entonces el afecto es descargado o abreaccionado, con lo cual la fuerza que había mantenido al síntoma deja de operar y el síntoma entonces desaparece (Breuer y Freud, 2000a).

1.5 El encuentro de Freud con la histeria.

La decisión de Freud de utilizar la escucha no fue una decisión azarosa, sino fue el resultado de las frustrantes situaciones causadas por la pobreza de los resultados obtenidos con la aplicación de las técnicas utilizadas en su época. Gracias a Charcot y su labor científica, la sintomatología histérica había dejado de considerarse como simulación de las pacientes y se empezaba a tomar en cuenta como una enfermedad real.

Charcot había descrito con suma precisión las manifestaciones observables de la histeria, las fases de los ataques y la existencia de zonas histerógenas. Pero consideraba además la existencia de una base etiológica hereditaria, en que las situaciones traumáticas actuaban como agentes provocadores que desencadenaban la enfermedad. Con lo cual Freud, no estaba de acuerdo, ya que discernía con Charcot al darle demasiada importancia a la herencia y restarle valor a los factores desencadenantes de la histeria (Giménez, 1991).

1.5.1 El caso Ana O.

La hipnosis había demostrado ser una forma terapéutica aceptable cuando Breuer tomó como paciente a la señorita Ana O., cuyo nombre verdadero era

Bertha Pappenheim. La cual era una joven de 21 años de edad y como muchas de las histéricas que se veían entonces, contaba con síntomas que en la actualidad se denominarían como parapsicóticos; en especial por tener alucinaciones. Así como síntomas completamente histéricos, como parálisis con contractura, trastornos visuales y tos nerviosa (Laplanche, 1980).

“El doctor Breuer, en 1880 - 82 prestaba atención médica a una joven dama que, mientras cuidaba a su padre enfermo, y por una etiología no traumática, había contraído una histeria grave y complicada, con parálisis, contracturas, perturbaciones del lenguaje y de la visión y toda clase de particularidades psíquicas” (Breuer y Freud, 2000b, p. 31).

En el tratamiento de esta paciente se utilizó la técnica de la hipnosis, la cual resultó fácil de utilizar en ella, ya que caía rápidamente en hipnosis profunda aparentemente por propia voluntad, proporcionando con ello bastante material inconsciente y para sacarlo a la luz, Breuer solo tenía que escucharla sin interrumpir (Breuer y Freud, 2000a).

Así Ana O. inventa lo que llama <<cura hablada>> que consistía en agotar a medida que aparecía día tras día la vivencia patológica de sus recuerdos, esto era para ella una descarga, una liberación y esta acción era lo que Breuer denominó como <<catarsis>> a lo que la misma Ana O. designó muy ingeniosamente *“deshollinar la chimenea”* (Laplanche, 1980).

Los síntomas de la paciente y la escucha de su relato, conducen a un nivel descriptivo de su dolencia, pero no proporcionan una explicación de ella. Ya que con la hipnosis lo que se revela es un texto incomprensible, pero que esta relacionado al trauma originario, pero sin que se sepa el como ni el porque de esa relación.

En este sentido Breuer permanece a ese mismo nivel, considerando que existen dos niveles de conciencia disociados entre sí, siendo esta disociación la causa de la enfermedad. A lo que Breuer intentaba remediar relatándole a Ana O. lo que ella había dicho en hipnosis para así poder eliminar el efecto de la disociación en ella (Giménez, 1991).

Con lo cual Ana O. sacaba a la luz la existencia de una amnesia, en la cual se manifestaba que los procesos psíquicos exteriorizados por ella, no parecían ser completos, ya que quedaban atrás de ellos un contenido psíquico inconsciente (Breuer y Freud, 2000a).

“ ... las más de las veces no se recibe al comienzo respuesta alguna; en una pequeña serie de casos los enfermos tienen razones para no decir lo que saben, pero en un número mayor no tienen de hecho vislumbre alguna sobre la entramadura de los síntomas, es frágil el camino que lleva a averiguar algo; helo aquí: es preciso poner a los enfermos en estado de hipnosis y entonces

inquirirles por el origen de cierto síntoma, cuando apareció por primera vez y qué recuerden a raíz de ello” (Freud, 2000q, p. 32).

Sin embargo a pesar de los positivos resultados, el tratamiento se interrumpió, debido a que Breuer permaneció al nivel de las fantasías de su paciente, sin teorizar, ni de reducir a experiencias reales las fantasías que se le presentaban, quedándose al mismo nivel de lo imaginado por Ana O., y sin tratar de salir de ello. Con lo que se mantuvo ciego para ver los fenómenos de la transferencia y a controlar en él mismo su propia contratransferencia.

Y así el rechazo de Breuer a la transferencia no es otra cosa que el rechazo a la teoría sexual de Freud, ya que Breuer había sostenido desde un primer momento que su paciente era asexual (Laplanche, 1980).

“Ya que mientras en el tratamiento no hubo la menor huella de signos de embarazo, la sexualidad entra de todos modos, pero por Breuer y llega a sus oídos porque se lo dicen en su casa: te estas ocupando demasiado de ella” (Lacan, 1999f, p.163).

Se hallaba tan absorbido que su esposa se canso oírlo hablar solo de Ana O. y, pronto experimento unos celos que le entristecieron y desvelaron. Breuer tardo tiempo en comprender ese estado de ánimo, lo que provoco en él, una mezcla de amor y remordimientos. Por lo que decide poner fin al tratamiento y se lo comunica a Ana O., cuyo estado había mejorado notablemente. Pero esa misma tarde vuelven a llamarlo y Breuer encuentra a Ana muy agitada, más enferma que nunca, pero esta vez la encontró presa de los dolores de un parto histérico, fin lógico de un embarazo imaginario que había pasado inadvertido y que se había producido en respuesta de sus cuidados. Y aunque profundamente alterado Breuer la calmó hipnotizándola, después huyó de aquella casa. Al día siguiente, su esposa y él partieron a Venecia para pasar allí una segunda luna de miel, cuyo resultado fue la concepción de una niña (Laplanche, 1980).

1.5.2 La ruptura de Freud con Breuer.

Dentro de los principales motivos por los cuales Freud dejó de colaborar con Breuer se encuentra primero, que la explicación de la disociación de niveles de conciencia era sencillamente la descripción de un fenómeno que la hipnosis hacia observable, pero no explicaba el porque se producían, en tanto Freud trataba de establecer cómo se escribía el texto original y cual eran las razones por las que permanecía oculto, para dar razones explicativas de la histeria. Mientras que Breuer daba por terminado el recorrido en el hallazgo de las reminiscencias ocultas y renunciando a proseguir su método cuando las producciones verbales le resultaban personalmente comprometedoras y conflictivas (Giménez, 1991).

Sin embargo, la principal divergencia entre ambos fue el papel que cumplen las pulsiones sexuales en la causación de la histeria. Ya que Freud afirmaba que

en los casos de histeria había invariablemente presente una etiología sexual. Por otro lado, Freud describía a Breuer como un hombre lleno de dudas y reservas, siempre inseguro acerca de sus conclusiones.

Un ejemplo extremo de ello fue en una conferencia de Breuer sobre Freud, seis meses después de la publicación de *Estudios sobre la histeria*, en el colegio médico de Dokotorenkollegium, donde anunció su conversión a la creencia en la etiología sexual de las neurosis, pero cuando Freud le agradeció, Breuer respondió “*de todos modos, no creo en eso*” (Breuer y Freud, 2000a, p. 20). Esta era la respuesta de un hombre temeroso de sus descubrimientos, ya que era inevitable que lo desconcertasen más y más, ya que habrían de venir descubrimientos todavía más inquietantes y no era para menos que por tal razón Freud se sintiera cada vez más irritado e incomodo por las vacilaciones de Breuer. Así pues, cuando Freud comienza su labor solo, se enfrenta al problema de la histeria, ya con un bagaje teórico y técnico (Breuer y Freud, 2000a).

1.5.3 El reconocimiento de la sexualidad.

Pero esto no fue tan sencillo para Freud, ya que al enfrentarse solo ante otra paciente la señora Emmy Von N., se puso de manifiesto su dificultad para adaptarse al nuevo uso que tenía para la hipnosis además de la sugestión hipnótica, que era en sí el método catártico, con el cual trataba de atender a todo lo que la paciente tenía que decir sin interferir con ello, observando que los síntomas no desaparecían por completo, ya que la catarsis sólo liberaba un par de traumas importantes, quedando unos cuantos secundarios, y encontrando que los nuevos síntomas se iban produciendo a medida que avanzaba en la terapia.

Como consecuencia de la catarsis, Freud concluyó que el estrangulamiento patológico de un afecto no resultaba liquidado sino desplazado interminablemente con lo que la idea de que la catarsis o la abreacción no era del todo correcta (Freud, 2000a y Verhaeghe, 1999).

A medida en Freud atendía a más pacientes, abandona la mecánica de la sugestión deliberada y pasa a confiar en el flujo de las asociaciones libres de los pacientes permitiendo el camino para el análisis de los sueños. Con lo cual pudo entender el proceso primario de la psique y la forma en que influye la producción de los pensamientos más accesibles, quedando así en posición de un nuevo expediente técnico: <<la interpretación>>. Y el análisis de los sueños, posibilitó su propio autoanálisis y sus consecuentes descubrimientos sobre la sexualidad infantil y el complejo de Edipo (Breuer y Freud, 2000a).

Aunque el descubrimiento de la sexualidad es anterior a Freud, puesto que Breuer descubrió la sexualidad en su primera cura para ignorarla y reprimirla de inmediato. Freud por su parte acepto el descubrimiento de la sexualidad, poco a poco y también acepto de forma abierta el fenómeno de la transferencia (Laplanche, 1980).

“El psicoanálisis por su particular naturaleza no pretende describir que es la mujer -una tarea de solución casi imposible para él-, sino indagar como deviene, como se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual.”

Freud, S. La feminidad.

CAPITULO 2. LA CONSTRUCCIÓN PSÍQUICA DE LA MUJER EN LA OBRA DE SIGMUND FREUD

2.1 La analogía en el desarrollo psicosexual entre los sexos.

2.1.1 La sexualidad infantil.

Desde el comienzo de su práctica clínica Freud, tuvo la sospecha de que los factores causales de la histeria se remontaban a la niñez, pero esta idea fue desplazada por la influencia de la teoría traumática de la histeria de Charcot, la cual tendía con facilidad a juzgar reales y de pertinencia etiológica los informes de los pacientes en los cuales hacían remontar sus síntomas a vivencias sexuales pasivas de sus primeros años infantiles, con lo cual Freud realizó una explicación de la histeria basándose en los efectos traumáticos de una seducción sexual en la primera infancia.

En el análisis Freud encontró que esos traumas sexuales infantiles reportados por las pacientes histéricas no eran verdaderos, ya que pronto descubrió que no eran más que fantasías, las cuales estaban destinadas a encubrir, embellecer y a promover nada menos que el ejercicio autoerótico de los primeros años de la infancia, logrando así descubrir que detrás de esas fantasías, pudiera salir a primer plano la vida sexual del niño (Freud, 2000*d*).

Con este descubrimiento Freud fue estructurando una teoría sexual basándose en lo que encontró oculto en los relatos sobre experiencias traumáticas sexuales de sus pacientes histéricas, las cuales reportaban que esos sucesos habían ocurrido en su infancia y con esta información en 1905 Freud, logra publicar lo que sería una de sus más importantes obras titulada *Tres ensayos de teoría sexual*, de los cuales el segundo ensayo es precisamente el que se refiere explícitamente a la sexualidad infantil, y en cual puso de manifiesto por primera vez el descuido que había sido objeto la sexualidad infantil al haber sido completamente ignorada.

“Forma parte de la opinión popular acerca de la pulsión sexual, la afirmación que ella falta en la infancia y solo despierta en el periodo de la vida llamado pubertad” (Freud, 2000*w*, p.157).

Explicando en las primeras líneas de este segundo ensayo sobre teoría sexual, la razón del descuido a la sexualidad infantil, aludiéndolo para ello a dos explicaciones, en la primera toma como consecuencia la propia educación, la cual reprime constantemente toda idea de sexualidad fuera del matrimonio y la reproducción y en la segunda a un fenómeno psíquico que denomino como amnesia infantil, la cual es común en la mayoría de los seres humano y que recubre todo rastro sexual en los primeros años, hasta los seis u ocho años de vida, aunque Freud remarcó que no en todas las personas sucedía esta amnesia.

Asegurando Freud que a esa edad nosotros *“...reaccionábamos con vivacidad frente a las impresiones, sabíamos exteriorizar dolor y alegría de una manera humana, mostrábamos amor, celos y otras pasiones que nos agitaban entonces con violencia, y aun pronunciábamos frases que los adultos registraron como buenas pruebas de penetración y de una incipiente capacidad de juicio”* (Freud, 2000w, p. 158).

Para encontrar posteriormente en la indagación psicológica, que esas mismas impresiones que las personas han olvidado, han dejado en ellas, las más profundas huellas en su vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo su desarrollo posterior. Dentro de los hallazgos de las frecuentes mociones sexuales, Freud observó que parecía que el neonato traía consigo al mundo gérmenes de actividad sexual y esto lo observó más claramente en el acto de ingerir alimento, ya que era evidente que el niño no solo satisfacía su hambre con el acto de mamar del pecho de la madre, sino que también se mostraba como si gozara de una satisfacción sexual y que después tratara nuevamente de volver a recrearla en la actividad del <<chupeteo>>, siendo el carácter más llamativo de esta práctica sexual, el hecho de que la pulsión no esta dirigida a otra persona, sino que se satisfacía en el propio cuerpo, es decir, que es autoerótica. *“La acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda del placer”* (Freud, 2000w, p. 164).

Con estas observaciones Freud pudo concluir que los labios se comportan como una zona erógena, y el cálido flujo de la leche es la causa de una sensación placentera en el niño, asociando de esta manera la necesidad de alimentarse del recién nacido con la satisfacción de la zona erógena de los labios.

“Quien vea a un niño saciado adormecerse en el pecho materno, con sus mejillas sonrosadas y una sonrisa beatificada, no podrá menos que decirse que este cuadro sigue siendo decisivo también para la expresión de la satisfacción sexual en la vida posterior” (Freud, 2000w, p. 165).

Pero Freud al seguir observando encontró que la pulsión que se satisface en la zona labial con la acción de mamar, tendrá que sustituirse por otra acción muscular acorde con la posición y la complejidad de otras zonas, y con ello se da una segunda fase de satisfacción sexual activada en la zona anal. En lo que denominaría más tarde como organizaciones <<pregenitales>> se encuentra en segundo lugar el erotismo anal, en donde la zona anal, a semejanza de la zona de los labios, es apta por su posición para proporcionar un apuntalamiento de la sexualidad en otras funciones corporales, ya que Freud reportó que la retención de heces, los dolores provocados con ello al intestino y la defecación, provocan en el niño una sensación de dolor y placer. Además de que la defecación representa un regalo por el cual el niño expresa su obediencia o no hacia el medio.

“Los niños que sacan partido de la estimulación erógena de la zona anal se delatan por el hecho de que retienen heces hasta que la acumulación de estas

provoca fuertes contracciones musculares y, al pasar por el ano, pueden ejercer un poderoso estímulo a la mucosa” (Freud, 2000w, p. 169).

La tercera fase denominada <<fálica>>, la cual es la precursora de las últimas plasmaciones de la vida sexual, así como es importante notar que se pone de relieve que es en esta etapa, que los genitales de ambos sexos no desempeñan un mismo papel, sino solamente el masculino (falo) y es de esta manera que la vida sexual pasa a ser comandada por la participación de las zonas genitales propiamente dichas.

Es en esta fase donde Freud puso énfasis, porque es en este periodo de la vida del infante, en el cual es más evidente una actividad sexual, ya que por su situación anatómica, por el sobreflujo de secreciones, por los lavados y frotaciones del cuidado del cuidado corporal y por ciertas excitaciones accidentales, es inevitable que la persona que esta a cargo de la limpieza del niño no le provoque sensaciones placenteras en sus partes genitales, las cuales son claramente notadas por el infante en este periodo, despertándole con ello una necesidad de repetir las constantemente y de esta manera junto al onanismo del infante se establece el futuro primado de esta zona erógena para la actividad sexual, ya que la acción que produce la eliminación del estímulo y desencadena la satisfacción consiste en un contacto de frotación con la mano o en una presión ejercida por la mano o apretando los muslos, siendo más frecuente esta última acción en la niña, en tanto el niño tendrá preferencia por la mano (Freud, 2000w).

“Se caería en un mal entendido si se creyera que estas tres fases se revelan unas a otras de manera neta; una viene a agregarse a la otra, se superponen entre sí, coexisten juntas” (Freud, 2000g, p. 153).

De esta manera Freud dividió en tres fases la masturbación infantil. La primera corresponde al periodo de lactancia, la segunda al florecimiento de la práctica sexual hacia el cuarto año de vida, y solo la tercera responde al onanismo de la pubertad (Freud, 2000w).

Hasta este punto Freud avanzó con su teoría de la sexualidad infantil, para seguir recopilando datos y en 1908 publica *Sobre las teorías sexuales infantiles*. En el cual se lamentaba por primera vez de la obscuridad que rodeaba la vida sexual de las mujeres, advirtiendo que su artículo se refería predominantemente, sino es que exclusivamente al desarrollo sexual masculino.

Este artículo se basa en lo que Freud denominó <<las teorías sexuales>> que el infante se formula para explicarse las incógnitas sexuales que se le presenta a lo largo de su desarrollo, y es en el tiempo entre los tres y los cinco años en que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento y en la cual se inicia la actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar.

“...por el psicoanálisis hemos averiguado que la pulsión de saber de los niños recae, en forma insospechadamente precoz y con inesperada intensidad, sobre los problemas sexuales y aun quizás es despertada por estos” (Freud, 2000w, p. 177).

Al ser prácticos y no teóricos los intereses en el niño que ponen en marcha su actividad investigadora, llega al punto en que tiene que lidiar con el nacimiento de un segundo hijo en su propia persona, ya que se pone de relieve como una amenaza a sus condiciones de existencia la llegada de un nuevo niño, y con ello el miedo de que ese acontecimiento lo prive de cuidados y amor de parte de sus padres, volviéndose por lo tanto reflexivo y penetrante a lo que ocurre a su alrededor, adquiriendo así de una manera autónoma unas teorías sexuales que el estado de su propia sexualidad le impone (Freud, 2000w).

Aunque cada una de estas teorías son falsas, contienen dentro de sí mismo un fragmento de verdad, pero lo que hay en esas teorías de correcto, se explica por su proveniencia de los componentes de la pulsión sexual, que se encuentran ya en movimiento dentro del niño. Ya que esos supuestos no se originaron de albedrío psíquico, ni de unas impresiones casuales, sino de las objetivas necesidades de la constitución psicosexual.

La primera de estas teorías sexuales se mezcla con el descuido de las diferencias entre los sexos y ella consiste en atribuir a todos los seres humanos, aún, a las mujeres, un pene, como el que el varoncito conoce en su cuerpo propio (Freud, 2000r).

Esto se debe, a que el pene es ya en la infancia, la zona erógena rectora, es decir, el principal objeto sexual autoerótico, y es por ello, la incapacidad para representar a una personalidad parecida al Yo, sin este objeto esencial es prácticamente imposible. Pero si en ese momento el varoncito llega a ver los genitales de una hermanita, y teniendo en cuenta que esta teoría a cobrado ya bastante fuerza en él, como para resignarse a su percepción de lo que ha visto, no comprobará entonces la falta del miembro, sino que ha modo de consuelo y conciliación dirá *“ella tiene... pero todavía es chiquito; claro es que cuando ella sea más grande le crecerá”* (Freud, 2000r, p. 192).

En cuanto a la niña pequeña, Freud observó que comparte por entero la estimación de su hermano o compañero de juegos, ya que también desarrolla un gran interés por esa parte del cuerpo del varón y ese interés pasará a estar gobernado por la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón que tendrá una importancia posterior.

La segunda de las teorías sexuales infantiles del niño, es reforzada por la ignorancia de la vagina, ya que sabe que el hijo crece dentro del vientre de la madre, pero no sabe por donde es sacado de ahí, concluyendo posteriormente que ello ocurre por la única vía que encuentra posible, que es la obertura del

intestino, es decir, por el ano. “Es preciso que hijo sea evacuado como un excremento, una deposición” (Freud, 2000t, p. 195).

La última de estas teorías se refiere al ser el niño testigo del comercio sexual entre los padres, lo cual le da una percepción incompleta de este hecho, ya que concluye por los ruidos y ciertas circunstancias secundarias una concepción sádica del coito, con lo cual no ve más que una forma de maltrato de padre hacia su madre, reforzando esta percepción por los ruidos y movimiento violentos que presencia el infante de parte de sus padre en esos momentos (Freud, 2000t).

Estos descubrimientos son anexados en 1915 a una sección titulada *La investigación sexual infantil*, en las publicaciones posteriores de *Tres ensayos de teoría sexual*. Pero la obra es ampliada aún más en 1924 con los hallazgos formulados un año antes, en el artículo *La organización genital infantil*.

En *La organización genital infantil*, Freud puso de manifiesto la importancia del falo para ambos sexos, concluyendo lo que sería una de las premisas más importantes del psicoanálisis, que nunca a lo largo de su obra Freud cambio. La cual asegura que para ambos sexos sólo desempeña un papel, un genital, el masculino, por lo tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo. Pero por desgracia una vez más Freud solo pudo describir estas constelaciones respecto del varoncito en este artículo.

Explicando para ello, que en el curso de las indagaciones en que el niño llega a descubrir que el pene no es un patrimonio de todos lo seres humanos semejantes a él, dado por la visión casual, de los genitales de una hermanita o compañerita de juegos. Así como otros niños antes, en sus percepciones del orinar de las niñas vieron otras posición y escucharon otro ruido, sospecharon que ahí había algo distinto y buscando repetir tales observaciones de una manera más esclarecedora, haciéndose notoria su reacción ante sus primeras observaciones de la falta del pene, pero desconociendo esa falta, creen ver un miembro a pesar de todo. Sustituyendo la contradicción entre lo observado y el prejuicio, mediante la conciliación de que aun es pequeño y va a crecer, y después, poco a poco, va a llegar a la creencia de que sin duda estuvo presente y luego fue removido. Concluyendo que la falta de pene es el resultado de una castración y ahora se le plantea al niño la tarea de lidiar con esa idea en su propia persona. Por lo cual “solo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración, si a la vez, se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo” (Freud, 2000k, p. 147).

Pero el niño no generaliza tan rápido, ni de buena gana, la observación de que varias personas del sexo femenino no poseen pene, ya para él, es bastante con el supuesto de que la falta de pene es consecuencia de la castración a modo de castigo. Creyendo al principio que sólo las personas despreciables del sexo femenino que han sido culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo había incurrido, han perdido el genital, pero las personas respetables como

su madre, siguen conservando el pene, ya que para el niño, ser mujer no coincide todavía con la falta del pene.

Solo más tarde cuando el infante aborda el problema de la génesis y el nacimiento de los niños, y cae en cuenta que sólo las mujeres pueden parir, y con ello tendrá que sufrir un cambio su concepción de madre ya que ella, al igual que su hermanita o compañerita de juegos también perderá el pene. Pero permanecerán ignorados los genitales femeninos al crear complejas teorías para explicar el trueque del pene a cambio de un hijo (Freud, 2000k).

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil hay que tener presentes las mudanzas que experimenta el niño durante su desarrollo sexual, en una polaridad sexual como es habitual suponer. La primera oposición se introduce con la elección de objeto, que presupone sujeto y objeto. En el estadio de la organización sádico-anal, la diferencia entre masculino y femenino, no existe, porque está dominada entre la oposición de activo y pasivo. En el siguiente estadio de la organización genital infantil, existe algo masculino, pero no femenino, resultando entre genital masculino o castrado. Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con masculino y femenino. En donde lo masculino reúne al sujeto, la actividad y la posición del pene, en tanto, lo femenino reúne el objeto y la pasividad (Freud, 2000w).

2.1.2 El complejo de Edipo.

El complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis, este fue el punto central que Freud le asignó a la vida psíquica del ser humano, ya que en él culmina la sexualidad infantil, que por sus consecuencias influye decisivamente sobre la sexualidad del adulto. Siendo que a todo ser humano que nace se le plantea la tarea de dominar el complejo de Edipo, porque quien no pueda resolverlo caerá en la neurosis (Freud, 2000w).

En un principio Freud llegó a suponer que la psicología de la mujer podía considerarse simplemente análoga a la del hombre. Esto tuvo lugar en sus primeras explicaciones, las cuales surgieron en 1900 con *La interpretación de los sueños*, donde describe por primera vez la situación edípica, pero dándole un total paralelismo a ambos sexos, considerando la primera inclinación de la niña hacia el padre y la del varón hacia la madre.

“Llegamos a saber que los deseos sexuales del niño -si es que es se estado germinal merece tal nombre- despertaron muy temprano, y que la primera inclinación de la niña atendió al padre y los primeros apetitos infantiles del varón apuntaron a la madre, así para el varón el padre y para la niña la madre devinieron competidores estorbosos...” (Freud, 2000j, pp. 266 - 267).

Freud continuó con el planteamiento clásico del complejo de Edipo formulado en la interpretación de los sueños y con la teoría sobre la histeria, que había constituido anteriormente con Breuer en *Estudios sobre la histeria*, esto es el trauma psíquico, el conflicto de los afectos y considerar histérica a toda persona que exprese displacer ante una excitación sexual, además de la utilización de la técnica del análisis de las resistencias como una forma de levantar en dique de la represión. Con estos elementos Freud trabajó en un caso clínico en 1900, pero decidió publicarlo en 1905, inicialmente pensó en titularlo *sueños e histeria*, ya que contiene la narración de dos sueños, pero decidió un cambio en el título por el de *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, es importante aclarar que este historial fue de gran importancia para el estudio de la feminidad, ya que fue retomado después por la escuela lacaniana.

El historial clínico hace referencia a una joven histérica de 18 años y que Freud eligió para ella el seudónimo de Dora para nombrarla. Años antes el padre de Dora había acudido con Freud por consejo de un amigo el Sr. K, por una enfermedad en la que Freud diagnosticó como <<afección vascular difusa>> y cuatro años después el padre de Dora decide llevarla con él, ya que enferma de neurosis precisamente por esa amistad que el padre de Dora y Dora entablaron con el matrimonio K. El padre de Dora le comentó a Freud sobre esa amistad que se volvió más estrecha a partir de los cuidados de la Sra. K hacia él en una larga enfermedad además el Sr. K se mostraba amable con Dora. También le comentó a Freud sobre un suceso acerca de ellos que sucedió en B, en un lago en donde supuestamente tras una caminata el Sr. K le hizo una propuesta amorosa a Dora y después el padre de Dora pidió cuentas al Sr. K desconociendo esta su responsabilidad sobre este hecho, además de descalificarla, ya que Dora mostraba interés por asuntos sexuales, anteriormente la Sra. K le comentó que Dora leyó el libro la fisiología del amor de Mantegazza y que debido a estas lecturas lo ocurrido en la escena del lago no había sido más que fantasías que Dora había inventado. Con estos antecedentes el padre de Dora trató de convencer a Freud acerca de su relación con la Sra. K, la cual se trataba sólo de una <<amistad>> y de esta manera le pidió ayuda a Freud para persuadir a Dora de su deseo, de que su padre dejara a la Sra. K.

El círculo familiar incluía al padre, la madre y un hermano un año y medio mayor que ella, la relación entre madre e hija era desde hacia años muy conflictiva, aquí conviene una aclaración importante, ya que Freud nunca conoció a la madre de Dora y solo pudo hacerse de una idea de ella por los comentarios de Dora y su padre acerca de su obsesión sobre la limpieza del hogar, con estos datos Freud se creó la idea de que ésta, padecía <<una psicosis de ama de casa>>. El hermano de Dora no se involucraba en las disputas familiares, pero cuando tenía que tomar partido lo hacía del lado de la madre. Así este esquema familiar encaja a la perfección con el complejo de Edipo clásico formulado por Freud anteriormente.

“Así, la usual atracción sexual había aproximado a padre e hija, por un lado y a madre e hijo por otro” (Freud, 2000h, p. 20).

Con estos antecedentes y obligada por su padre Dora es remitida a Freud. Dora presentaba síntomas como depresión, afonía, ataque de tos y tendencia suicidas, ella es descrita por Freud como una señorita madura, independiente en sus juicios y cuando sus malestares se lo permitían gustaba de asistir a conferencias de damas y cultivarse en estudios más serios. Este historial clínico pareció para Freud ajustarse también a la teoría sobre la histeria formulada con Breuer. Ya que la escena del lago parecía corroborarlo, es decir el trauma psíquico como condición previa indispensable para la génesis de un estado patológico histérico, la teoría del trauma psíquico se sustentó en el pasado, en un suceso vivido por el sujeto que permanece ahí como un cuerpo extraño, ajeno al Yo, pero con efectos evidentes en lo actual del síntoma. Pero existía una contradicción, dos años antes la paciente había mostrado ya los síntomas clásicos histéricos por lo que la teoría no se ajustaba del todo. En sesiones posteriores Dora le comentó a Freud una vivencia anterior con el Sr. K que en palabras de Freud eran las más apropiadas para producir el efecto de un trauma sexual. En esa época Dora tenía 14 años y se había puesto de acuerdo con el matrimonio K para acudir a una procesión de la iglesia, pero el Sr. K se las arregló para que la Sra. K se quedara en casa y él se encontrara a solas con Dora, ocasión que aprovechó para estrecharla y besarla en los labios.

“Era justo la situación que, en una muchacha virgen de 14 años provocaría una nítida sensación de excitación sexual. Pero Dora sintió en ese momento un violento asco, se desasió y pasando junto al hombre corrió hacia la escalera y desde ahí hacia la puerta de la calle” (Freud, 2000h, p. 26).

Lo relatado por Dora permitió a Freud aferrarse más a su teoría de la histeria, por lo que terminó diagnosticando a Dora como histérica, ya que encajaba con la idea de que toda persona que sea capaz de producir síntomas somáticos en una ocasión de excitación sexual y provocan en ella predominantemente sentimientos de displacer, es histérica. El tratamiento continuó y así Freud se enteró que inicialmente Dora cuidaba de los hijos del matrimonio K con tanta vehemencia como lo había hecho anteriormente su institutriz con ella, esta institutriz también estaba interesada por la lectura y lo había compartido con Dora, además se mostraba muy amable con Dora en presencia del padre de ésta, además de ser ella quien alertó a Dora sobre la relación de su padre con la Sra. K, pero Dora la hizo despedir al darse cuenta que la institutriz también se encontraba enamorada de su padre. Una vez más lo anterior le dio más elementos a Freud, era obvio que la conducta mostrada por la institutriz era la misma que Dora mostraba hacia los niños del matrimonio K y de esta manera Freud llegó a la conclusión sobre el amor de Dora al Sr. K. Esta hipótesis asombró más a Freud que a Dora, al principio ella lo negó, pero después de insistir un poco más Freud, Dora no tuvo otra opción más que aceptarlo. El asombro de Freud es fácilmente perceptible en la nota de pie de la página 27 del historial que dice así: *“aquí se plantea esta pregunta: si Dora estaba enamorada del Sr. K, ¿Cómo se explica su rechazo en la escena junto al lago, o, al menos, la forma brutal de ese rechazo, que denotaba hostilidad? ¿Cómo pudo una*

muchacha enamorada ver un ultraje en un cortejo amoroso que en modo alguno (según después veremos) se mostró torpe o chocante?” (Freud, 2000h, p. 34).

Anteriormente Dora le reprochaba a su padre la exageración de su enfermedad, para acudir a la ciudad de B. y a los brazos de la Sra. K, para ella no existía la menor duda, su padre mantenía una relación amorosa con la Sra. K, además tenía la idea de que había sido entregada al Sr. K como precio a la tolerancia de éste, por la relación que mantenía su padre con la Sra. K. Pero, por un tiempo ella fue cómplice de esta situación, existía un beneficio para Dora y Freud lo había encontrado, los reproches formulados a su padre, en el mismo sentido eran los mismos que ella realizaba hacia su propia persona, por el <<supuesto cuidado>> que le había prodigado a los hijos del matrimonio K y que escondían la verdad, su amor al Sr. K. Siguiendo la acusación de Dora a su padre sobre la manipulación ejercida por este con su enfermedad y que era utilizada para su bienestar, Freud reconoció la similitud de esta manipulación, con la misma que Dora realizaba a su padre con las ideas suicidas, la afonía, etc., para conseguir su propósito, que su padre abandonara a la Sra. K, además Dora realizaba comentarios dirigidos a minimizar a un más esta relación, de esta manera el interés mostrado por la Sra. K, era solo por la riqueza de su padre. Estos comentarios fueron interpretados por Freud como contrarios, ya que el padre de Dora era un hombre sin recursos y que por padecer sífilis no era más que un hombre impotente.

Dada la importancia que Freud le daba al periodo de la infancia, remarcado principalmente por el complejo de Edipo, decidió investigar en la infancia de Dora, así pudo llegar a conocer que en esta etapa de su vida, ella había cuidado a su padre enfermo, relacionándolo con lo sucedido hasta entonces, la Sra. K fue la que cuidó al padre de Dora la última vez, desplazando a Dora, por lo tanto la Sra. K ocupó no el lugar de la madre de Dora, sino el lugar de Dora en la vida de su padre. De esta manera se explicaba la exigencia de Dora, de que el padre abandonara a la Sra. K, la amenaza de suicidio, Dora había ocupado el lugar de la madre. Con lo que Freud fiel a su teoría del complejo de Edipo arribó a la siguiente hipótesis: *“estaba enamorada de su padre”* (Freud, 2000h, p. 51).

Cuando Freud dio a conocer a Dora esta hipótesis, este se topó una vez más con la negación de Dora, pero a Freud no le sorprendió la negación expresada, estaba acostumbrado a todo esto, ya que corroboraba un mecanismo utilizado por el inconsciente. Más aún Freud avanzó un poco más en su proceso analítico, lo que lo llevó a formularse una nueva cuestión, <<¿por qué había surgido en ese momento, el amor edípico de Dora por su padre?>>, una vez más apoyándose Freud en sus teorías, en este caso la teoría de la represión, Dora había reprimido su amor hacia el Sr. K y de esta manera había vuelto a renacer la inclinación infantil hacia su padre, es decir la represión primaria. Era común cada vez, que Freud mostrara sus hipótesis a Dora, esta utilizara siempre el mecanismo de la negación, aunque no eran las intenciones de Freud de que surgiera este mecanismo, él mismo las utilizaba para presionar más a Dora, hasta que ella terminaba aceptándolo, sobre todo cuando Dora caía en contradicciones,

Freud no dudaba en confrontarla, lo mismo sucedió cuando Freud le demostró que su conducta era el resultado de estar enamorada de su padre. También, conviene realizar una aclaración, estas confrontaciones se basaron en el análisis de las resistencias que hasta ese momento Freud había construido, además las herramientas que utilizó Freud en este historial no son otras que las de su época: la sugestión, el método catártico que luego fueron abandonados y reemplazados.

El último tema expuesto en caso clínico, se refirió a una <<supuesta homosexualidad de Dora>>, el estudio de la infancia y la teoría de la histeria fueron otra vez las herramientas utilizadas por Freud, que le permitieron arribar a esta última hipótesis, aunque Freud no tuvo el tiempo de corroborarla del todo, ya que después de tres meses de tratamiento analítico, Dora decidió abandonarlo. La experiencia adquirida por Freud con el trabajo realizado con pacientes histéricas, le permitió advertir la corriente homosexual de su paciente, por lo que antes de concluir las sesiones, Freud preguntó a Dora acerca de sus relaciones con la Sra. K. entonces, Freud llegó a enterarse sobre la estrecha amistad existida entre Dora y la Sra. K antes de la escena del lago, Dora, desde adolescente se había convertido en la confidente y consejera de la Sra. K, acerca de los problemas matrimoniales de ésta última y curiosamente en ningún momento Dora había hablado mal de la Sra. K.

“Cuando Dora hablaba de la Sra. K, solía alabar su <<cuerpo deliciosamente blanco>> con un tono que era más el de una enamorada que el de una rival vencida” (Freud, 2000h, p. 55).

Lo que hizo cuestionarse a Freud, <<¿si Dora amaba al Sr. K por que no odiaba a la que era su rival?>>, nada encajaba con lo anterior, el amor en un sentido consiente con el Sr. K, el enojo de Dora a su padre por saberse entregada al Sr. K, la respuesta a todo esto la encontró Freud en la traición de la Sra. K a Dora a partir de la escena del lago, cuando el padre le pide cuentas al Sr. K este mencionó que una chica que lee semejantes libros no merecía respeto alguno.

“Era entonces la Sra. K quien la había traicionado y denigrado, solo con ella había hablado sobre Mantengazza y sobre temas prohibidos. Se repetía lo ocurrido con la gobernata; tampoco la Sra. K la había amado por su propia persona sino por la del padre. La Sra. K la había sacrificado sin reparos a fin de no verse perturbada en su relación con el padre de Dora” (Freud, 2000h, p. 55).

Finalmente la última hipótesis de Freud de este caso se apoyó en la homosexualidad de Dora, con lo que Freud logró conjuntar todos los elementos, el sufrimiento de Dora, fue causado por la traición de la Sra. K, Dora lo había tratado de encubrir con sus reclamos a su padre, ella comentaba que no permitiría a la Sra. K quedarse con su padre, pero la interpretación de Freud fue diferente, Dora no permitiría a su padre quedarse con la Sra. K, porque se trataba de la mujer que amaba, Dora estaba enamorada de la Sra. K de forma inconsciente. Y este es finalmente la conclusión obtenida por Freud, apoyándose en su experiencia.

“Estas corrientes de sentimientos varoniles o, como es mejor decir, ginecofílicos han de considerarse típicas de la vida amorosa inconsciente de las muchachas histéricas” (Freud, 2000h, p. 56).

En el historial clínico, los sueños de Dora fueron expuestos de forma separada. El primer sueño trató de un incendio en casa de Dora en el cual el padre trata de salvar a sus hijos, mientras la madre está más interesada en salvar un alhajero, por lo que el padre le reclama diciendo que no quiere que sus hijos mueran en el incendio a causa de su conducta. El primer sueño y el segundo sueño fueron interpretados por Freud, de acuerdo a lo teorizado en la *interpretación de los sueños*, pero el segundo sueño permitió conocer más acerca de la feminidad de Dora a la escuela lacaniana. El segundo sueño se refiere a Dora, quien se encuentra paseando en una ciudad, llega después a su casa y en su habitación encuentra una carta de su madre, la cual trataba sobre la muerte del padre y le hizo una invitación a ir, Dora se dirige a la estación ferroviaria así que pregunta varias veces como llegar, en el sueño le es difícil arribar ahí, pero finalmente llega a la casa de su madre y una sirvienta le abre la puerta y le dice que su madre se encuentra en el cementerio. En la sesión posterior, Dora amplía más el sueño, Dora sube a su habitación y ahí lee un libro, indagando un poco después Freud descubre que en realidad se trataba de una enciclopedia.

La propia Dora se formulaba preguntas como: <<¿Por qué después de la escena del lago no digo nada?>> ó <<¿Por qué no lo contó rápidamente a sus padres?>>. Además para Freud estas eran situaciones que una chica normal debía resolver por si sola. Lo que los llevó a ambos a analizar más la escena del lago, Dora abofeteo al Sr. K, no lo dejó terminar cuando este le hizo la propuesta amorosa, Freud pidió a Dora que recordara las palabras de este, entonces Dora recordó lo dicho por el Sr. K su mujer no le importaba. Así Freud asoció e interpretó todos los elementos del sueño, Dora deambula por la ciudad, en donde nunca había estado, la imágenes aparecidas en el sueño se referían a unas postales que Dora había recibido y buscando la caja de las postales pregunta a su mamá: <<¿Dónde esta la cajita?>>. Cajita, en alemán peyorativamente significa mujer. En el sueño Dora se pregunta varias veces por lo que esta recuerda sobre una noche en que su padre la había mandado por un coñac a la cava, Dora pregunta varias veces a su madre sobre la llave, hasta que esta le hizo caso.

“Dónde esta la llave, me parece el correspondiente masculino de la pregunta ¿Dónde esta la cajita? Por lo tanto, son preguntas... por los genitales” (Freud, 2000h, p. 86).

Después de ocurrida la escena del lago, Dora rodeó el lago para no encontrarse con el Sr. K, de esta manera el viaje realizado por Dora en el sueño, fue interpretado por Freud como una geografía sexual simbólica bahnhof (estación ferroviaria), friedhof (cementerio), vorhof (vestíbulo) se refirieron entonces a los genitales femeninos. A Freud le tomo dos sesiones entender este sueño y satisfecho de sus interpretaciones, Dora simplemente desdeño a Freud con la

siguiente oración: “¿a caso ha salido mucho?” (Freud, 2000h, p. 92). En la siguiente sesión se despide de Freud y este le pregunta que desde hace cuanto tiempo había tomado la decisión, siendo la respuesta de Dora un plazo de catorce días, los mismos días del preaviso de una muchacha de servicio, los mismos catorce días dejados pasar por Dora para comunicar a su padre sobre la escena del lago.

Después de salir a la luz el caso Dora, tuvieron que pasar diez años, para que Freud publicara algún material con referencia a la mujer y en 1915 publica *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* y cinco años después en 1920 *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* en los cuales pone de relevancia la relación de las pacientes con su madre.

En el primer manuscrito se hace referencia a una joven de treinta años, la cual había recurrido a un abogado en busca de protección contra las persecuciones de un hombre, con el cual tuvo una relación amorosa, pero ella aseguraba que este hombre había abusado de su confianza, ya que según la joven este sujeto había hecho que les tomaran unas placas fotográficas por individuos ocultos en sus encuentros amorosos, quedando con ello en posición de mostrar esas fotografías y exponerla a la vergüenza y con así forzarla a abandonar su empleo.

Su asesor legal consideró que era conveniente recabar el juicio de una psiquiatra sobre el caso. De las dos sesiones que acudió la muchacha con Freud, éste pudo extraer esta visión de ella, la cual decía así “...nunca había buscado vinculaciones amorosas con hombres; vivía reposadamente junto a su madre anciana, cuyo único sostén era ella” (Freud, 2000y, p. 264).

Además en la sección de la empresa donde la joven trabajaba, estaba dirigida por una anciana a quien ella describía diciendo <<tiene cabellos blancos como mi madre>>. Freud advirtió que la jefa de cabellos blancos no era más que un sustituto de la madre y que el hombre amado, a pesar de su juventud, era puesto en el lugar del padre.

Este complejo materno permitió suponer a la muchacha una relación amorosa entre esos desiguales compañeros. El amor a la madre cumplía el papel de una conciencia moral, para que la joven no avance en el camino de la satisfacción sexual normal, logrando perturbar con ello la relación con el hombre. Así la madre inhibió la afirmación sexual de la hija, cumpliendo con la función normal que se encuentra prefigurada por vínculos de la infancia, la cual posee motivaciones inconscientes y recibe la sanción de la sociedad.

“Es asunto de la hija desasirse de esta influencia y decidirse sobre la base de una motivación racional, más amplia, por cierto grado de permisión o de denegación del goce sexual” (Freud, 2000y, p. 267).

Si en el intento de alcanzar la liberación se contrae una neurosis, se debe a la preexistencia de un complejo materno muy intenso no dominado que se encuentra vinculado con la imagen materna primordial. Y puesto que la paciente desde hacia varios años era huérfana de padre, siendo el motivo por el cual se había mantenido lejos de los hombres hasta su edad actual, logrando tener una fuerte ligazón afectiva con la madre, pero ello se convirtió en una pesada cadena cuando su líbido empezó a desear al hombre. A lo que la muchacha procuró quitar de en medio ese apoyo, terminando con su ligazón homosexual, pero esta disposición fue lo que condujo para que esto ocurriera en una forma paranoica de delirio (Freud, 2000y).

En el segundo caso se menciona a una joven de dieciocho años, de una familia de buena posición social, la cual provocaba el disgusto de sus padres, por la ternura con que perseguía a una mujer diez años mayor que ella de dudosa reputación. *“El análisis permitió reconocer indudablemente que la dama amada era un sustituto de... la madre”* (Freud, 2000r, p. 149).

Esta muchacha tenía poquísimas razones para sentir ternura por su madre, ya que para su madre, ella había florecido rápidamente, volviéndose una incomoda competidora, relegándola tras los hermanos, restringiendo su autonomía en todo lo posible y vigilando que permaneciera alejada del padre.

Y fue por ello la necesidad de una madre más amorosa, que en ese momento encontró con la mujer diez años mayor que ella, cuando la desilusión por su madre había caído sobre la joven, encontrándose en la fase del refrescamiento de la pubertad del complejo infantil de Edipo. Es en este punto que al hacerse consciente del deseo de tener un hijo, que fuera varón y que este debía ser un hijo del padre, pero en eso sucedió precisamente que nació un hijo del padre, pero no de ella, sino de la madre. Con lo cual sublevada y amargada dio la espalda al padre y al varón en general, desestimando su feminidad y procurando otra colocación para su líbido, y lo que finalmente sucedió fue que *“ella se trasmudó en varón y tomó a la madre en el lugar del padre como objeto de amor”* (Freud, 2000r, p. 151).

Sin embargo, aunque su vínculo con la madre había sido ambivalente desde el comienzo, en la joven se reanimó el amor temprano por la madre y compensando su hostilidad presente con ella. Y puesto que con la madre real había poco que hacer, por lo cual buscó un sustituto del cual pudiera prenderse con apasionada ternura (Freud, 2000r).

Estos dos últimos estudios, *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* y *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, los cuales, aunque tratan exclusivamente sobre mujeres, pasan a ser casos aislados en la construcción del complejo de Edipo en las mujeres, por parte de Freud. Porque al retomar la simetría edípica entre los sexos, expuesta en *La interpretación de los sueños*, dicha simetría estuvo basada únicamente en casos

masculinos y especulando su similitud en las mujeres en sus demás artículos sobre el tema, y es hasta 1924, con el artículo *El sepultamiento del complejo de Edipo*, donde menciona por primera vez la imposibilidad de esta simetría.

Así Freud continuo esta la simetría edípica en la *21a. Conferencia de introducción al psicoanálisis* de 1917. En la cual Freud expuso nuevamente el desarrollo del complejo de Edipo, refiriéndose casi exclusivamente a la relación del niño con su madre y padre. Especulando una vez más, una simetría con algunas modificaciones en la niña, pero a fin de cuentas era un desarrollo similar al del varón.

“Como ustedes notan, sólo he pintado la relación del varoncito con su padre y su madre. Con las necesarias modificaciones, las cosas son en todo semejantes en el caso de la niña pequeña. La actitud de tierna dependencia hacia el padre, la sentida necesidad de eliminar por superfluo a la madre y a ocupar su puesto...” (Freud, 2000b, pp. 303 - 304).

De esta misma manera Freud continuó exponiendo lo referente al complejo de Edipo en las mujeres de forma análoga, breve y sin referirse a observaciones clínicas realizadas en ellas. Esta misma forma de referirse a las mujeres se repite en los artículos *Psicología de las masas y análisis del Yo* de 1921 y en *El Yo y el Ello* de 1923.

En el primer artículo *Psicología de las masas y análisis del Yo* en su capítulo VII, el cual trata, acerca de las identificaciones del niño en el complejo de Edipo, no hace mención a la niña, salvo al referirse a la identificación del niño con el padre, argumentando Freud que en la prehistoria del complejo de Edipo, el niño muestra dos lazos diversos hacia la madre, una investidura sexual de objeto y con el padre, una identificación que lo toma como modelo. Ambos lazos coexisten un tiempo sin perturbaciones entre ellos. Pero en el transcurso de la vida anímica, estos confluyen naciendo de esta forma el complejo edípico. En el que el niño se muestra hostil con el padre, y desea ocupar su lugar junto a la madre y puede ocurrir una inversión. En el complejo de Edipo el que se tome por objeto al padre es una actitud femenina, convirtiéndose en el objeto del cual las pulsiones sexuales directas esperan su satisfacción. Y con respecto a la niña solo añade *“lo mismo vale para la niña, con las correspondientes sustituciones”* (Freud, 2000b, p. 100).

En el segundo artículo *El Yo y el Ello*, Freud retoma la identificación en el niño que se resuelve con la destrucción del complejo de Edipo. En donde el niño se identifica con el padre reafirmando de esta manera su masculinidad y reteniendo el vínculo tierno con la madre. En tanto la niña es descrita nuevamente como una analogía del varón de la siguiente manera *“análogamente, la actitud edípica de la niña puede desembocar en un refuerzo de su identificación - madre (o el esclarecimiento de esa identificación), que afirme su carácter femenino”* (Freud, 2000e, p. 34).

Lo cierto es que durante este tiempo, después de la publicación del caso Dora en 1905, Freud no dirigió su interés a la psicología femenina, salvo los dos artículos aislados de *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* en 1915 y *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* en 1920, expuestos anteriormente, en donde lo esencial en ambos casos se encontraba en la relación de las pacientes con sus madres.

Pero en el año de 1919 entre la *21a. Conferencia de introducción al psicoanálisis* de 1917 y *Psicología de las masas y análisis del yo* de 1921, Freud publica un artículo titulado *Pegan a un niño*. El cual trataba casi exclusivamente del desarrollo sexual infantil de las niñas, en el cual encontraba clara evidencia de insatisfacción en una analogía entre ambos sexos.

En el artículo *Pegan a un niño* Freud estudia una fantasía precisamente llamada "*pegan a un niño*" descrita en los seis casos (cuatro mujeres y dos hombres) recopilados para este trabajo. Esta fantasía de "*pegan a un niño*" en el caso de las niñas se divide en tres fases; la primera y la tercera son fases conscientes, en tanto la segunda fase es inconsciente y surge por represión y regresión del deseo incestuoso de ser amado por el padre. Y en el caso del niño, Freud trató de usar la acostumbrada analogía entre los sexos, pero esta vez le fue imposible hallar cualquier clase de similitud como él esperaba, autocorrigiéndose de esta forma: "*como es natural esperé hallar plena analogía entre las constelaciones vigentes en el varoncito y en la niña; en el caso del primero desde luego, la madre debía reemplazar al padre en esa fantasía*" (Freud, 2000l, p. 193).

Pero en el estudio de los dos hombres masoquistas, Freud se dio cuenta, que esta fantasía inconsciente del niño es consciente y que existe una fantasía primaria que es inconsciente, la cual dice: <<*yo soy azotado por el padre*>> que luego se traduce en <<*yo soy amado por el padre*>>. Con lo cual concluye que en ambos casos la fantasía de paliza deriva de una ligazón incestuosa con el padre. En tanto en la niña, la fantasía masoquista inconsciente parte de la postura edípica normal; en el varón, esta postura se invierte al tomar al padre como objeto de amor. (Freud, 2000l).

A partir de esta imposibilidad de seguir con una analogía entre los sexos, Freud comienza a elaborar por primera vez un curso diferente en el desarrollo sexual en los varones y en las niñas. Estas diferencias son desarrolladas en 1924 en el artículo *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En el cual retoma nuevamente lo desarrollado acerca de la fase fálica en el niño, en la que para lograr la satisfacción amorosa en el complejo de Edipo, debe costear el pene, entonces se dará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales.

En este conflicto triunfa la conservación por el pene y el Yo del niño se despoja del complejo de Edipo, con lo que las investiduras de objeto son

resignadas y sustituidas por identificación, la autoridad del padre o ambos progenitores es introyectada en el Yo, para formar el núcleo del Superyó, el cual toma prestada del padre su severidad, perpetuando la prohibición del incesto, y así asegura al yo contra el retorno de investidura libidinosa de objeto. Con este proceso se inicia el periodo de latencia que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño.

A partir de esto, el problema de la evolución sexual de la mujer no abandonó la mente de Freud, reflexionando de esta forma acerca del tema *“según se dijo expresamente, el proceso descrito se refiere solo al niño de sexo masculino. ¿Como se consume el correspondiente desarrollo en la niña pequeña?. Nuestro material se vuelve aquí -incomprensible- mucho más oscuro y lagunoso. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo. Un Superyó y un periodo de latencia. ¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración?. La respuesta es afirmativa, pero las cosas no pueden suceder de igual manera que en el varón”*. (Freud, 2000p, p. 185).

Esta conceptualización acerca del desarrollo sexual de la pequeña queda al fin separada de la del varón de la siguiente forma. En principio el clítoris de la niña se comporta como un pene para ella, pero al compararlo con el de un compañerito de juegos, percibe que es demasiado corto y siendo este hecho como un perjuicio y una razón de inferioridad. Durante un tiempo se consuela creyendo que cuando crezca, ella tendrá un ápice tan grande, como el de un niño. La niña no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino como el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande y después lo perdió por castración y no aplica esta inferencia de sí misma a otras mujeres adultas, sino que atribuye a ellas un genital grande y completo, es decir, masculino, así se produce una diferencia esencial en la cual la niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación.

Sin la angustia de castración, se encuentra ausente el motivo para instituir el Superyó e interrumpir la organización genital infantil. Mucho más que en el varón estas alteraciones parecen ser el resultado de la educación, del amedrentamiento externo que amenaza la pérdida del ser amado. Aunque la renuncia al pene no se soportará sin un intento de resarcimiento y la niña se deslizará a lo largo de una ecuación simbólica del pene al hijo y su complejo de Edipo culminará en el deseo alimentado por mucho tiempo de recibir como regalo un hijo del padre, expuesto por Freud de esta forma:

“Se tiene la impresión de que el complejo de Edipo es abandonado después poco a poco porque este deseo no se cumple nunca. Ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo permanecen en lo inconsciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual” (Freud, 2000p, p. 186).

2.2 Diferencias en el desarrollo psicosexual entre los sexos.

2.2.1 Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos.

Después de un primer periodo en la obra de Freud, en la cual se le atribuye a la niña un desarrollo similar y simétrico al del niño, durante las primeras etapas de su organización libidinal, viene otro periodo en el que se plantea el tema de las diferencias, estas diferencias con respecto a la elección de objeto, a la incidencia del complejo de castración y a la valoración narcisista de los órganos genitales a partir de su estructura.

En sus primeras indagaciones sobre las plasmaciones psíquicas de la vida sexual del niño, Freud tomaba solamente al varoncito y suponía que en el caso de la niña todo sería semejante con sus respectivas correcciones. Esto debido a que en el complejo de Edipo el niño retiene al mismo objeto que en el periodo precedente de latencia y crianza, que había investido con su líbido todavía no genital. También debido al hecho de que el niño ve al padre como un rival perturbador a quien quiere eliminar y que esta actitud edípica perteneciente a la fase fálica, se funda en la angustia de castración, dada por el interés narcisista hacia los genitales y ellos fueron puntos fácilmente inteligibles para Freud sobre el desarrollo sexual del niño.

Pero su esclarecimiento se fue dificultando al observar en el varón, que el complejo de Edipo es de sentido doble, es decir, activo y pasivo, esto resultaba en armonía con la disposición bisexual de su teoría. En la cual también el niño quiere sustituir a la madre como objeto de amor del padre, en una actitud femenina. Refiriendo esta dificultad también a la prehistoria del complejo edípico en el niño, pero sin estar totalmente acabada, porque aun tenía algunas dudas sobre ella.

De lo cual, aún a Freud le quedaban algunas dudas sobre la pequeña entre las cuales se encontraba la siguiente *“a más de los problemas del complejo de Edipo en el varón, el de la niña pequeña esconde otro. Inicialmente la madre fue para ambos el primer objeto, y no nos asombra que el varón lo retenga para el complejo de Edipo. Pero, ¿cómo llega la niña a resignarlo y a tomar a cambio al padre por objeto?”* (Freud, 2000a, p. 270).

Buscando resolver este problema sobre la prehistoria de la relación edípica en la niña, en 1925 Freud publica *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Partiendo de lo mencionado ya sobre la envidia del pene en la niña en *Tres ensayos de teoría sexual*, en donde plasmó que la niña pequeña se rehusaba a aceptar el hecho de su castración, a lo que se afirmaba y acariciaba la convicción de poseer un pene por lo que se comporta en lo sucesivo como si fuera un varón. Así nace el complejo de masculinidad en la mujer, el cual si no es superado traerá grandes dificultades para el desarrollo de la feminidad.

Las consecuencias psíquicas de la envidia del pene no se agotan en la formación reactiva del complejo de masculinidad son múltiples y vasto alcance. La primera consecuencia se da al establecerse un sentimiento de inferioridad tras el intento de explicar su falta de pene como castigo personal y tras aprehender la universalidad de ese carácter sexual, comienza a compartir el menosprecio del varón por ese sexo mutilado. La segunda consecuencia, es la supervivencia en el rasgo de carácter de los celos, con leve desplazamiento sin dejar de existir, aunque se haya renunciado hacia su objeto genuino. También los celos aparecen en la primera fase de la fantasía onanista <<pegan a un niño>> en esta un niño, de quien se tiene celos como rival, debe ser golpeado. La última consecuencia de la envidia del pene es el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto - madre, ya que la niña culpa a la madre de haberla traído al mundo con una dotación insuficiente, es decir, la responsabiliza por su falta de pene.

Tras la envidia del pene sobreviene una sublevación de la niña pequeña contra el onanismo fálico, por la herida narcisista al no poder competir con el varón. De esta manera el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino y encaminarse por nuevas vías que la llevarán al despliegue de la feminidad. En este momento la libido de la niña se desliza a lo largo de una ecuación simbólica prefigurada pene = hijo. Resignando el deseo de un pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor y la madre pasa a ser objeto de los celos.

“En la niña, el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan. En cuanto al nexo entre el complejo de Edipo y el complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último” (Freud, 2000a, p. 275).

Al faltar en la niña el motivo para la demolición del complejo de Edipo, escapa al destino que le está deparado al varón, puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica, que es normal para la mujer y el Superyó no llega a ser tan implacable, ni tan impersonal, ni tan independiente de sus orígenes afectivos, como se le exige en el caso del varón, al mostrar un sentimiento de justicia menos acentuado que en el varón y una menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida, que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles.

Esta formación del Superyó Freud, hace frente a las objeciones que imponen una total igualdad e idéntica apreciación a ambos sexos, argumentando que la mayoría de los varones se quedan muy a la zaga del ideal masculino, y que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición bisexual, y de la herencia cruzada reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que

la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto (Freud, 2000a).

La importancia atribuida por Freud a la bisexualidad se remonta a *Tres ensayos de teoría sexual*, donde considera que difícilmente si no se toma en cuenta, no se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y la mujer (Freud, 2000w).

Posteriormente vuelve a mencionar el carácter de la bisexualidad en *Pegan a un niño*, donde resume “en el hombre lo reprimido inconsciente se reconduce a mociones pulsionales femeninas; y a la inversa en la mujer” (Freud, 2000l, p. 197).

Y en *El Yo y el Ello*, destaca que la ambivalencia en la relación con los padres en el complejo de Edipo se debe a la bisexualidad y no a que se desarrolle por la actitud de rivalidad a partir de la identificación (Freud, 2000e).

Y aunque el concepto de bisexualidad en un principio fue propuesto por Fliess a Freud para dar una explicación sobre la neurosis, sucedió que desde el principio esta idea tuvo opiniones muy distintas entre ellos, ya que la idea de Fliess sobre la bisexualidad hacía referencia a la idea clásica de la complementariedad bajo un nuevo disfraz, al plantear que todo ser humano tiene un sexo dominante y un complemento reprimido, es decir, que en todo hombre hay una mujer en latencia y viceversa, en toda mujer hay un hombre latente, con lo cual Fliess definió más claramente su idea, reemplazando así el concepto de bisexualidad por el de bilateralidad, subrayando de este modo el aspecto de complementariedad. Siendo este el punto donde Freud rompió definitivamente con Fliess, pero Freud siguió usando la palabra de bisexualidad, aunque usándola sin ninguna referencia a la complementariedad. Porque para Freud, el problema siguió siendo el mismo: ¿cómo se genera una identidad femenina, basada en un desarrollo en el cual sólo hay lugar para la masculinidad?. Resultando bastante extraño que en el período posfreudiano haya prevalecido la concepción de Fliess, aunque atribuida a Freud (Verhaeghe, 1999, p. 64).

2.2.2 Sobre la sexualidad femenina.

Posteriormente Freud reformula los hallazgos escritos en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* y siete años después en 1931 publica *Sobre la sexualidad femenina*. Haciendo hincapié en la intensidad y prolongación de la ligazón preedípica de la niña con su madre. “Toda vez que existía una ligazón - padre particularmente había sido precedida, según el testimonio del análisis por una fase de ligazón - madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento” (Freud, 2000s, p. 227).

Esta ligazón - madre se prolongaba a veces hasta del cuarto al quinto año de vida, durante el transcurso de la fase, el padre no era más que un rival fastidioso para la niña, aunque sin alcanzar la hostilidad característica del niño.

Estos hallazgos permitieron a Freud, reforzar su teoría sobre la bisexualidad. Resaltando ésta mejor en la mujer que en el varón, porque el varón solo posee una zona genésica rectora, mientras que la mujer posee dos, la vagina propiamente femenina y el clítoris análogo al miembro viril. Así la vida sexual de la mujer se descompone por regla general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino y sólo la segunda es específicamente femenina.

De forma similar a esta diferencia, existe otra respecto al hallazgo de objeto. Para el varón, la madre es el primer objeto de amor, por el suministro de alimento y cuidados del cuerpo y lo seguirá siendo hasta que la sustituya un objeto de su misma esencia o derivado de ella. Pero también en el caso de la mujer tiene que ser la madre el primer objeto, porque las condiciones primordiales de la elección de objeto son idénticas para todos los niños, salvo al final del desarrollo, el varón - padre debe de haber devenido como el nuevo objeto de amor, es decir, el cambio de vía sexual de la mujer tiene que corresponder un cambio de vía en el sexo del objeto.

Con esta reformulación en el complejo de Edipo para la niña, Freud hizo hincapié en rechazar la designación de <<*complejo de Electra*>>, propuesta por Carl G. Jung y que pretendía destacar la analogía en la conducta de ambos sexos. Esta analogía ya había sido rechazada en 1920 cuando Freud escribió *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* por considerar que no ofrecía ninguna ventaja.

Con esto, el vínculo de amor a uno de los progenitores y odio al rival se establecía sólo para el varón, en quién el descubrimiento de la posibilidad de castración, probada por la vista de los genitales femeninos, impone la replasmación del complejo de Edipo, creando así el Superyó y con ello introduciendo todos los procesos para inserción del individuo en la cultura. La secuela del complejo de castración en el varón deja cierto grado de menosprecio por la mujer cuya castración se ha conocido.

Pero en la mujer, los efectos del complejo de castración son muy diversos. La mujer reconoce el hecho de su castración y con ello su propia inferioridad sobre la superioridad del varón, pero también se revela en contra de esa situación, derivándose de esta doble actitud tres orientaciones de desarrollo.

La primera de ellas lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. Ya que la niña aterrorizada por la comparación con el varón, queda desconcertada con su clítoris y por lo tanto renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general. La segunda orientación tiene por objeto una actitud obstinada de autoafirmación, ya que retiene la masculinidad amenazada, para lograr mantener la esperanza de tener alguna vez un pene y esta actitud persistirá hasta épocas increíblemente tardías, lo cual elevará a una condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón se seguirá poseyendo a durante prologados periodos de la vida de la mujer. Sólo un tercer desarrollo, que implica

sin duda rodeos, y desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo.

Por lo tanto el complejo de Edipo en la mujer es el resultado final de un desarrollo más prolongado, ya que no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él, escapando con ello a las intensas influencias hostiles producidas en el varón, e incluso es muy frecuente que la mujer nunca las supere (Freud, 2000s).

2.2.3 La feminidad.

Después de dos años, Freud retoma la sexualidad femenina en la *33a. de sus Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* fechada en 1933. Esta conferencia se basó en sus dos trabajos previos de *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* de 1925 y *Sobre la sexualidad femenina* de 1931. Agregando a esta conferencia algunas consideraciones sobre las características de la vida adulta en la mujer.

Freud inicia esta conferencia retomando el tema de la bisexualidad para aclarar su punto de vista respecto a ello, aclarando que la bisexualidad también se transfiere a la vida anímica, para decir entonces, que ser humano, sea macho o hembra se comporta tanto en forma masculina como femenina. Porque en su concepción de bisexualidad no se aplica la regla de igualar masculino con activo y pasivo con femenino, ejemplificándolo en el campo de la sexualidad humana como es insuficiente corresponder conducta masculina con actividad y conducta femenina con pasividad, comparando esto en la madre, la cual es activa hacia el hijo. Ya que hasta en el acto de mamar puede decirse tanto que la madre da de mamar al niño así como lo deja mamar de ella.

Así las mujeres despliegan una gran actividad en diversas direcciones y los varones no pueden convivir con sus iguales sino se desarrolla un alto grado de docilidad pasiva. No obstante las normas sociales fuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. En su propia constitución la mujer debe sofocar su agresión, porque la sociedad se lo impone, por lo tanto, la psicología no resuelve el enigma de la feminidad.

Y *“el psicoanálisis por su particular naturaleza no pretende describir qué es la mujer -una tarea de solución casi imposible para él-, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual”* (Freud, 2000c, p. 108).

Además de la presentación del desarrollo sexual de la niña, Freud presentó algunas particularidades psíquicas de la feminidad madura, con base en su observación analítica, aunque aclarando que en esas aseveraciones no puede distinguirse el influjo de la función sexual al de la domesticación social.

Además Freud adjudicó a la feminidad un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, ya que para la mujer, la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar, pues en la vanidad corporal de la mujer sigue participando el efecto de la envidia del pene, y no puede menos que apreciar sus encantos como tardíos resarcimientos por la originaria inferioridad sexual.

Las condiciones de la elección de objeto de la mujer, se vuelve varias veces irreconocible debido a las circunstancias sociales, por ejemplo, si la mujer ha permanecido dentro de la ligazón - padre, elige según el tipo paterno, puesto que la hostilidad del vínculo ambivalente de sentimientos permaneció junto a la madre, tal elección debería asegurar un matrimonio dichoso. Pero muy a menudo la hostilidad que se dejó atrás alcanza a la ligazón positiva y desborda sobre el nuevo objeto. Es decir, el marido que había heredado al padre, entra con el tiempo en posesión de la herencia materna, y entonces, ocurre fácilmente que en la segunda mitad de la vida de una mujer se llene con la lucha en contra de su marido, como en la primera lo estuvo con la rebelión en contra de su madre.

Otra mudanza en la mujer puede sobrevenir después del nacimiento del primer hijo en el matrimonio. Ella bajo la impresión de la maternidad puede revivir una identificación con su madre, de la cual se había revelado hasta el matrimonio y atraer hacia sí, toda la libido disponible, haciendo que la compulsión de repetir reproduzca un matrimonio desdichado de los padres. Solo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción total.

“La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedo de su complejo de masculinidad” (Freud, 2000c, p. 124).

Con la identificación - madre de la mujer se permite discernir dos estratos, el primero preedípico, que consiste en la ligazón tierna con la madre y la toma por arquetipo y el segundo, derivado del complejo de Edipo, que quiere eliminar a la madre y sustituirla junto al padre. De las cuales la fase de la ligazón preedípica tierna es la decisiva para el futuro de la mujer, porque en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y pagará sus inapreciables rendimientos sociales (Freud, 2000c).

“Pero las exteriorizaciones de la sexualidad infantil, por inequívocas que puedan ser en los últimos años de la infancia, parecen al comienzo perderse en lo indeterminable. Quién no quiera tomar en cuenta la historia evolutiva, ni el contexto analítico, les impugnaré su carácter sexual y, a cambio, les atribuiré un carácter indeferenciado cualquiera.”

Freud, S. 21a. Conferencia: desarrollo libidinal y organización sexual.

CAPITULO 3. ALGUNOS FEMINISMOS

3.1 Primeras controversias.

Las primeras controversias a los planteamientos freudianos sobre las mujeres surgieron después de la publicación del artículo de Freud, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* en 1925. El cual hacía referencia a la posesión de un clítoris al que se le adjudicó sin mayor reflexión una filiación masculina y que predeterminará la organización de una fantasmática fálica que gobernará el vínculo de la niña con su madre en tanto mujer, con lo cual toda niña sería un muchachito sin saberlo, siendo ésta la tesis de la muy polémica masculinidad primaria que continuará hasta que la niña descubre la diferencia de los sexos, momento a partir del cual, con la certeza de no ser varón, deseará serlo por el resto de su infancia o de su vida, además de que ese fuerte núcleo de masculinidad en la mujer sería el responsable de su proclividad a la histeria, roca irreductible al poder transformador del psicoanálisis, de la palabra, a causa precisamente de su anclaje en otro orden, el biológico.

Consecuentemente el escándalo surgió entre las mujeres analistas, especialmente entre las mujeres psicoanalistas de niños, quienes observaron a las niñas y las encontraron en franca contradicción con lo que la teoría sostenía, ya que se revelan mucho más femeninas cuanto más pequeñas eran, por lo que Melanie Klein y Karen Horney elevaron la bandera de la feminidad primaria, ya que ellas sostuvieron que una nena era desde un principio una mujer que conocía su vagina y deseaba el pene del padre prácticamente desde su nacimiento, desvirtuando de este modo todo remanente de masculinidad inicial en el determinismo de la histeria.

<<¿Feminidad primaria o secundaria?>>. Es la polémica que continúa y no se resuelve, cuyo valor estriba más en polarizar a los analistas y en las posibilidades que deja abierto para la comprensión de la mujer (Dio Bleichmar, 1989).

3.1.1 Karen Horney.

El complejo edípico freudiano fue interpretado por Karen Horney como la atracción sexual hacia uno de los padres, acompañada de celos hacia el otro, esta experiencia es determinada biológicamente, a través de los cuidados de los padres hacia las necesidades físicas del niño, con lo cual los deseos libidinosos orientados a los padres varían de naturaleza de acuerdo con las etapas del desarrollo de la libido y culminan en deseos genitales hacia los padres.

“Dicha constelación esta biológicamente condicionada, y por tanto, es omnipresente” (Horney, 1979, p. 59).

Además, según Horney el Edipo freudiano tiene sus bases en la teoría de la libido en la que supuestamente toda relación humana estaría basada en impulsos instintivos, estos instintos en ocasiones surgen entre padre e hijo o madre e hija, específicamente para la mujer, este lazo homosexual sería un

precursor normal de un apego posterior al padre. Con lo que todo afecto o ternura hacia uno de los padres es una sexualidad inhibida porque conciernen a temores principalmente a castigo de deseos instintivos prohibidos (incesto, masturbación, celos), la prohibición de la satisfacción física (miedo de castración) y la hostilidad hacia uno de los padres se entiende como una expresión final de rivalidad sexual.

Esta es la forma como Horney entendió el complejo de Edipo de Freud, basado en instintos, determinado biológicamente con deseos genitales hacia los padres, lo que ejemplifica los malos entendidos surgidos a partir de la publicación de *La interpretación de los sueños y Tres ensayos de teoría sexual*, en los cuales y como se mencionó en el capítulo anterior, Freud postuló el deseo sexual del niño hacia uno de los padres dentro del esquema clásico edípico, en donde lo sexual fue entendido como genital, y esta es la línea que siguió permeando en las posteriores críticas a la obra freudiana por algunos feministas, por lo que es importante aclarar cual es el concepto de sexualidad en la teoría freudiana. Porque la sexualidad humana dentro del psicoanálisis no se reduce al contacto de los órganos genitales de dos personas ni a la estimulación de las sensaciones genitales, sino que este concepto adquiere una acepción mucho más amplia que la genitalidad, ya que fueron los niños y los perversos quienes mostraron a Freud la basta extensión de la idea de sexualidad, entendiéndose así que sexual es toda conducta, que a partir de una zona erógena del cuerpo (boca, ano, ojos, piel, etc.), y apoyándose en el lugar del objeto real, el Yo instala un objeto fantasmático como si, para detener el impulso de la pulsión sexual, el Yo contentara a la pulsión engañándola con la ilusión de un objeto fantasmático que procura cierto tipo de placer, un placer diferenciado de la satisfacción de una necesidad fisiológica (comer, defecar, dormir) por ejemplo, el placer de mamar del lactante, el placer emanado de la succión corresponde desde el punto de vista psicoanalítico, a un placer sexual que no se confunde con el alivio de satisfacer el hambre, con lo cual alivio y placer siguen estando asociados, pero el placer sexual de la succión pronto llegará a ser una satisfacción buscada por sí misma fuera de la necesidad natural (Nasio, 1992).

Pero siguiendo en esta línea de la genitalidad entendida como sexual, Horney fue llevada a cuestionarse *“si las fijaciones de los padres surgen en el niño por motivos o si son el producto de condiciones descriptibles”* (Horney, 1979, p. 61). Por lo que Horney encontró en sus análisis dos condiciones descriptibles, como las llamo ella, que provocaban un apego más fuerte hacia uno de los padres que pueden o no estar relacionadas, pero ambas son creadas por los padres.

La primera se refiere al estímulo sexual que consiste en un acercamiento al niño burdamente sexual, que surge en una atmósfera emotiva y que rodea a todos los miembros de la familia incluyendo a algunos o excluyendo a otros y que son vistos con animosidad. La otra es completamente distinta, en ésta, se hace referencia a la angustia experimentada por el niño, por la dependencia de este hacia sus padres, dependencia que puede ser aumentada por el sentimiento del niño de verse aislado, intimidado y con impulsos hostiles los cuales se podrán despertar de diversas formas, por la falta de respeto que le tengan sus padres, exigencias, prohibiciones irracionales, injusticias, etc., lo

que creará angustia y la forma de disminuirla, la encontrará el niño en aferrarse a uno de los padres para recibir un afecto que logre calmarlo, pero esto puede confundirse fácilmente con amor y en la mente del niño así parecerá.

“Este cuadro puede parecerse exactamente al que describe Freud como el complejo de Edipo: el aferrarse apasionadamente a uno de los padres y manifestar celos hacia el otro... más la estructura dinámica de estos cariños es eternamente distinta de lo que Freud concibe como el complejo de Edipo. Son una temprana manifestación de conflictos neuróticos, más bien que un fenómeno sexual elemental” (Horney, 1979, p. 62).

Por lo que en el primer caso, el cariño se dirige al padre que despierta el deseo sexual, la meta es el amor y en el segundo puede o no estar presente el elemento sexual, pero se dirige hacia el padre más poderoso o el que infunda mayor respeto, que proporcione seguridad, pues ganarse su amor promete mayores probabilidades de protección. Horney concluye entonces, que el apego a los padres no es un fenómeno biológico, como creyó ella que postulaba la teoría freudiana, sino una respuesta a incitaciones del exterior, estos complejos dependen de factores que actúan en la vida familiar como el papel de la autoridad de los padres, la reclusión de la familia, las prohibiciones sexuales, etc., todo lo anterior fue extraído por Horney a través de su experiencia analítica con niños y adultos neuróticos, llevándola a preguntarse si en la <<normalidad>> estos sentimientos sexuales espontáneos como los llamó surgen espontáneamente sin una provocación especial, ya sea por estímulo o angustia, <<¿pero irónicamente cuando Horney hablo de espontaneidad, acaso no se estuvo refiriendo también a lo instintivo que supuestamente había encontrado en la teoría freudiana?>>.

Y aunque Horney no dio respuesta alguna a esta pregunta, en su lugar terminó afirmando que no existe un motivo suficiente para que un niño nacido con instintos sexuales no tuviera inclinaciones de esta índole hacia sus padres, pero sin otros factores es difícil que estas atracciones sexuales espontáneas lleguen a alcanzar suficiente intensidad para quedar incluidos en la descripción que dio Freud del complejo de Edipo, la presencia de deseos sexuales lo bastante fuertes para despertar tantos celos y miedo que solo por represión puedan ser reducidos, de esta forma Horney rechazó el complejo de Edipo de Freud y se enfocó a lo que conceptualizó como las relaciones tempranas, las cuales forman la estructura del carácter cuyos cimientos se colocan en la infancia.

Respecto a la sexualidad femenina Horney retoma el concepto de bisexualidad creado por Fliess y atribuido erróneamente a Freud y que fue interpretado por ella y por algunos feminismos como las diferencias psíquicas y las dificultades que entre ambos sexos surgen de la tendencia bisexual, en el caso del hombre, su conflicto psíquico está basado en <<sus inclinaciones femeninas>>, y en la mujer en su deseo esencial de ser hombre, y como Freud según Horney detalló más esta teoría para la psicología de la mujer, fue paradójicamente en donde Horney enfocó sus críticas, siendo principalmente en tres temas: la envidia del pene, el masoquismo y el equivalente a la castración en el hombre, es decir el miedo básico de la mujer, el perder el amor.

La envidia del pene para Horney se relacionó con diferencias anatómicas, las cuales contradicen el pensamiento biológico, ya que se necesitan pruebas para aceptar que la mujer es físicamente hecha para funciones específicamente femeninas y que estuviera determinada psíquicamente por un anhelo de poseer atributos del otro sexo, con lo que este anhelo tampoco puede tener mayor importancia que el de tener senos, más aun este deseo de poseer un pene puede estar acompañado de comportamientos que en la cultura se considere femeninos, además este concepto alimentó en Horney los prejuicios de los hombres analistas, incluido Freud, por mencionar que la influencia de la envidia del pene es decisiva en el carácter de la mujer.

“Los prejuicios culturales existentes... que sugieren una subyacente envidia del pene: la de querer dominar al hombre, regañarlo, envidiarle sus éxitos, ser ellas mismas ambiciosas, bastarse a si mismas, no querer aceptar ayuda” (Horney, 1979, p. 79).

Pero Horney mencionó las mismas tendencias tanto en hombres como en mujeres neuróticas en estas ultimas, las tendencias se dirigen tanto hacia otras personas de su mismo sexo como hacia niños y hombres, por lo que resulta difícil suponer que estas tendencias solo surjan en las mujeres respecto a su relación con los hombres y la clínica le permitió a Horney corroborar esto, el deseo de ser hombre desaparece de las asociaciones tan pronto como se abordan temas como la ambición o la opinión entre lo que se es o se debería ser. El concepto envidia del pene, según Horney obstruye el camino hacia la comprensión de temas como la ambición y estructura de la personalidad, con estas argumentaciones por parte de Horney, denotaba que en su practica clínica no encontraba similitud con la teoría de Freud y esa es precisamente su objeción.

La segunda crítica se refiere al masoquismo, para Horney en la teoría psicoanalítica las actitudes psíquicas se moldean sobre las actitudes sexuales en este sentido las mujeres desean ser esencialmente sumisas y subordinadas, por lo tanto en la cultura es más fácil que sean más frecuentes las tendencias masoquistas en las mujeres que en los hombres, las fantasías relativas a la posibilidad de ser lastimadas físicamente por el contacto sexual, fantasías masoquistas en el parto, madres que presentan el papel de mártires respecto al papel sexual de la mujer que contribuye a subestimar el papel femenino y dar preferencia al masculino. Aunque Horney no aclaró si estas concepciones proviene de su práctica analítica o de los analistas hombres, si puso de relevancia que estos datos solo se aplican a mujeres neuróticas, lo que le permitió afirmar que no se pueden encontrar factores específicos en el desarrollo femenino que conduzcan al masoquismo, si esto descansa en la premisa de que el masoquismo es esencialmente un fenómeno sexual, por lo que descarta esto último, el masoquismo es entonces para Horney, el resultado de conflictos en las relaciones entre personas y una vez establecida las tendencias masoquistas pueden también predominar en la esfera sexual, entonces en convertirse en la condición necesaria para la satisfacción. Es así como Horney difirió sobre lo expuesto por Freud en su artículo *Pegan a un niño* de 1919, revisado en el capítulo anterior, en el cual se mencionó la referencia al masoquismo, y que en este mismo se encontró la imposibilidad de la analogía de los sexos. Ya que para Freud el masoquismo surge a partir del conflicto

edípico tanto en hombres como en mujeres, pero de formas diferentes y no de las relaciones entre personas, además respecto a la génesis del masoquismo en la mujer se mencionó que la pasividad no constituía todo el masoquismo, por lo que también debe considerarse que *“el carácter displacentero, tan extraño para un cumplimiento pulsional. La trasmutación del sadismo en masoquismo parece acontecer por el influjo de la conciencia de culpa que participa en el acto de represión”* (Freud, 2000l, pp. 190 - 191).

Siguiendo con la línea expuesta por Horney, ella buscó los motivos culturales y no los biológicos en los que supuestamente se apoyaba el psicoanálisis. Así existen factores culturales que engendran actitudes masoquistas en las mujeres y representan el intento por obtener seguridad y satisfacción en la vida mediante la obscuridad y la sumisión, como puede ser la ideología que sostiene lo que es propio de la mujer como buscar apoyo y que su vida tiene un contenido y un significado solo a través de otras personas, familia, marido, hijos, etc., estos factores en si no traen consigo actitudes masoquistas pero si pueden hacer prevalecer las tendencias masoquistas en la neurosis femenina.

Esta crítica a Horney se enlaza específicamente con la afirmación de Freud, que el miedo básico de la mujer es el de perder el amor, y concuerda con él en que se encuentra implícitamente contenido en el postulado sobre la existencia de factores específicos en el desarrollo femenino que conducen al masoquismo. Además de ser su aplicación a mujeres sanas dentro del ambiente de la cultura, si las mujeres atribuyen demasiado valor al amor y en tal forma abrigar el temor a perderlo se debe a que durante muchos siglos vivieron apartadas de las grandes responsabilidades económicas y políticas restringidas a un círculo familiar y por lo tanto se fundan únicamente en la emotividad puesto que sus relaciones con los hombres y los niños eran su única esperanza de felicidad, seguridad y prestigio, el amor representaba un amor real que en la esfera masculina puede compararse con las actividades de este. Es irónico que después que Horney realizó sus críticas a un supuesto biologicismo del psicoanálisis, arribara al mismo postulado, en el cual esta impregnado los artículos freudianos en los cuales el malestar se encuentra en la cultura: *“las mujeres, las mismas que por los reclamos de su amor habían establecido inicialmente el fundamento de la cultura, pronto entran en oposición con ella y despliegan su influjo de retardo y reserva, ella subrogan los intereses de la familia y de la vida sexual”* (Freud, 2000f, p. 101).

De esta manera lo que Freud atribuyó a una distribución de la libido en la cultura, en la cual el trabajo se fue convirtiendo en asunto de hombres, pero reconoció que todo lo que se usa para fines de esta es sustraída por parte de las mujeres, las cuales fueron empujadas a un segundo plano por la misma entrando con hostilidad hacia la cultura.

Aunque Horney, coincidió con Freud en este punto, continuó generando críticas a la obra freudiana, siendo la principal de ellas basada en un enfoque biologicista al atribuirle al planteamiento freudiano sobre la consideración del clítoris como análogo del pene expresada en su artículo *La negación de la vagina* de 1926.

Ya que para Horney las diferencias están planteadas desde un principio al existir en la niña deseos femeninos hacia el padre con conocimiento de la vagina, solo secundariamente y en la medida en que sus deseos incestuosos y femeninos se encuentran frustrados, se va a producir una denegación de tal conocimiento, con lo que el clítoris aparecerá como zona sobrevaluada y en consecuencia también la envidia del pene tendrá esa característica de formación secundaria que sigue a la represión de una sexualidad femenina primaria innata (Saal, 1998a).

Horney al señalar que las niñas tienen sensaciones vaginales antes de la pubertad reduce la importancia que Freud le atribuyó al clítoris como análogo del pene (falo), con lo cual la vagina permanece ignorada.

“Contamos con informes...la necesidad de comprender a fondo el contenido de los sueños, las ansiedades y los juegos tempranos de tipo sexual, y las siguientes fantasías de violación, así como también las reacciones frente a observaciones sexuales tempranas, y por último cierto contenido y consecuencias de la ansiedad que la masturbación produce en mujeres. Si reunimos todos estos datos, sólo encuentro una hipótesis que proporciona una respuesta satisfactoria para todos los interrogantes planteados, a saber la hipótesis de que, desde sus comienzos, la vagina desempeña su propio y peculiar papel sexual” (Horney, 1982, p. 119).

Señalando además que si el desarrollo de las relaciones objetales de la infancia son favorables es decir, no convirtiéndose en una fuente de conflictos entonces la ansiedad provocada por la sensación temprana de vulnerabilidad física en la niña, reconocida por la masturbación vaginal, se manejará de manera satisfactoria quedando libre el acceso al rol femenino. Pero, si estas relaciones son desfavorable el efecto de la ansiedad será más persistente con lo cual se abandonará por completo, la masturbación genital o al menos se limitará al clítoris, reduciendo así la ansiedad.

“No es raro que todo lo relacionado con la vagina -el conocimiento de su existencia, las sensaciones vaginales y los impulsos instintivos- sucumba a una inexorable represión: en suma, se crea la ficción (y se le conserva durante mucho tiempo) de que la vagina no existe, una ficción que al mismo tiempo determina la preferencia de la niña por el rol sexual masculino” (Horney, 1982, p.124).

Puesto que para Horney las observaciones hechas por Freud, sobre el complejo de masculinidad en la niña, en el cual ella posee como todo el mundo un atributo clitoriano similar al pene, llevan a ignorar las sensaciones vaginales y a concentrar toda la libido en el clítoris dejando lugar a una fuente específica de placer y de deseos femeninos específicos, hacen a la niña concentrar toda su atención en el clítoris y a compararlo con el pene del varón pero resultando que tal comparación la colocan en una situación de desventaja y a sentirse desvalorada.

Es por ello que para Horney al proponer la existencia de sensaciones vaginales en la niña con percepción específica de su propio rol sexual, niega la envidia del pene como formación primaria postulada por Freud.

3.1.2 Melanie Klein.

Esta formación secundaria de la envidia del pene, fue compartida también por Melanie Klein, quien entró al debate sobre la sexualidad femenina en 1928 con el artículo *Estadios temprano del conflicto edípico*. En él Klein rehusa la masturbación clitoriana como una actividad masculina en la niña postulada por Freud, al sostener que la erotización clitoriana es un proceso defensivo secundario contra la erotización vaginal sentida como más peligrosa. Esta erotización vaginal está ligada a la fantasía de incorporación del pene paterno y la destrucción de la madre lo que provoca en la niña una liberación incontrolable de angustia y por ello se pone en marcha en forma defensiva la envidia del pene y las masturbación clitoriana presentándose ambos como actividades masculinas (Saal, 1998a).

Klein, al proponer un desplazamiento hacia atrás del complejo de Edipo situando su comienzo a principios del segundo año de vida, con lo que surge un reconocimiento inconsciente de la vagina, de sus sensaciones y del resto del aparato genital. Sin embargo, la masturbación no proporciona una descarga tan adecuada a la excitación como proporciona a los niños, esto es una de las causas, según Klein del repudio al onanismo en la niña además de las indicadas por Freud, lo que movilizará hacia una nueva fuente de gratificación, al surgir los primeros impulsos edípicos, los cuales son un motivo adicional para que la niña se vuelva hacia el padre, con lo que tendrá sentimiento de envidia y odio hacia la madre quien es poseedora del pene del padre.

“Sus caricias tienen ahora el efecto de una seducción y se las ve como la atracción del sexo opuesto” (Klein, 1986, p. 49).

En este periodo edípico, en la niña se despierta un impulso epistemofílico, el cual, la lleva a describir su falta de pene, sintiendo este hallazgo como una carencia, añadiéndose esto como una causa más del odio hacia la madre, pero al mismo tiempo su sentimiento de culpa la hace ver esta carencia como castigo. Mientras que para Freud el descubrimiento de la falta de pene motiva al alejamiento hacia la madre y el acercamiento al padre, Klein muestra que el descubrimiento de la falta de pene sólo actúa como un reforzamiento, porque en un estadio muy temprano del conflicto edípico en el cual la envidia del pene sigue al deseo de tener un niño y este será reemplazado nuevamente por un resurgimiento de la envidia del pene en el desarrollo posterior, con lo que Klein ve como la causa fundamental del acercamiento al padre, la privación del pecho materno.

Klein llega a la conclusión de que el desarrollo de la niña está en desventaja porque mientras que el varón posee en realidad el pene, con lo cual entra en rivalidad con el padre, la niña sólo tiene el deseo insatisfecho de maternidad que es confuso e incierto aunque muy intenso. De este modo la niña carece de la poderosa ayuda que el niño tiene de la posesión del pene y que ella misma podría encontrar en la expectativa de su maternidad.

“Las mujeres poseen especialmente una gran capacidad no sólo basada en sobre compensación para desatender sus propios deseos, y dedicarse con

autosacrificio a tareas éticas sociales...esa capacidad es de índole evidentemente materna” (Klein, 1986, p. 54).

Los estadios tempranos del conflicto edípico propuestos por Klein, están dominados por las fases pregenitales del desarrollo, que se encuentra en un principio casi ocultos y sólo más tarde entre los 3 y 5 años se tornan más claramente reconocibles. Esto no coincidió con lo propuesto por Freud en la fase de ligazón - preedípica.

“Esta precisión temporal, que necesariamente altera también la concepción de todas las otras constelaciones del desarrollo, no coincide de hecho con los resultados del análisis de los adultos y es incompatible, en particular con mis descubrimientos acerca de la larga duración de ligazón – madre preedípica de la niña” (Freud, 2000s, p. 243) .

Esta es precisamente la gran aportación de Klein a la teoría psicoanalítica, el descubrimiento de la existencia de una fase preedípica, debemos tener en cuenta que la escuela inglesa tuvo un desarrollo importante y esta presente, ya sea por el acuerdo o la discrepancia en la mayor parte de los psicoanalistas actuales. Jacques Lacan, uno de los grandes teóricos del psicoanálisis se refirió muchas veces a Klein, generalmente con respeto y aprobando sus trabajos, siendo la teoría kleiniana uno de los apoyos para su retorno a Freud, produciendo con ello conmociones y encontrando que la única limitación hallada por Lacan fue la dificultad de Klein para desprenderse del campo imaginario y ubicar sus hallazgos en relación al orden simbólico de la cultura. Por lo que fueron diversos los descubrimientos de la señora Klein como lo son: la fase esquizo-paranoide, la posición depresiva, el sadismo, el Superyó arcaico y es este último concepto en el cual edificó las diferencias entre los sexos antes del surgimiento del complejo de Edipo y es el que se desarrolla a continuación por los intereses del tema tratado.

Aunque Freud nunca aceptó este concepto, ya que lo consideraba como contrario a sus presupuestos, en cambio él apoyaba a su hija Anna, en este sentido Anna Freud postulaba un Superyó infantil, que se encontraba bajo la influencia directa de la educación parental. Puede entonces suponerse que existió un mal entendido a propósito de este concepto, el Superyó clásicamente se define como el heredero del complejo de Edipo, pero en su práctica clínica Klein comprobó que en los pequeños pacientes neuróticos de menos de 4 años padecían de la influencia de un Superyó feroz, caprichoso, de una severidad tiránica y despiadada, además su descubrimiento siguió la lógica del pensamiento freudiano, ya que en 1923 en *El Yo y el Ello*, Freud mencionó que detrás del nacimiento del Superyó se oculta, no la identificación con los padres después del Edipo, sino *“la primera y la más importante identificación del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal”* (Freud, 2000e, p. 38).

Es decir, con el padre - madre indiferenciado, anterior al reconocimiento de la diferencia de los sexos, padres combinados de la escena primaria más allá de los cuales se perfila la figura del padre de la horda aquel que goza de todo. Esta identificación primera es directa, inmediata y más precoz que toda investidura de objeto, la exigencia incorporada por el niño es *“tú debes ser*

como el padre de la horda, es decir tu debes vivir, debes gozar de todo" (Nasio, 1992, p. 174). Este mito sobre la horda primitiva fue mencionado por Freud en su ensayo *tótem y tabú*, basado principalmente en la concepción darwiniana sobre un padre violento, celoso y que guarda para él, todas las hembras y expulsa a sus hijos a medida que crecen, así esta horda primitiva es una banda de hermanos sometidos a una tiranía sexual forzada, excluidos acaban constituyendo no obstante una fuerza suficiente para oponerse al despotismo paterno como señaló Freud, su unión les permitió realizar lo que cada uno de ellos, tomado individualmente hubiesen sido incapaz de hacer, afirmados en su seguridad deciden dar muerte al tirano, lo asesinan y luego lo consumen en una comida canibalística, pero surge en ellos un sentimiento de culpa que dará como origen a la posterior obediencia a la Ley. Se erige el tótem como recordatorio del padre primordial y se establece la prohibición del incesto, junto con el mandato de la exogamia, de este modo, el padre primordial muerto adquiere un poder que nunca había tenido en vida (Freud, 2000u).

Todavía se piensa erróneamente que la obra de Klein se interesó únicamente por la relación del bebe con el pecho y que el papel del padre y el complejo de Edipo perdieron la importancia en su trabajo, es importante decir que ella percibió al padre tanto el real como las fantasías acerca de él, como alguien importante en la vida del niño desde el principio, también es importante decir que en su relectura de Freud y Klein, Lacan retomó la importancia de la función paterna que constituye un centro crucial en la estructuración psíquica del sujeto, la castración y la identidad sexual.

Después de desarrollar el concepto del Superyó arcaico, Klein menciona que en el primer periodo de la sexualidad infantil la elección de objetos, que conciernen al padre y a la madre de la relación edípica vendrán a reforzar la identificación primaria pero inversamente, el resultado será el Superyó edípico que viene a oponerse enérgicamente a la exigencia del Superyó arcaico diciendo: *"tu no tienes derecho a ser como el padre, no tienes derecho a hacer todo lo que el hace, a gozar de tu madre, tu debes vivir pero en otra parte"* (Nasio, 1992, p. 174). Por lo tanto la influencia del Superyó arcaico es para Klein la fuerza incorporada que obliga imperativamente al niño a vivir, de este rigor se abrirán caminos pulsionales parciales, orales, anales y uretrales hacia un sadismo particularmente violento, el sadismo tiene entonces una importancia considerable al comienzo de la constitución de Yo, gracia a él, el niño puede vivir: *"goza de la vida bebiendo tu leche, muerde, devora, corta, ataca si no estas satisfecho y pon atención, pues lo que tu atacas va a atacarte a su vez"* (Ibíd., p. 177). Esta orden de vivir desenfundadamente, no serán moderadas sino en el momento de la disolución del Edipo, cuando el niño haya renunciado a su madre, más precisamente al objeto de la madre que es fuente de vida, el pecho; y es en este momento que las tendencias edípicas quedan liberadas, luego de la frustración que experimenta el niño en el momento del destete, es decir hacia los 2 ó 3 meses y serán reforzadas por las frustraciones anales y uretrales padecidas durante el aprendizaje de la disciplina que habrá de gobernar dichas pulsiones, por lo que el recorrido edípico estará acompañado por angustias persecutorias y de intensa culpabilidad. Estas angustias y culpabilidad intensa pueden incluso impedir la articulación incestuosa edípica y la compromete constantemente, pues el conflicto edípico no puede sino

resolverse en el lugar de su nacimiento: el cuerpo de la madre, porque es ahí donde esta en juego todos los procesos sexuales del niño.

Este vínculo muy significativo con la madre introduce al varón y a la niña en una identificación muy precoz que Klein denominó fase de femineidad, siendo ésta la base de la concepción original de ella en cuanto al Edipo y a la sexualidad masculina y femenina, de esta forma el varón y la niña, cada cual a su modo, van a orientarse en esta fase de femineidad, ambos encontrarán en el fondo el mismo deseo frustrado, poseer un órgano particular. Respecto al desarrollo particular del niño, Klein menciona que *“estos deseos femeninos siempre son un rasgo inherente al desarrollo del varón”* (Klein, 1997, p. 73). El varón quiere los órganos de la concepción, la vagina y los pechos, como órgano de receptividad y de generosidad establece una equivalencia entre las heces a poseer los hijos -el varón quiere un niño como tiene su madre- y el pene del padre, todos ellos objetos que se hallan en el vientre materno, a cambio teme para su cuerpo los mismos ataques.

“Pero no es solo su pene lo que siente que debe preservar sino también los contenidos buenos de su cuerpo... los bebés que desea crear en su posición femenina y los bebés que en identificación con el padre bueno y creativo desea engendrar en la posición masculina” (Klein, 1997, p. 74).

La fase de la femineidad en el varón se caracteriza por una angustia ligada al vientre materno y al pene, no podrá desprenderse de ella sino creyendo intensamente en la bondad del órgano genital masculino, el suyo y el de su padre, lo que le permitirá sentir sus deseos genitales en relación con la madre y posicionarse de manera masculina para abandonar luego a la madre a fin de conservar su integridad.

Para la niña las cosas son diferentes, al comienzo como el varón, la niña se aparta de la madre luego del destete y cuando las tendencias genitales comienzan a actuar, se asiste a un doble desplazamiento: primeramente, la libido oral se desplaza a los genitales y la niña tiene conocimiento de la existencia de la vagina, como se mencionó anteriormente, en segundo lugar, el objeto receptivo de los órganos genitales femeninos desempeña un papel en el hecho de que la niña se incline hacia el padre, este doble desplazamiento se ve forzado por la envidia y el odio inspirados por la madre, quien posee el pene del padre y que ha privado de él a la hija no dándoselo, el temor de que la madre se venga de esta envidia impulsa a la niña a identificarse con el padre.

“Cuando las sensaciones genitales de la niña pequeña adquiere fuerza surge el deseo de recibir el pene, de acuerdo con la naturaleza receptiva de sus genitales” (Klein, 1997, p. 74).

La identificación con el padre para una niña esta menos cargada de angustia que la identificación con la madre, aunque la relación de la hija con la madre da una dirección más o menos positiva a su relación con el padre y más tarde, con los hombres, según Klein el marido representa siempre y al mismo tiempo a la madre que da lo que se desea y el niño bien amado.

Klein como Horney, confundió el concepto de sexualidad con el concepto de la genitalidad, ya que es difícil de concebir que un bebé tenga un conocimiento innato de las diferencias entre los sexos, la observación de los bebés durante el primer año de vida, quizás apoye la idea de que existe ansiedad, depresión y probablemente fantasías, pero no en un grado tan elaborado como creyó Klein, existiendo una contradicción entre conocimientos tan precoces y la inmadurez del funcionamiento en los primeros años de vida, puede existir un reforzamiento hacia atrás, al trasladar al primer año de vida los conflictos edípicos y preedípicos que se observan en etapas posteriores del desarrollo en niños de más edad. Pero indudablemente no podemos negar el cuerpo de conocimientos aportados por Melanie Klein son variados, la aplicación de la técnica psicoanalítica al tratamiento de niños, su estudio al descubrimiento freudiano del Superyó y sobre todo la importancia en el concepto de Superyó arcaico, etc. Los cuales fueron retomados por Jacques Lacan, en el concepto de goce y en el caso del Superyó arcaico, en el concepto del goce del Otro que son analizados en el siguiente capítulo.

Además en esta problemática también intervino, el biógrafo de Freud, Ernest Jones, como árbitro e intermediario, quien amplió más la polémica.

3.1.3 Ernest Jones.

Por otro lado Ernest Jones en su artículo *El desarrollo temprano de la sexualidad femenina* de 1928, en el cual sin rechazar totalmente lo propuesto por Freud sobre el complejo de Edipo femenino, retoma también los planteamientos de Horney y Klein sobre las etapas preedípicas, con lo cual introdujo el término de afánisis para hacer una diferenciación con el de castración.

La afánisis es la extinción total y permanente de toda la capacidad de placer sexual. Ya que según Jones el concepto de castración de Freud hace referencia al pene solamente por lo que se le confunde a este último como la abolición completa de la sexualidad. Con lo cual, el predominio de los temores de castración entre los hombres, tendía a veces a hacer que olvidáramos que en ambos sexos la castración constituye sólo una amenaza parcial.

Jones concluyó, que el temor masculino de ser castrado, puede tener o no una contraparte femenina, pero este temor sólo se constituye en el caso de los hombres y a lo que los dos sexos realmente temen es a la afánisis y no a la castración. Así el mecanismo de la afánisis, tiende a diferir en los dos sexos. Ya que mientras en el hombre se le concibe por lo general en la forma activa de castración, en la mujer el temor fundamental parecería ser el de la separación, que en la fantasía puede producirse a través de la madre rival a la niña o sino a través del padre que sencillamente niega la anhelada gratificación.

Para protegerse de esta afánisis, la niña levanta diversas barreras contra su feminidad, especialmente la identificación con el pene, además de un intenso sentimiento de culpa y condenación en lo referente a sus deseos femeninos en su mayor parte inconsciente, así la niña pasa directamente de la etapa oral a la genital y más tarde de la oral a la etapa anal reprimiendo sus deseos incestuosos, trayendo como consecuencia la regresión a la envidia del

pene preedípica como una defensa contra dichos deseos con lo que la fase fálica de Freud según Jones es en las niñas una construcción secundaria y defensiva, nacida por la identificación con el padre negando su feminidad y para superar el conflicto edípico puede la niña renunciar, ya sea a su objeto amoroso o a su propio sexo. De esta manera la conclusión de que si la abolición de la sexualidad (*afánisis*) y la castración parecen confundirse es solamente porque el temor de la castración siempre actualiza conscientemente la afánisis (Jones, 1982).

Estos planteamientos sobre el concepto de castración son erróneos, ya que al considerar la extinción total de toda capacidad de placer sexual con el término de afánisis, lo que Jones hizo fue asimilar los conceptos de pene y falo, y aunque Freud rara vez utilizó el término falo, lo hizo generalmente para nombrar el estadio fálico y pene para nombrar la parte amenazada del cuerpo del niño y ausente en la niña.

Por tal motivo Freud al utilizar el concepto de falo, pudo atribuirle un valor y una función idénticas tanto en el hombre como en la mujer. Lo que Jones no aceptó por lo tanto fue la supremacía fálica, porque la confundió con una supuesta supremacía del pene. Entendiéndose así que la referencia al falo no es la castración a través del pene, sino la referencia al padre, es decir a la función que mediatiza la relación del hijo con la madre y de la madre con el hijo. Así Jones creyó que el sujeto temía a la afánisis y por ello renunciaba al órgano, cuando es al contrario el sujeto mismo es quien prefiere renunciar al deseo, para guardar no al órgano sino a su representación, el falo.

Por otra parte probablemente no sea casualidad que Jones elaboró el concepto de afánisis a partir de las investigaciones que realizó en el campo de la sexualidad femenina, que según él, el temor a la separación del objeto de amor permitiría revelar en la mujer, el temor a la afánisis, además que el parámetro común a la sexualidad de la niña y el varón, habría que identificarlo con anterioridad al complejo de castración. Esto demuestra que Jones rechaza la evolución libinidal de la niña que se ve movilizada por la castración y la supremacía fálica, ya que según él, esta evolución libinidal debe ser centrada sobre una misma cosa que entonces no sería el falo sino la afánisis.

Esta confusión de Jones se apoyaría al mismo tiempo, en una diferenciación poco precisa en cuanto a la naturaleza de la falta de objeto, ya que al no distinguir la diferencia entre "*privación*" y "*castración*", haría referencia a una categoría de la falta de objeto que él cree que es la castración, cuando en realidad sólo se trata de una privación. Ya que aunque el sujeto justifique sin cesar que el objeto fálico lo posee o que no lo tiene, en realidad es solo un estatus subjetivo, ya que nadie lo tiene en verdad, ya que si el falo es predominante, sólo lo es como referente simbólico (Dor, 1995, Nasio, 2000 y Saal, 1998a).

A continuación en esta sección se examinan diversas obras de la segunda ola feminista, con diferentes grados de profundidad y a medida que se avanzó se encontraron similares objeciones en cada escrito, por lo que cada una de ellas fue siendo cada vez más breve en lo referente a la discusión con la obra freudiana, y por lo tanto ello no se debe a la trascendencia de cada texto,

ni si cumplen o no, un papel importante en el movimiento feminista, ya que este no es el motivo de este análisis.

3.2 Simone de Beauvoir.

El segundo sexo de Simone de Beauvoir de 1949, representó la línea de base para el surgimiento de otras obras sobre la opresión femenina que trataron de presentarse como psicológicas y en esta orientación refutar las teorías de Freud. Aunque el segundo sexo, no pertenece rigurosamente al segundo movimiento feminista ejerció una profunda influencia sobre la primera generación de nuevas feministas (Mitchell, 1982).

Beauvoir postuló que existía una masculinidad intrínseca en la obra freudiana. Porque Freud según Beauvoir, la norma es el niño, y la niña solo es una deformación del mismo, lamentando ampliamente la falta preocupación del destino de la mujer, ya que Beauvoir encontró claras similitudes del destino masculino con el femenino, del cual comentaba, que solo Freud había modificado algunos rasgos para el caso de la mujer.

Este modelo en un sentido general es cierto con respecto a las primeras concepciones de Freud, sobre la sexualidad femenina, pero él mismo reconoció más tarde en forma autocrítica su error sobre esta generalización en el artículo de 1925 *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, ya que en un principio al estar indagando sobre las primeras plasmaciones psíquicas de la vida sexual en el niño, en general tomaba por objeto al varoncito, suponiendo que en el caso de la niña todo sería semejante, aunque un poco diferente de alguna manera.

Pero, la objeción de Beauvoir, a lo que vio, como una inclinación masculina por parte de Freud, tiene que ver más con el rechazo que tuvo sobre el complejo de castración y la envidia del pene en la niña, en los cuales encontró una superioridad original en el hombre. Para ella, esta supuesta superioridad, solo es socialmente inducida. Porque Beauvoir creyó, que Freud postuló precisamente a la mujer como una copia calcada del modelo masculino, porque la niña se siente un hombre mutilado, pero la idea de mutilación implica una comparación y una desvaloración con el varón. Así la codicia por el pene resultaba de la valorización previa de la virilidad y que Freud daba por aceptada, sin explicarla primero (Beauvoir, 1989).

Es por ello que Beauvoir creyó no encontrar una verdadera explicación a lo que percibía como un claro valor superior adjudicado al pene y descarto en consecuencia los resultados que de estas tesis se despliegan, argumentando que tal error se debía a un fallo científico por parte de Freud. Pero lo que Beauvoir no comprendió fue que el concepto de castración en Freud no corresponde a la mutilación de los órganos sexuales masculino, sino que se designa a la experiencia psíquica, vivida inconscientemente en donde se reconoce por primera vez la diferencia anatómica de los sexos (Nasio, 2000).

Este error conceptual se enlaza con el concepto falo usado por Beauvoir para designar en forma indiscriminadamente el órgano anatómico masculino, siendo que en los escritos freudianos, el término falo es empleado para

nombrar el estadio fálico, que es el momento particular del desarrollo de la sexualidad infantil durante el cual culmina el complejo de castración, aunque Freud utilizó también el término pene, sólo lo usó para designar la parte amenazada del cuerpo del varón y ausente del cuerpo de la mujer. No obstante Freud esbozó esta diferencia, ya que la primacía del falo no debe ser confundida con una supuesta primacía del pene, y es por ello que Freud insistió en el carácter exclusivamente masculino de la libido, ya que ésta no se refiere a una libido peniana sino a una libido fálica.

“Si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de masculino y femenino, podría defenderse también el acierto de que la libido es regularmente y con arreglo a la ley, de naturaleza masculina, ya sea presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer” (Freud, 2000w, p. 200).

Estas erróneas interpretaciones condujeron a proponer una supuesta libido femenina, que según Beauvoir llevaría a una mejor comprensión de la sexualidad de la mujer en sí misma separada de la libido macho supuestamente postulada por Freud. A lo que él se refería con libido masculino proviene de los conceptos masculino y femenino que en psicoanálisis se equiparán en sentido de actividad y pasividad. A esto se debe que en los textos freudianos la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aún en los casos en que se ha puesto una meta pasiva (Freud, 2000w).

Es por todo ello que Beauvoir entiende un destino de la mujer como una copia del destino del hombre y es porque además adopta el término rechazado por Freud de complejo de Electra. Pero dicha designación nunca fue propuesta por él, sino por Carl Jung para nombrar la analogía entre ambos sexos. Rechazando Freud ampliamente este concepto en el artículo *Sobre la sexualidad femenina* de 1931, en donde explica que todo lo que había dicho anteriormente sobre el complejo de Edipo se aplicaba únicamente al niño del sexo masculino y por ello rechazaba la expresión complejo de Electra que intentaba acentuar la analogía de la actitud de ambos sexos.

Pero irónicamente lo que ha ocurrido a la versión de Beauvoir de la niña freudiana en crecimiento, es que la diferencia entre los sexos se ha vuelto más rígida, ya que sin la concepción de bisexualidad de Freud en los esquemas de Beauvoir la línea divisora entre hombres y mujeres es absoluta, en tanto nunca lo fue en el concepto freudiano.

3.3 La segunda ola feminista.

Cuando el feminismo occidental surgió en la década de los 60's, el movimiento defendía las experiencias individuales de subordinación de la mujer, no como incidentes aislados debido a diferencias particulares de personalidad, sino la expresión de una opresión política común. El feminismo niega la inevitabilidad de la superioridad del hombre tanto en el ámbito profesional como en el personal, afirmando que esta denominación masculina sobre la mujer no surge de una superioridad física o intelectual, sino de un amplia gama de estereotipos relativos al sexo.

El movimiento feminista está compuesto por diferentes elementos, sin una estructura jerárquica. Aunque no se basan en un conjunto de principios formales, su idea central es que las mujeres sufren una opresión no compartida por el hombre y de la que por lo general los hombres son los beneficiarios políticos, sociales y emocionales.

En este sentido en primer lugar hay que aclarar que en vez de referirse al feminismo como un movimiento universal, se maneja el término de algunos feminismos en plural, porque se trata de una pluralidad de organizaciones y de grupos con diferentes grados de consistencia orgánica, diferentes reivindicaciones, diferentes modalidades para enfrentar la oposición y también diferentes compromisos políticos (Saal, 1998d).

Para definir que autoras feministas son las que se incluyeron en este análisis se basó en Juliet Mitchell quien fue una de las primeras feministas que reconocieron la importancia de las ideas de Freud y propusieron una lectura de su obra totalmente opuesta a las interpretaciones feministas habituales. El eje de su argumentación es la idea de que si el psicoanálisis es falocéntrico, ello se debe a que el orden social que se refracta en el sujeto humano es un orden patriarcal. Ya que hasta la fecha, el padre es quien ocupa la posición de tercer término que debe romper la diada madre - hijo. Porque siempre será necesario que alguien o algo represente a ese tercer término y en una cultura patriarcal es el padre quien lo hace. De este modo, Mitchell se centró en una articulación de la construcción del sujeto deseante con la cultura que lo constituye y alienta al mismo tiempo.

Mitchell al analizar el movimiento feminista moderno, la denominada <<Segunda Ola>> encontró como textos claves las siguientes obras: *La mística de la feminidad* de Betty Friedan de 1963, *Las actitudes patriarcales* de Eva Figs de 1970, *El enuco femenino* de Germaine Greer de 1972, *La dialéctica del sexo* de Schulamith Firestone de 1976, *La política sexual* de Kate Millett de 1970 y por último *Los hijos de Yocasta* de Christiane Oliver de 1984 (Mitchell, 1982).

3.3.1 Betty Friedan.

En el libro *La mística de la feminidad* de Betty Friedan publicado en 1963, en éste la autora reconoce en cierto sentido el descubrimiento de Freud respecto al inconsciente pero adjudica la importancia de la sexualidad a un entorno moralizador sumamente resistente y explica su pernicioso efecto sobre la forma de vida americana. Argumentando así, que la teoría freudiana sobre las mujeres es anticuada y además es un gran obstáculo para que las mujeres norteamericanas de su época encontraran la verdad.

Pero aunque Friedan admiraba el genio de Freud, al mismo tiempo también condenaba su teoría de la feminidad, recurriendo para ello principalmente a una explicación historicista, en donde reconocía los descubrimientos de Freud, por ser solo descripciones de la vida de las mujeres de la era victoriana, y por consecuencia se caía en una falsedad al querer aplicar literalmente sus teorías de la feminidad a las mujeres de la época.

Esta explicación a la que acude Friedan se basó en encuadrar a Freud en las limitaciones de la época victoriana, ya que ella creía que lo observado en las pacientes de Freud existía realmente, pero que se trataban de histéricas victorianas y no a mujeres emancipadas del siglo XX. Condenando a las limitaciones de la época victoriana, y para Friedan además, Freud fue responsable, sin proponérselo de la primera ofensiva de la contrarrevolución sexual que condenó a la muerte prematura a la mujer americana emancipada.

Para ello Friedan intentó afianzar esta idea sobre el victorianismo en Freud, al hacer uso de las cartas de amor de él, a su prometida Martha Bernays, escritas durante los cuatro años que tuvieron de noviazgo, en las cuales encuentra sobre todo un tono cariñoso y protector y por lo que da cuenta de que, para él, la personalidad de ella estaba definida como una niña - ama de casa, especulando que Freud solo veía a una niña como prometida y a una ama de casa como esposa (Friedan, 1974).

Pero lo curioso, es que al buscar en la vida de Freud, el modelo de hombre victoriano que establece para la mujer un destino dedicada a su esposo y al hogar, deja completamente de lado cualquier referencia de su hija menor Anna Freud. Ya que él siempre manifestó por su hija Anna un profundo respecto, tanto por su personalidad como por su obra y jamás deseo que su hija cumpliera un rol de muñeca (Mitchell, 1982).

En su obra Friedan deduce que en realidad lo que Freud estaba denunciando en su tesis de la envidia del pene no era en verdad un fenómeno de tipo biológico, sino una reacción de tipo cultural. Porque sencillamente la cultura victoriana dio a las mujeres muchos motivos para envidiar a los hombres. Ya que si una mujer a la que se le ha negado la libertad, la situación en la sociedad y los placeres que los hombres disfrutaban, entonces deseará secretamente tener todas estas cosas, con lo cual es probable entonces que en la transposición subconsciente de sus sueños deseará ser hombre y también con ello se verá provista de las cosas que hacen a los hombres inconfundiblemente diferentes y que es el falo.

Pero Freud no creía que las cosas fueran biológicas, al contrario pensaban que eran culturales, así con lo cual la interpretación de Friedan sobre el psicoanálisis no es más que una recopilación documental obsoleta enmascarada para reconocer algo distinto. Aunado a este reduccionismo Friedan confunde dos corrientes opuestas de la psicología, al mezclar el psicoanálisis con el conductismo para reafirmar la esterilidad de la psicología para entender la complejidad humana en Norteamérica.

3.3.2 Eva Figes.

En la obra *Las actitudes patriarcales* de Eva Figes publicada en 1970, la interpretación que Figes hizo de Freud, no fue una crítica realmente a la teoría psicoanalítica, sino al mismo Freud como un hombre de su época, utilizando al igual que Friedan las cartas de Freud a Martha Bernays, así como: *El malestar en la cultura* (1930), *El porvenir de una ilusión* (1927) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939), las cuales son tres obras de especulación como lo señaló Freud por no caer en el terreno estricto del psicoanálisis y que pertenecen al

periodo y al campo de lo que él consideraba su autogratificación intelectual. (Mitchell, 1982).

Después de 1923 y de la publicación de *El Yo y el Ello*, Freud decide explorar otra dimensión de su curiosidad intelectual, “*tras el rodeo que a lo largo de mi vida di a través de las ciencias naturales, la medicina y la psicoterapia, mi interés regreso a aquellos problemas culturales que una vez cautivaron al joven apenas nacido a la actividad del pensamiento. Hallándome todavía en el apogeo del tratamiento psicoanalítico, en 1912 hice Tótem y tabú, el intento de aprovechar las intelecciones analíticas recién adquiridas para la exploración de los orígenes de la religión y la eticidad. Dos ensayos mas tardíos, El porvenir de una ilusión (1927) y El malestar en la cultura (1930), continuaron luego esa orientación de trabajo*” (Freud, 2000m, p. 68).

Así Figes, al retomar estas obras de Freud, que caen fuera del psicoanálisis, junto con la utilización de las cartas a Martha Bernays, tiene como fin hacer ver a Freud como un hombre confinado a la época victoriana.

Declarando que el principal reproche que se le puede hacer una y otra vez a Freud fue su incapacidad de ver mas allá de la situación social inmediata, y por lo tanto, su incesante confusión entre causa y efecto y su obstinada negativa a reconocer que su tiempo era en sí mismo de transición. Además de que se comportaba de una manera firme y tenaz, al prohibir terminantemente a su novia Martha pensar en tener un trabajo, aunado a su habitual tono cariñoso en las cartas que le escribía, salpicadas además de atributos como <<*mi dulce niña y mi princesita*>>, se tornaba evidente la irritación de Freud al apenas ella da señales de tener voluntad propia.

Aunque Figes consideró a Freud como un pensador revolucionario que disgustó a la burguesía, ello no era tan importante como el hecho de que él mismo fue un individuo burgués hecho y derecho. Por lo tanto, sus teorías se basaban en recomendaciones para mantener el estatus quo victoriano. Consecuentemente Figes concluyó entonces que las teorías de Freud se basan en una total aceptación del estatus quo como una norma de conducta civilizada. Por lo que en la obra freudiana, el énfasis está puesto en el Superyó, que no era otra cosa más que una limitación consciente de las demandas libidinales en interés de la civilización y que los valores de la civilización que él entendía, solo eran los de la clase media, y por ello que no dudaba de que el matrimonio debía ser fiel y monógamo y que la industrialidad, el trabajo duro y la moderación, especialmente la sexual, eran las cualidades que debían cultivarse y como resultado a ello, la neurosis solo era un subproducto lamentable pero inevitable de la civilización y el precio que se había de pagar por vivir en ella.

Con lo cual, la civilización quedaba a expensas de una pequeña élite que era exclusivamente masculina y por consecuente el Superyó también debía serlo. Así Figes sostuvo que la idea de un Superyó masculino es autoritaria, punitiva y represiva, y que esa idea era solo una falacia, ya que el hecho de que ninguna civilización podría haber progresado sino hubiese sido solo a través de un cuerpo de hombres que hubieran aprendido a conformarse con lo valores de sus mayores, mediante el temor a la castración, dudando ampliamente que fuera el hecho de la amenaza de castración, lo que freno siempre el

rompimiento de los valores de la generación anterior, significando con esto, que el hombre había renunciado a sus demandas instintivas en favor del progreso y la mujer no había hecho nada de eso, sentenciando Figes así en este punto, que la idea del Superyó masculino de Freud no era más que una simplificación desmedida de la naturaleza de dichas demandas (Figes, 1970).

En este punto Figes, confundió totalmente el concepto del Superyó, con el pasado cultural, ya que este último proviene de una sociedad patriarcal y por lo tanto los valores transmitidos en ella, llevan una marca masculina, pero el Superyó en sí mismo, aunque derive su naturaleza de la figura autoritaria paterna, no es masculino, ya que lo que Freud consideraba era que las mujeres tenían un Superyó menos fuerte que los hombres porque el mismo se establece en el momento de la disolución del complejo de Edipo y no es probable que este se destruya completamente en las mujeres como en los hombres (Mitchell, 1982).

“El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en vez de destruirlo, por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón - madre y desemboca en la situación edípica como un puerto. Ausente de la angustia de castración, falta el motivo principal que había esforzado al varoncito a superar el complejo de Edipo. La niña permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo reconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta. En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del Superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confiere su significatividad cultural y... las feministas no escucharán de buen grado si uno señala las consecuencias de este factor para el carácter femenino medio” (Freud, 2000c, p. 120).

Figes concluyó que el psicoanálisis estimula la conformidad, lograda gracias a un lavado de cerebro, con lo cual equipara a la cura con un proceso de adaptación. Ya que si uno está descontento, la dirección nunca apuntará hacia una consideración de la situación con vistas a cambiarla, sino que aconsejará la introspección a fin de procurar adaptar a la persona a la situación.

Este es un error crucial, porque el concepto de adaptación es totalmente ajeno al pensamiento de Freud, y creer que la cura es un proceso de adaptación e insistir que el psicoanálisis es un programa social, significa oponer a sus descubrimientos una resistencia estimulada por numerosos trabajos posfreudianos, que no derivan de la lectura de Freud. Porque lo que postula el psicoanálisis es todo lo contrario, que el individuo tome conciencia de la complejidad, una complejidad que ha determinado de sus reacciones ante sus numerosos deseos contradictorios y sus dificultades, y así decida cómo elige actuar con conocimiento de causa. En este sentido, el conocimiento constituye *“la cura”*. La meta venerable y eterna es *“conócete a ti mismo”* (Mitchell, 1982).

3.3.3 Germaine Greer.

El enuco femenino es el título con el que designó Germaine Greer a su libro publicado en 1970, en éste, trato de hacer ver a la teoría freudiana con respecto de la mujer, como una especie de guía de vida y al psicoanalista como un intento de orientador paternal. Pero Greer al proseguir con su interpretación

de Freud cayó en una confusión al referirse a un estudio de Eysenck de 1952 (citado en Greer, 1972), en el cual se informó que entre los pacientes tratados por el psicoanálisis mejoraba el 44%, los tratados por otros medios (drogas, choques, etc.) mejoraba el 64%, y entre los que no recibían tratamiento alguno, mejoraba el 72%.

Estos resultados solo se pueden aplicar al medir la adaptación de los pacientes, cuya cuestión no le interesaba en lo más mínimo a la cura psicoanalítica y en tanto que Greer al tratar de comparar las diferentes técnicas simplemente fusiono todos los tratamientos y no distinguir entre el psicoanálisis y la psiquiatría, ya que concluye que todos estos tratamientos se encuentran bajo la autoridad del psicoanálisis y la teoría de la personalidad. Y aunque en realidad la psiquiatría tiende a describir y a clasificar, se orienta más a los problemas somáticos que a los psicológicos, y no trata los procesos mentales inconscientes, en cambio la definición que da Freud del psicoanálisis hace mención a un procedimiento para la investigación de procesos mentales inaccesibles por cualquier otro modo, en otras palabras, inconscientes. Aunque no hay duda de que no son lo mismo psiquiatría y psicoanálisis, Greer pareció entender que si lo eran (Mitchell, 1982).

Con estas bases Greer afirmó que *“la piedra angular de la teoría freudiana respecto a la feminidad es la convicción masculina de que una mujer es un hombre castrado”* (1972, p. 93). A lo cual su denominación y título de su obra nombrada <<enuco femenino>>. Pero esta nueva designación, fue también incorrecta, ya que un enuco es una persona a quien se castra después, mientras que Freud señalaba que la mujer ya estaba castrada. Ya que Freud comentaba que en las mujeres más que una condición de angustia válida para ellas, había que introducir una pequeña modificación, porque más que una ausencia o una pérdida real del objeto, de lo que se trataba es en realidad de una pérdida de amor (Freud, 2000i).

Por lo tanto, no debe de confundirse que en el complejo de castración en la mujer, no es la angustia de ser castrada, puesto que ya lo esta fantasmáticamente, sino lo que existe en ella, es la angustia de perder el amor del ser amado, pero aunque este es un aspecto crucial para entender la feminidad en la teoría freudiana, parece ser que Greer no solo no comprendió claramente el concepto de castración, sino que parece ser lo interpreto más con el prejuicio que existía sobre el psicoanálisis, que con los mismos escritos de Freud, ya que su entendimiento giró sobre la mencionada y común concepción errónea de la mujer entendida como un hombre castrado .

3.3.4 Shulamith Firestone.

Shulamith Firestone en el capítulo referente a Freud, de su tratado *La dialéctica del sexo* escrito en 1976, nombra al psicoanálisis freudiano como freudismo, describiéndolo como un feminismo descarriado, ya que ambos nacieron de los mismo conjunto de realidades, pero concluyendo que el freudismo tomo el lugar que le correspondía al feminismo. Y aunque Firestone sostuvo que el freudismo tocaba el mismo punto que el feminismo al reaccionar en contra de la vida familiar como una forma de opresión de la mujer, de su sexualidad seguida de una consecuente neurosis, discierne con Freud en el

sentido de que su obra estaba escrita en metáforas y no en verdades literales, y con ello le adjudicó el título de poeta.

Por lo cual, la tarea de Firestone fue la de traducir la poesía de Freud, a la verdad literal de donde había surgido, así la teoría de la sexualidad infantil y el complejo de Edipo, fueron examinados en el contexto de la familia pero en términos de poder. Ya que Firestone sostenía que Freud observó el complejo de Edipo como el elemento común a todos los individuos que se desarrollan en el seno de la familia nuclear de una sociedad patriarcal y que esta forma de organización social intensificaba los peores efectos de desigualdades inherentes a la propia familia biológica. Con esta interpretación Firestone dio al padre todo el poder en la familia, en tanto que el niño pequeño comparte la opresión y dependencia con su madre a quien él ama porque ella lo cuida y quiere incondicionalmente, al contrario de su padre que lo castiga y condiciona su afecto, además de notar que su padre hace a su madre desgraciada y por esta razón interpreta que cuando sus padres tiene relaciones sexuales, cree que su padre esta atacando sádicamente a su madre.

Así, los niños aprenden a ser hombres, porque no son tontos y no quieren encadenarse al estilo limitado y miserable de las mujeres y en cambio se unen mejor al mundo de viajes y aventuras del mundo exterior que representa el padre. Porque que más pueden hacer continua Firestone solo le que reprimir el deseo de matar a su padre e ingresar en el honorable estado de la virilidad (Firestone, 1976).

Sin embargo lo que Firestone intento fue darle a todos los actos del individuo una intención racional y consciente y con ello borró todo rastro del inconsciente de la obra freudiana. Y así, esta autora sostuvo que si un acontecimiento no es real, entonces no existe. De lo cual resulta que las fantasías que el niño podía tener en la obra freudiana para Firestone solo podían ser el resultado de una elección consciente para evitar o adaptarse a un realidad social y lo demás Freud simplemente lo imaginó.

3.3.5 Kate Millett.

En el trabajo literario *La política sexual* de Kate Millett publicado en 1970, Millett trato de otorgarle a la obra de Freud una exposición más detallada que sus antecesoras, pero al igual que ellas, saco fuera del contexto del psicoanálisis los escritos de Freud sobre la feminidad, resultando en absurdos biológicos y carentes de la explicación social que Millett creyó que Freud tenía ante él y que no se dio cuenta. Afirmaba que Freud confundía lo innato con lo adquirido y considera naturales los efectos culturales del dominio ejercido por el varón.

Lo que Millett hizo fue tomar el mismo camino que las anteriores feministas al negar el inconsciente y basarse completamente en la racionalidad, negando con ello las experiencias de la sexualidad infantil, ya que para Millett las niñas se basan en un principio de realidad. Reprobando el hecho que Freud no dio ninguna prueba objetiva de la envidia del pene, ni del complejo de castración y según ella, era evidente observar hasta qué punto tales nociones

se hallan marcadas más que nada por la propia subjetividad de Freud que por hallazgo objetivos en las mujeres (Millett, 1970).

De esta manera Millett entendió que las mujeres solo pueden responder a lo que realmente ocurre en su medio y de lo que esta hablando Freud al postular su teoría de la envidia del pene, no es mas que la prescripción para el mantenimiento del estatus quo patriarcal, y así poder justificar que lo que ha hecho el mundo de lo hombres a las mujeres, no es sino lo que la naturaleza había hecho de ellas desde un principio. Y por ello el psicoanálisis no es más que el medio para obligar a la mujer a adaptarse a su posición de guardiana de la sociedad y del matrimonio.

3.3.6 Christiane Oliver.

Pero una de las más fuertes objeciones feministas provino del mismo psicoanálisis con Christiane Oliver y su libro llamado *Los hijos de Yocasta* publicado en 1984. La tesis principal de este texto se basa en que todos somos hijos de Yocasta, nacidos en una familia donde Layo se encuentra ausente. Pero en esta familia la historial preedípica será muy diferente para cada sexo. Ya que en el varón esta etapa será vivida como una guerra en contra de su madre y que él será el objeto demandado por su ella, ya que su marido esta casi siempre ausente y ella se resiste a renunciar al único varón que ha tenido verdaderamente para ella y es por ello que el niño deberá defenderse de esas fantasías materna de integridad.

“El niño varón debe superar aquí una dificultad suplementaria (no descrita por Freud), pues ha de salir del Edipo en contra de su madre, que no quiere que se aleje de ella ni que la abandone” (Oliver, 1989. p. 78).

La guerra del niño con su madre tendrá su punto critico en la etapa anal postulada por Oliver, la cual difiere de la de Freud en que esta se basa en el momento del entrenamiento del esfínter anal y que el niño sentirá en su madre una amenaza, porque presiente que además de las heces, ella quiere arrebatarle también su sexo, equiparando está situación Oliver a la angustia de castración postulada por Freud en la fase fálica.

De esta manera, Oliver afirma que el varón nace junto el más tierno de los amores para seguir con una prolongada guerra y saldrá de esa guerra marcado por la desconfianza, el silencio y la misoginia. De esta manera Oliver postula que la mujer, por sentirse mantenida a distancia por su marido, se aferrara a su hijo y es ella misma quien prepara en él <<la distancia>> para otra mujer que vendrá, con lo cual es la mujer misma quien le abre a otra el surco de la misoginia.

En cuanto a la niña Oliver supone que la niña no recibe afecto de su madre al grado que no es deseada por ella, ya que solo desea y ama al otro sexo. Remarcando este aspecto con la siguiente metáfora: *“el biberón, para ella, estaba vacío, por que no tenía el gusto del “deseo”; un biberón lleno de leche pero vacío de deseo, porque lo daba una mujer del mismo sexo que la niña”* (Oliver, 1989, p. 103).

Con este destino la niña se enfrenta a un mundo de silencio respecto a su propia sexualidad. Agregándose además la falta de mirada paterna que harán en la niña dudar sobre su identificación, siempre buscando la mirada del otro para responder a su identidad sexual. Produciendo esta falta de la mirada masculina en la infancia de la niña, una esclavitud de esa misma mirada por el resto de sus días. Así la falta de imagen en el espejo materno, hará que la niña esté dispuesta a adoptar todas las imágenes que se le proponga, particularmente disfrazándose para ello. Pero esta demanda no será satisfecha ni siquiera en la pareja, ya que la mujer que ha crecido con un vacío de amor por parte de su madre buscará en su pareja mediante palabras, gestos y pruebas de amor, lo que de su madre nunca obtuvo ni escuchó, y a las que el hombre precisamente contestará como lo hacía a su madre con distancia, indiferencia y silencio, de lo cual resultará que el hijo nacido de esta pareja quedará nuevamente a merced de la mujer repitiendo la misma historia.

En su obra Oliver enlaza al mismo tiempo dos discursos, en primer lugar el discurso freudiano sobre la mujer que considera el enemigo de la feminidad, junto con el de Jacques Lacan de quien además cita algunos conceptos para dar soporte a su tesis sin mencionar que pertenecen a quien critica. El segundo discurso, el feminista, el cual se encuentra apoyado en su práctica terapéutica y por su condición de mujer.

De esta manera Oliver nos lleva a concluir que para la madre el hijo varón será lo adecuado a su deseo. Pero, esta conclusión es un retroceso a la sexualidad, ya que Freud encontró que no existe un objeto predeterminado, adecuado, que el objeto remite a otra cosa, que aquello que parecer ser, desde el amor apasionado por alguien (supuesta adecuación) pasando por la devoción a una idea, hasta llegar al fetiche en cuya búsqueda el coleccionista consume su vida, con lo que el objeto muestra su variabilidad, su ser poliforme, su fundamental inadecuación. En otras palabras el objeto es cambiante por la enrañada misma del deseo (Saal, 1998a).

Con lo cual en su intento de responder a la pregunta: <<¿qué quiere la mujer?>>, Oliver se pierde en el camino, ya que en un principio culpa a los hombres de crear un ideal femenino en donde encierra a la mujeres, para terminar condenando a la misma mujer que en su estado de maternidad es ella quien hace desdichada a las niñas y misóginos a los niños.

De este recorrido histórico por algunos feminismos se puede constatar que no se puede comprender los postulados de Freud, sobre la feminidad sin considerarlos dentro del contexto del psicoanálisis, porque estos se enlazan a dos pilares fundamentales: el inconsciente y la sexualidad, ya que ambos conceptos son cruciales para comprender las diferencias psicológicas que Freud estableció entre los sexos.

Se puede concluir que estas críticas carecen de sentido, aunado al hecho de negar la existencia del inconsciente y minimizar la sexualidad en el desarrollo humano. Entonces se puede decir, que no solo se estaba criticando a los planteamientos freudianos sobre la mujer, sino a Freud y al psicoanálisis en general. Así las críticas a Freud se basaron en atribuirle a sus teorías un supuesto determinismo biológico que concebía a la sexualidad femenina como

un producto natural del funcionamiento de cuerpo, con lo que promovía el mantenimiento del sistema patriarcal en detrimento de la mujer.

En este sentido Silvia Tubert (1998) con respecto a las críticas a la obra freudiana en su artículo *Psicoanálisis y feminidad*, comenta que la mayor parte de las críticas al punto de vista freudiano formulada desde posiciones feministas, revelan un profundo desconocimiento de lo que de más radical hay en el pensamiento psicoanalítico, reduciéndolo a una doxa contradictoria ó a un dogma rígido y, en la mayoría de los casos en lo que se lo pretende utilizar encontramos una simplificación de los conceptos fundamentales que no solamente los empobrece sino que los torna estériles y banales.

Este determinismo biológico que supuestamente las feministas le adjudicaron a Freud fue iniciado por los seguidores de Freud, quienes también realizaron críticas a su obra como fue el caso de Horney, Klein y Jones quienes consideraron una disposición innata respecto a la feminidad que solo secundariamente es perturbada por la sociedad, así para ellos la mujer y el hombre son creados en la naturaleza. Como bien lo ejemplifico Jones con la frase bíblica <<*Dios los creo hombre y mujer*>>, desechando de esta manera la teoría de la bisexualidad de Freud (Saal, 1998a).

Más aún esta postura biológica, siguió permeando en el ámbito psicoanalítico después de los freudianos. Oliver al publicar *Los hijos de Yocasta* en 1984, representó un retroceso respecto a los planteamientos freudianos sobre la sexualidad humana. Ya que Oliver postuló en dicha obra el concepto de envidia del útero, una propuesta simétrica y opuesta a la envidia del pene.

A lo que Frida Saal (1998c) por su parte cuestionó en el artículo *Espejo de mujer*, ya que lejos de esclarecer el debate sobre la feminidad, tan solo lo encarece. Porque según ella, se podía aumentar más y más las listas de los trozos de carne exhibibles para la envidia del otro, como pene/útero, testículos/senos, o lo que se quiera agregar a la lista que podría ser interminable, pero esos pedazos de carne sólo serán envidiables en tanto sean significados por el deseo de algún otro, ya que por si solos carecen en sí de los valores intrínsecos e inmutables que se le pretende atribuir.

De esta manera lo que Freud buscaba en una base biológica, sólo es atribuible en sus primeras formulaciones, ya que nada tiene que ver con las elaboraciones posteriores, las cuales se basaron en un análisis de la psicología de la mujer, sin una concepción basada en lo social, ni en lo biológico, sino en una realidad psíquica.

Con lo cual, el psicoanálisis representó un punto crucial entre la subjetividad y la sexualidad, en tanto las explicaciones referidas a los aspectos sociales e ideológicos de la subordinación de la mujer revelaron su insuficiencia al no contar con los instrumentos conceptuales apropiados para determinados aspectos de los que no pueden hablar.

Así, estos enfoques feministas trataron de establecer una feminidad autónoma y separada de la masculinidad, buscando la especificidad de la mujer como mujer. En tanto el psicoanálisis no prendió describir que es una mujer, ni

lo que debía ser, sino sólo trató de comprender como es que surge la feminidad en su esfera psicológica.

“El falo en la doctrina freudiana no es una fantasía, ... no es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno, malo, etc..) en la medida en que ese término tiende a apreciar la realidad interesada en su relación. Menos aún es el órgano, pene o clítoris que simboliza ... pues el falo es el significante”

Lacan, J. La significación del falo

CAPITULO 4. LA ESCUELA LACANIANA

4.1 Lacan, lector de Freud.

Jacques Marie Emile Lacan, fue tanto un lector de la psiquiatría y de la psicología, como de una multitud de textos de autores como Saussure, Klein, Lévi-Strauss, Aristóteles, Marx, etcétera, pero particularmente Lacan era un lector incesante de Freud.

Pero abordar a Lacan no es necesariamente una operación de eruditos, ni mucho menos una labor sencilla, es por ello que una sola lectura de sus escritos no basta para comprenderlos. <<¿Pero cómo entonces poder leer a Lacan?>>. Y aunque él no dejó indicaciones de como entender sus enseñanzas, una manera de hacerlo es a través de su lectura sobre los textos freudianos, una revisión que resultó un tanto subversiva como polifacética, ya que es desde Freud donde crítica a la psicología, a la lingüística, a la antropología, a la filosofía, a las modas culturales e inclusive al mismo estructuralismo, en el cual se le quiso incluir.

Fue así como Lacan configuró y enmarco la práctica del psicoanálisis, obteniendo su consistencia de su relación con las palabras escritas por Freud, rechazando al mismo tiempo toda cientificación experimental de sus resultados y de sus postulados, los cuales se afirman sobre una lógica matemática basada en las palabras y en las escrituras propuestas por el propio Lacan. Es por ello, que para entender a Lacan debemos retomar a Freud, ya que un retorno a Freud fue el punto de partida para Lacan.

<<¿Pero, por que retomar a Lacan para abordar la construcción psíquica de la mujer en la línea trazada por Freud?>>. La razón de ello, no es solo una simple cuestión de narcisismo por incluir a un autor con un discurso tan complejo como lo es, el de Lacan y sus escritos. El motivo de esta decisión tiene que ver con la cronología misma de la obra de Freud y con sus seguidores, así como de la crítica de algunos feminismos hecha a los textos freudianos, puesto que la mayoría de las referencias hechas a Freud sobre la mujer se limitan a sus primeras teorías. De esta manera los posfreudianos como Klein, Horney y Jones, así como algunos feminismos, los cuales aquí fueron analizados, se refieren fácilmente a Freud en la época en que solo había analogías en el desarrollo psicosexual entre los sexos.

En tanto, el periodo de las diferencias en el desarrollo psicosexual entre los sexos fue dejado de lado por casi todo mundo y es precisamente Lacan quien aporta el camino para entender a este segundo Freud, gracias a conceptos como goce, el discurso del amo, etc., los cuales proporcionan una solución estructural a la interrogante sobre la mujer dejada de lado por los posfreudianos en concordancia con las ideas posteriores de Freud. Y fue de esta manera que Lacan como posfreudiano se convirtió en el primer freudiano (Braunstein, 1989).

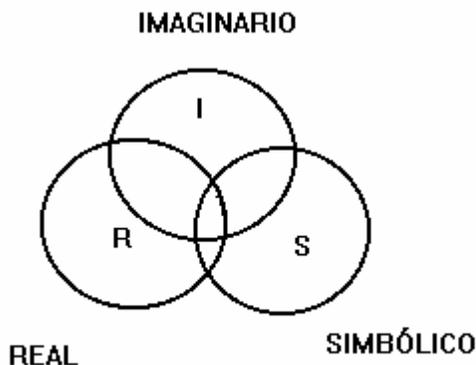
4.2 El gran Otro.

Jacques Lacan desde sus inicios en el psicoanálisis, reconoció la importancia de la anterioridad y trascendencia del Otro sobre el sujeto, ya que antes del nacimiento de un niño, le precedió a ese acto, tanto el encuentro y relaciones de sus progenitores, como la historia propia de cada uno de ellos, que marcaron los antecedentes de la concepción del niño. Lo cual se manifestara de diferentes maneras, porque dependiendo de esas circunstancias, el niño será esperado con anhelo o con temor, se impondrá o será demandado, así como podrá ayudar la ciencia para su llegada, por lo que el momento de su nacimiento no será indiferente, ya que podrá producirse por ejemplo, tras el duelo de un ser querido o suceder a un hijo mayor o sustituir a otro hijo perdido y será dotado de un nombre de pila (Strauss, 1993).

Con lo cual, el cuerpo no es un simple hecho de la biología, ya que se debe reflexionar en torno a lo que Lacan introdujo con una diferenciación de los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario, porque nada se entiende de lo que es el cuerpo o de lo que es el sexo, sino se distingue entre cuerpo real, simbólico e imaginario y sexo real, simbólico e imaginario.

Pero para poder comprender más claramente esta diferenciación entre lo real, lo simbólico y lo imaginario, es preciso también retomar la conceptualización de estos tres registros a partir del nudo borromeo lacaniano para explicar la importancia de su relación entre ellos con el sujeto. Ya que el anudamiento de los tres eslabones del nudo borromeo muestra la articulación consistente de los tres registros, un anudamiento que implica la unión de lo real, lo simbólico y lo imaginario en uno solo y el rompimiento de uno de estos eslabones será suficiente para que los otros dos queden libres.

El siguiente esquema representa lo que es el nudo borromeo, tres círculos entrelazados, que representan a lo real, lo simbólico y lo imaginario, el cual es una figura topológica propuesta por Lacan para comprender algunos fenómenos clínicos desde un punto de vista formal.



Y aunque es casi imposible dar una definición acabada de cada uno de los tres registros, sin caer en una simplicidad de conceptualización o incluso una interminable redefinición de los mismos, se puede proponer por el momento referirnos a lo imaginario como el registro en el cual, tiene lugar la identificación a partir del campo visual de la relación especular, con lo cual el niño queda cautivo de una imagen logrando con ello el dominio de las funciones motoras y el ingreso en el mundo humano del espacio y el movimiento, pero al mismo tiempo paga un precio por ello que es el de una alienación esencial. En tanto lo simbólico, es el principio y poder organizador, entendido como el conjunto de redes sociales, culturales y lingüísticas en las que nace un niño. Estos dos registros se combinan ya que si el niño está capturado en lo imaginario por una imagen, aun así asumirá como elementos identificatorios los significantes del habla de sus padres, los cuales son aspectos simbólicos. A estos dos registros de lo imaginario y lo simbólico se le añade un tercer registro, el de lo real, el cual se refiere a lo excluido del orden de lo simbólico, a lo que se resiste absolutamente a la simbolización. Con lo cual lo real, lo simbólico y lo imaginario se les designa como los tres registros de la realidad humana. Pero lo que comúnmente se llama “realidad”, es una amalgama de lo simbólico y lo imaginario, ya que es imaginario en la medida en que estamos situados en el registro especular y el Yo nos brinda racionalizaciones de nuestros actos y es simbólico en la medida en que la mayoría de las cosas que nos rodean tienen un sentido para nosotros. En esta forma precisamente lo real representaría lo excluido de nuestra realidad, el margen de lo que carece de sentido y no logramos situar o explorar.

Pero esta definición provisional de los tres registros lacanianos no es suficiente para comprenderlos ampliamente, ya que sus implicaciones son entre otras sobre fenómenos clínicos desde un punto de vista formal, ya que por ejemplo, el efecto de la figura paterna suele resultar paradójica si se trabaja con datos solamente, pero cuando se abordan estos datos en los términos de padre real, la función paterna simbólica y la imagen paterna imaginaria, las cosas se vuelven más claras. Es por lo que conforme se vaya avanzando en este capítulo se irán aclarando poco a poco los tres registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario (Leader y Groves, 2002 y Verhaeghe, 1999).

Es en este sentido que el recién nacido se encontrará sumergido en lo real, y deberá pasar por la unificación significativa a través del reconocimiento en la imagen especular, como bien lo menciona Brech (citado en Saal, 1998a, p. 18) en su obra *Un hombre es un hombre*:

***Mi madre hizo una cruz en el calendario
El día en que nació, y yo era el que gritaba
Ese montón de cabellos, de uñas y de carne
Soy yo, soy Yo.***

Del cual podemos desprender que lo real sería ese montón, pero no de cabellos, uñas y carne, porque ellos ya son significantes por sí mismos y la marca que la madre hace en el calendario, es lo que abre la posibilidad de que ahí algún

Yo, pueda llegar a existir, ya que el cuerpo imaginario sólo podrá ser alcanzado gracias al soporte deseante de algún otro, de alguien que asuma la representación a la que llamaremos madre (Otro) (Saal, 1998a).

En otras palabras, el niño no puede vivir sino se le presta la protección necesaria de alguien que este dispuesto hacerlo y aunque esta es una necesidad primaria de orden biológico es la única dimensión de este orden que Lacan llega a reconocer. Y a pesar de que pareciera simple la intervención de ese alguien que está dispuesto a satisfacer las necesidades del niño, pues no lo es, ya que ese Otro no es solo una entidad que ese encuentra constante y que su única tarea es la de satisfacer necesidades, sino que ese Otro es una agencia cultural, con necesidades, demandas y deseos particulares propios, que van más allá de las necesidades del infante.

El Otro también constituye la primera presencia del orden simbólico, porque es por lo general, un Otro que forma parte del mundo hablado, pero también, porque es un Otro que viene y se va, que está alternativamente ausente y presente, igual que los elementos del registro simbólico (Nobus, 2000).

Con lo cual, el Otro es el lugar desde donde se aporta el lenguaje, ya que con las palabras se va a captar y a moldear las necesidades del niño, pero la única forma de captar esas necesidades son en términos del lenguaje, lenguaje que no es de él, porque lo adquiere desde afuera, es decir, es el Otro desde donde se aporta el lenguaje.

De esta manera el Otro al aportarle al niño el lenguaje, lo hace diciéndole que es lo que le está pasando, por ejemplo, le puede decir << *tienes frío* >> ó << *tienes hambre* >> y de esta forma el Otro no solo lee sus necesidades, sino que también le construye otras, en este sentido el Otro será la imagen con la que se va a identificar y a constituir su Yo en tanto Yo como representación, y resultando que el Otro en tanto madre es también el << *otro* >> imaginario, un semejante especular con el cual el niño se identificará y creará que ese << *otro* >> es él (Bleichmar, 1994).

“El Otro es pues el lugar donde se constituye el Yo (Je)”. (Lacan, 1995a, p. 413).

4. 3 El estadio del espejo.

El estadio del espejo se ordena sobre la experiencia de la identificación fundamental en cuyo transcurso el niño realizará la conquista de la imagen de su propio cuerpo, ya que antes del estadio del espejo, el niño no experimenta inicialmente su cuerpo como una totalidad unificada, sino como algo disperso, como una experiencia fantasmática del cuerpo fragmentado. En esta experiencia del niño sobre el estadio del espejo se organizará en base a tres tiempos para conquistar progresivamente la imagen de su cuerpo.

“La función del estadio del espejo se nos revela como un caso particular de la imago que es establecer una relación del organismo con su realidad” (Lacan, 1997a, p. 89).

En el primer tiempo existe una confusión entre uno mismo y el otro, confusión que es confirmada por la relación estereotipada que el niño mantiene con sus semejantes y que prueba que vive y se localiza en el otro, lo cual pone en evidencia el vínculo que tiene el niño con el registro imaginario.

En el segundo tiempo, el niño llega a descubrir que ese otro del espejo no es un ser real sino una imagen, con lo cual ya no intentará atraparlo, lo que indicará que sabrá distinguir entre la imagen del otro y la realidad del otro.

En el tercer momento se fusionará las dos etapas anteriores porque el niño no solo se asegurará de que el reflejo del espejo es solo una imagen, sino porque tendrá la certeza de que esa imagen es la suya, así al reconocerse a través de esa imagen el niño reunirá la dispersión del cuerpo fragmentado en una totalidad unificada, la cual es la representación del cuerpo propio.

De esta manera, la imagen del cuerpo será estructurante para la identidad del sujeto, porque en ella se realizará la identificación primordial, pero aunque la maduración del niño a esa edad no le permitirá tener un conocimiento específico de su propio cuerpo, simbolizará la preformación del Yo, con lo que el estadio del espejo presupondrá como principio constitutivo su destino alienación en lo imaginario (Dor, 1994).

“El estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental” (Lacan, 1997a, p. 90).

4.4 El complejo de Edipo.

4.4.1 El concepto de estructura.

Lacan al retomar el complejo de Edipo de Freud, lo ampliará, para estructurarlo ya no como lo que le pasa en el niño, sino como lo que sucede en una situación dentro del cual el niño está incluido, de lo cual resulta que el Edipo en Lacan es la descripción de una estructura intersubjetiva. Entendiéndose, por estructura una organización caracterizada por posiciones o lugares vacantes que pueden ser ocupados por distintos personajes. Por ejemplo, en una obra de teatro en la cual existen personajes, los cuales son protagonizados por actores, ellos al asumir un rol ejercerán las funciones marcadas por el mismo ó en el teatro griego de máscaras donde la representación de todos los personajes puede ser

interpretados por un máximo de tres actores, los cuales sólo tienen que intercambiar una máscara diferente para un personaje diferente.

De lo cual resulta, que el Edipo lacaniano es la descripción de una estructura y de los efectos de representación que esa estructura produce en los que la integran. Y así lo que determina la posición de los personajes será algo que circula, que es precisamente el falo. Y este será tanto el significante de una falta como el significante del deseo (Bleichmar, 1994).

“El falo en la doctrina freudiana no es una fantasía,. . . no es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno, malo, etc.) en la medida en que ese término tiende a apreciar la realidad interesada en su relación. Menos aún es el órgano, pene o clítoris que simboliza... pues el falo es el significante” (Lacan, 1995b, p. 669).

4.4.2 El significante.

Un significante es una huella acústica, una imagen visual, algo del orden de lo sensible ó capaz de convertirse en perceptible. Por ejemplo, una imagen de un sueño, un fonema, una palabra, un olor determinado se puede convertir en significantes.

El significante sirve para que, en él se inscriba algo de otro orden. Por ejemplo, cuando se siente una necesidad orgánica y se dice <<tengo hambre>> se diferenciara respecto de la necesidad orgánica, y por el hecho de que algo pasa a ser registrado en otro nivel, como el del lenguaje, hay algo que no pasa a ser registrado, hay una transposición, es decir, una deformación, por lo cual existirá una distancia esencial entre lo que se va inscribir y el material que va a servir de soporte para esa inscripción.

En el significante se inscribe algo que es una ausencia, y que aparece en el lugar de la cosa, ya que no se inscribe en realidad un existente, por que la falta se inscribe como presencia, pero esta presencia es sólo una ilusión. Además de que el significante siempre se remite a otro significante, además de que el significante siempre puede ser tachado de su función. En este sentido el falo es entonces lo que aparece como lo que esta en el lugar de la falta, es decir, el falo es aquello en lo cual se inscribe la falta. Y debido a que esa falta aparece inscrita como una presencia, entonces existirá la ilusión de completud, de que no falta nada (Bleichmar, 1994).

4.4.3 El falo.

El falo es el objeto central entorno a lo cual se organiza el complejo de castración, ya que no es el órgano anatómico peniano sino su representación y del cual el niño percibe como el atributo poseído por algunos y ausente en otros.

Esta representación psíquica será, ya sea bajo la forma imaginaria o simbólica (Nasio, 2000).

El falo imaginario es lo que completa una falta, ya que cuando el sujeto vive algo como falta y encuentra algo, este algo que puede ser cualquier cosa produciendo la ilusión que si se tiene se esta completo, es por esta razón que el falo imaginario permite mantener la ilusión de que nada falta. Entonces, es así como el falo es el significante de una falta, porque cuando el falo queda imaginado en un objeto concreto, este objeto que puede ser, el cuerpo, la dominación de los miembros, el pene, el dinero, el auto, etc., entonces cada uno de esos objetos pueden ser versiones del falo imaginario en tanto en la subjetividad del sujeto le permita completar una falta.

De esto se puede concluir que si el falo es el significante de la falta, como al mismo tiempo también es lo que completa la perfección. Pero, esta perfección, además indicará una escala de valoración, ya que si se llega a tener determinado atributo, entonces el sujeto tendrá un máximo valor narcisista y ocupará un lugar preferente a los ojos del deseo del otro, es decir, se estará identificando con el Yo ideal.

Esto puede ser a través de cualquier atributo o rasgo, que en el caso del deseo de la madre se convierta en la máxima valoración y ello podrá ser el desde el pelo de la niña, alguna habilidad deportiva del niño, la inteligencia o cualquier cosa y esto constituirá un significante en el sentido que es una imagen en la cual se inscribe algo.

De esta manera el niño se identificará con un objeto imaginario que es el falo, pero en tanto la madre lo simbolizará a él en el falo. Y esto sucede así, ya que el niño descubre que a la madre le falta algo, gracias al estadio del espejo en el cual el niño se representa como la completud, como la perfección, como el falo. Y debido a que el niño descubre que le falta algo y ese algo no puede ser más que él mismo, por lo tanto, ella lo necesita a él, ya que él la completará.

Presentado esta completud por la felicidad que siente la madre porque según el niño, él es el causante de la felicidad, y esa perfección no es vivida por el niño como si él fuera el pene, sino como aquello que constituye la felicidad de la madre.

“Si el deseo de la madre es el falo, el niño, quiere ser el falo para satisfacerlo” (Lacan, 1995b, p. 673).

Pero en tanto la madre que ubicó también el falo en un plano imaginario, ella lo hace al reconocer que no tiene con respecto a un pene existente en este sentido hay un reconocimiento de algo, que esta sobre la posibilidad de que no este, de que el varón lo tenga y ella no, pero esta representación sucede en el registro de lo imaginario.

Y con ello la madre caracteriza al falo, ya no como el niño lo hacía de ausencia / presencia, sino que lo simboliza al estar ausente, entonces lo sustituye por otra cosa que lo represente, y entonces, sino se tiene falo se puede sustituir por otra cosa y con ello el hijo puede representar al falo, en un orden simbólico.

4.4.4 El primer tiempo del Edipo.

Al salir de la fase identificatoria del estadio del espejo, el niño que se perfila como sujeto, sigue manteniendo una relación de indiferenciación cercana a la fusión con su madre y esta relación de fusión se da por la posición particular del niño con la madre, al tratar de identificarse con lo que el supone que es el objeto de su deseo (Dor, 1994).

De esta manera en el primer tiempo del Edipo por lo tanto sólo se consideran dos personajes y la relación entre ambos, la madre y el niño. El niño desea ser todo para la madre y para ello el niño se convierte en aquello que la madre desea y por lo tanto, su deseo es deseo del Otro, tanto en el sentido de ser deseado por el Otro y de tomar este deseo del Otro como si fuera el suyo.

Y lo que determinará que el niño desee ser el objeto del deseo de la madre no se debe a una dependencia vital, sino a una dependencia de amor y así el niño se identifica con aquello que es el objeto del deseo de la madre, ya que creará que es por él, que la madre es feliz, con lo cual en el primer tiempo del Edipo se encuentra a la madre, el niño y el falo.

Por su parte la madre al sentir su carencia, su incompletud, su propia castración, se reconoce como castrada, como si le faltara algo y ese algo es el falo y en este reconocimiento de su castración, debido a que ella también pasó por su propio Edipo, produce entonces la ecuación niño = falo y con ello, el hijo la hace sentir completa, ya que su hijo es para ella el falo, entonces la madre se posesiona como una madre fálica, ya que ella se ve como si no le faltara nada, como si estuviera completa, porque siente que tiene al falo que la completa.

Aunque si imaginará que aquello que la completa es el pene este podría ser una versión del falo, pero no lo es así, en la mayoría de los casos, ya que todas las insatisfacciones, las frustraciones, los anhelos, los sueños tanto de gloria como de reinado, encontrará en su hijo la posibilidad de crearse en la ilusión de que se realizará, y de esta manera el niño es el falo para la madre.

Por otro lado, el niño quien hace feliz a la madre, en realidad no sabe cual es la razón de ello, ya que él no sabe de la castración simbólica de la madre. Así el niño y la madre forman una unidad narcisista en que cada uno posibilita la ilusión en el otro de su perfección y se produce un narcisismo satisfecho.

“El sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto del deseo de la madre” (Lacan, 1999g, p. 198).

En otro sentido, la ubicación del niño como el falo puede también no tener lugar o sea el niño puede no constituirse como el falo, por ejemplo, una madre que tiene un hijo con síndrome de Down. Lo anterior tendría consecuencias muy importantes, ya que si el chico puede o no quedar ubicado como el falo para la madre. Por lo tanto el primer tiempo del Edipo no se debe tomarse obligadamente bajo la forma que comúnmente se describe, es decir, al no producirse la unidad narcisista del niño que es el falo - madre fálica, esto sólo sería una variante de la versión más frecuente.

Ya que el hecho de que el hijo no sea tomado para la simbolización de la madre en el falo, ello no significa que el falo no exista para esa madre, ya que para la madre, el hijo = falo será el que posea otra mujer cuyo hijo sea normal y entonces la ecuación hijo = falo igual existirá en su inconsciente aunque referida a otra relación madre - hijo.

En el caso de que el hijo quede constituido como no falo se seguirá manteniendo lo esencial, que alguien en este caso el niño con síndrome de Down, leerá su identidad en el discurso de alguien exterior a él y que por su dependencia de amor va a tomar el deseo del otro como el propio, entonces el deseo de la madre continuará siendo el de tener un hijo que sea el falo, lo que será sentido como no alcanzable y esa meta será también la del hijo, pero meta con la que no se podrá identificar.

Entonces, en el primer tiempo del Edipo existirán características generales las cuales son, primero, que es una relación dual, imaginaria, especular, ya que dos personajes están presos de la misma ilusión y que cada uno de ellos posibilita que el otro se mantenga en la misma ilusión. Y segundo, que es una estructura intersubjetiva que vale para el primer tiempo del Edipo, pero igual vale para muchas otras situaciones, ya que esta situación intersubjetiva se caracteriza por la posición de alguien frente al deseo del otro. Por ejemplo, en la situación analítica, en la cual el analizado trata de satisfacer el deseo del analista, trata de ser el objeto de su deseo, es por ello, por lo cual el analizado termina soñando lo que analista desea que sueñe y cuando el analizado llega a ser lo que el analista desea, entonces se puede caer en la ilusión que ha tenido un éxito terapéutico. El analista entonces equivale a la madre fálica y el analizado en ese momento es el falo, el analista tiene una expansión narcisista porque ha sido capaz de <<curar>> a alguien, cuando en verdad lo único que ha sido capaz es de convertir a alguien a su imagen y semejanza de su Yo y tener en ese momento la ilusión de que realmente se ha producido una transformación.

El ejemplo anterior además de señalar una desviación del objeto que se debe guiar en psicoanálisis muestra que el concepto de relación dual no es simplemente un momento genético, sino una estructura, ya que alguien podrá haber pasado el primer tiempo del Edipo, pero sin embargo podrá haber recaídas en esta estructura de relación dual (Bleichmar, 1994).

4.4.5 El segundo tiempo del Edipo.

El segundo tiempo del Edipo es el momento en que el niño es introducido inevitablemente al registro de la castración simbólica por la intrusión de la dimensión paterna (Dor, 1994).

“El padre intervine realmente como privador de la madre en doble sentido, en tanto priva al niño del objeto de su deseo y en tanto priva a la madre del objeto fálico” (Lacan, 1999g, p. 198).

Al privar al niño del objeto de su deseo, el niño deja de ser el falo de la madre, porque la madre prefiere a otro que no es él, además supone que aquel tendría algo que él no tiene. En este punto es esencial que la madre desee al padre, es decir que se vuelva del hijo al padre, con lo cual tiene gran importancia lo que realmente haga la madre.

Con respecto a la madre para que haya privación efectiva del objeto fálico es esencial, no sólo que la madre cambie al niño por el padre, sino que este no quede ubicado como totalmente dependiente del deseo de la madre.

En la castración simbólica el niño conoce que la madre le falta algo y que lo debe buscar en otra parte, esto corresponde al momento en que el niño deja de ser el falo y este pasa a existir para el niño como identidad independiente de un personaje, por lo cual lo importante de la castración simbólica es que el niño reconozca que hay algo más allá, no solo de él (falo), sino también la posibilidad de la madre de instaurarlo, de dotar a su gusto el falo del personaje que ella desee y que ella a su vez, está sometida a un orden que le es exterior, así instaura en el psiquismo del niño el reconocimiento de la castración de la madre y de toda persona incluyendo al padre.

“La clínica nos muestra que no es decisiva en cuanto el sujeto se entera en ella (el Otro) de sí él mismo tiene o no tiene un falo real, sino en cuanto que se entera de que la madre no lo tiene.” (Lacan, 1995b, p. 673).

Entonces, el niño al dirigirse a su madre encuentra que hay Otro, en este caso Otro como el lugar de la ley o significado a la ley, a la cual la madre debe someterse. Por lo tanto, la castración simbólica no es el pasaje de la dominación de la madre a la dominación del padre, sino que consiste en la instauración del falo como algo que esta por fuera de cualquier personaje de la madre o del padre, ya que no se le puede poseer por propio gusto, y es debido a ello, que el falo se instituye en la cultura como una entidad desde la cual todos quedan ubicados como castrados simbólicamente.

Es en este segundo tiempo del Edipo, el niño cree que el padre es el falo y lo representa como un padre terrible, por lo tanto, no es el padre simbólico, ya que tiene los mismos atributos que la madre en el primer tiempo del Edipo. Y que interviene tanto para la madre como para el niño como el mensajero de una doble

prohibición, por un lado con respecto al niño la prohibición se refiere al mandamiento de no te acostarás con tu madre, y con respecto a la madre, ésta se referirá a la prohibición de la reintegración de su producto.

En lo referente a la castración simbólica en primer lugar hay que hablar de castración en sentido metafórico, ya que la castración en sentido literal, sería el corte de una parte del cuerpo que se separa del resto. En este caso de la castración simbólica se introduce un corte, pero es una separación entre la madre y el hijo, pero al mismo tiempo para cada uno, se produce un corte y una pérdida. El niño se separa del falo y con ello pierde su identificación con él, deja de ser entonces el falo y con ello la madre pierde a su falo, es decir, metafóricamente, la unidad niño - falo / madre - fálico se corta entre ambos, y se le corta algo a cada uno de los dos integrantes.

En segundo lugar el término <<simbólico>> alude a que no es real en el sentido literal de la castración como pérdida del pene, sino que se designa al corte mismo, es decir, en la descripción de la estructura edípica que caracteriza a esa separación con las distintas propiedades que adquiere después los elementos a partir del corte.

Con la castración simbólica existirá en la estructura edípica una posición que será la del padre simbólico. Este padre simbólico podrá ser cualquier cosa, la cual ejerza la función de la castración simbólica, por lo tanto el padre simbólico no tiene que ser el padre real.

Suponiendo que en una cultura en la cual se realiza el culto a los antepasados como los creadores de la ley, a la que todos deben acatar, incluyendo la madre, entonces, los antepasados serían quienes desempeñarían la función del padre simbólico. Este mito desempeña la función de la castración simbólica, pues corta la unidad narcisista madre - fálica / hijo - falo, e instaura una ley que está más allá de cualquier personaje real, además de la madre, se incluye en esto al propio padre del sujeto, con lo cual también se realiza la castración simbólica no solo de la madre, sino también del padre, que queda como alguien que debe depender de un orden exterior a él.

Con ello la ley es la regulación que está más allá del deseo o voluntad de un individuo, de lo cual, la ley que resulta como prototipo de ella es la prohibición del incesto, siendo entonces esta ley, una ley de la cultura que regula los intercambios sexuales. Es por ello, que un individuo particular puede actuar en representación de la ley, pero no serla, y es cuando se esta hablando entonces de un orden simbólico.

Al ejercer el padre simbólico su función de castración simbólica produce en la subjetividad del niño el reemplazo de la ley del deseo de la madre por la ley como instancia exterior a todo personaje y esto se quedará inscrita de diversas maneras, por ejemplo, las tablas de la ley, la tradición las normas morales, etc.. Por lo tanto la expresión que Lacan designó al significante que inscribe en la

subjetividad del niño a la función del padre simbólico es el *Nombre del Padre* y esto implica a la castración simbólica y promueve la instauración de la ley, debido a que no hay padre simbólico, sin castración simbólica y sin ley.

“En el Nombre del Padre es donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley” (Lacan, 1997b, p. 267).

Cabe aclarar, que si el padre simbólico es quien realiza la castración simbólica sobre la madre y el niño, se podría creer que es necesaria la presencia física de una persona real, por ejemplo, en el caso de una madre que vive sola con su hijo podría pensarse que la falta del padre ocasionaría la no existencia del padre simbólico, pero esto no es así, debido a que la madre puede imaginar a una pareja para ella, desearla y de esta manera introducir un padre inexistente, pero que cumpla la función del padre simbólico, lo cual es capaz de señalar al niño que hay alguien que está más allá de él y que a la madre le falta, con lo cual se produce la castración simbólica a través de un elemento imaginario, el cual toma la función del padre simbólico.

Una segunda aclaración sería suponer que se necesita un padre fuerte en el sentido de un padre dominante y autoritario, el cual podría pensarse que sería más apto para producir la castración simbólica, pero esto nuevamente no es así, ya que lo importante no es que el padre venga a reemplazar a la madre, en su lugar de amo absoluto, de omnipotencia, ya que ello deja en igual situación al sujeto en una relación dual. Sino lo indispensable es que el padre venga como el tercero a indicar que el Otro no es el amo absoluto, que el Otro tiene que aceptar a su vez también la ley.

“El padre es, en el Otro, el significante que representa la existencia del lugar de la cadena significativa como ley. Se coloca, por así decirlo, encima de ella” (Lacan, 1999g, p. 202).

4.4.6 El tercer tiempo del Edipo.

Como consecuencia del reemplazo que realiza el significante Nombre del Padre del deseo de la madre, se produce en segundo término la significación fálica. Debido a que en primer lugar una vez producida la castración simbólica el niño deja de ser el falo, pero tampoco lo es el padre, ni la madre y con ello también el padre deja de ser la ley, por lo que el falo pasa a ser algo que se podrá tener o carecer de él, pero no se es, así como la ley pasa a ser una instancia cuya representación la da un personaje, pero a su vez éste personaje no será la ley, con ello en el tercer tiempo del Edipo, la ley y el falo quedan instaurados como instancias que están más allá de cualquier personaje. Entonces, al no ser el niño el falo, dejará de estar identificado con el Yo ideal y se identificará con el ideal del Yo.

El Yo ideal entonces es la imagen de perfección narcisista que representa a un personaje dotado de atributos de perfección, completud y omnipotencia, en cambio el ideal del Yo es una constelación de insignias, y una insignia es un elemento material significativo que ubica al que la posee.

“Para diferenciar el Yo Ideal del Ideal del Yo... en la relación del sujeto con el otro de la autoridad, el Ideal de Yo, siguiendo la ley de gustar, lleva al sujeto a no gustarse al capricho del mandamiento; el Yo Ideal, a riesgo de gustar, sólo triunfa si gusta a despecho del mandamiento. . . puede decirse que por lo menos en un aspecto esas instancias se dan por tales en lo vivido, el Ideal del Yo como modelo, el Yo Ideal como aspiración, oh sí, para no decir más bien sueños “ (Lacan, 1995c, p. 651).

Para aclarar más ampliamente los anteriores conceptos en primer lugar hay que diferenciar entre los tipos de rasgos cuya identificación dará lugar al Yo ideal o al ideal del Yo, y esta diferencia radica en el tipo de rasgo, es decir, en su naturaleza, por ejemplo, si es del orden de lo sexual, sería por esencia algo que va a construir el ideal del Yo, así Lacan se refiere al ideal del Yo como lo que está orientado hacia lo que en el deseo del sujeto representa un papel tipificante, hecho de asumir la masculinidad o la femineidad.

Para ejemplificar esta situación tomemos la conducta sexual de un hombre hacia una mujer, si su conducta sexual hacia la mujer le hace sentir que él es el supermacho, esto le producirá una satisfacción narcisista de sentirse perfecto gracias a esa conducta que lo hará sentir que él es el falo, entonces esa conducta en particular ese rasgo, será el rasgo distintivo del Yo ideal. Si por el contrario, su conducta sexual hacia la mujer, él se ubica como un hombre y actúa de esa manera y se identifica con la conducta que pertenece a su sexo por pertenecer al grupo de los hombres, ese elemento será parte del ideal del Yo, es decir, por ser él un miembro del conjunto y no el conjunto mismo, su conducta sexual será una consecuencia y una insignia de su pertenencia, como consecuencia de tener esa insignia que es la conducta sexual, él pasa a ser un miembro más del grupo de los hombres, ésta es la diferencia entre tener el falo y serlo (Bleichmar, 1994).

Para concluir con el tercer tiempo del Edipo, tenemos que una vez aceptada la ley de prohibición del incesto que prohíbe al hijo yacer con la madre y a la madre le prohíbe reintegrar su producto y que les ofrece a los hombres la posibilidad postergada de acceso a otras mujeres.

“¿Pero cual es el objeto que se le ofrece a la mujer por renunciar al objeto de su deseo?. ¿Es acaso ese hijo que habrá de entregar a la cultura?” (Saal, 1998a, p. 24).

Ya que si algo encierra lo que se le ofrece a la mujer es una promesa de un hijo, pero es justamente ese hijo a lo que deberá renunciar para entregarlo a la cultura. La niña se presenta de entrada en el complejo de Edipo en su relación con la madre, y es el fracaso de esta relación con la madre lo que le abre la

relación con el padre con lo que quedará normativizado por la equivalencia de ese pene, que ella nunca poseerá con el niño que en efecto podrá tener y podrá dar en su lugar.

Por ello el complejo de Edipo le da acceso al pene que le falta por intermedio de la aprehensión del pene de la madre, ya sea, que lo descubra en algún compañero o lo descubra en el padre. Así la envidia del pene (*penisneid*) resulta ser la articulación esencial de la entrada de la mujer en la dialéctica edípica, presentándose bajo tres formas distintas desde la entrada hasta la salida del complejo de Edipo.

“Hay penisneid en el sentido del fantasma, ese anhelo, ese afán tanto tiempo conservado, a veces toda la vida, que el clítoris sea un pene... Hay otro sentido cuando el penisneid interviene en el momento en que lo deseado es el pene del padre... Finalmente en la continuación de la evolución surge el fantasma de tener un niño del padre, es decir, de tener ese pene bajo una forma simbólica” (Lacan, 1999e, p. 285).

Puede aclararse entonces que el padre es quien otorga el derecho a la sexualidad y como consecuencia se asume la identidad del ser sexuado, identidad acorde con la naturaleza anatómica de cada uno, es por ello que se debe entender el complejo de Edipo como una normativización y no como una normalización del Edipo, porque a través de la evolución del Edipo se llega a tener como identidad sexual aquello que anatómicamente se es, y entonces la normativización es la inscripción del sujeto en una norma de la cultura (Bleichmar, 1994).

4.5 ¿La mujer no existe.

Retomando nuevamente la castración en la mujer y el hombre con la cual se les promete lo que no podrá ser alcanzado, ya que cada sexo pretenderá del otro sexo el reconocimiento y la inalcanzable completud, porque cada quien espera del otro lo que el otro no tiene, ni puede dar.

Pero es la castración la que abre el acceso a la sexualidad, ya que sólo lo que es incompleto tiene abertura, tiene carencia y puede tener lugar para que algún objeto pueda instalarse allí, aunque sea con una inadecuación fundamental, es decir, como espejismo, porque sólo castrado, incompleto, el hombre puede dirigirse hacia la mujer y buscar en ella reconocimiento, pero también la mujer sólo castrada puede buscar al hombre y desear al hijo. Por lo tanto, la relación sexual esta presidida por la castración, pero en esta búsqueda se toparán los sexos con un abismo en busca del objeto que siempre será fugaz, será una búsqueda errada y errante, ya que será impresionante la diferencia entre el objeto amado y la identidad absoluta del objeto perdido. Y esta relación que resulta entre la castración y la sexualidad es lo que Lacan se refirió con la expresión *“no hay relación sexual”*. Aunque por supuesto que no se trata del acto sexual, sino de la

relación sexual, relación que ha de entenderse en el sentido de armonía, de complementación entre los sexos (Saal, 1998a).

En un intento de resolver el problema de las diferencias sexuales, Lacan a partir de esta disimetría, las diferencias las marcó por su ubicación en dos distintos lugares respecto al goce con lo que Lacan ajusta la teoría psicoanalítica al abordar el problema de la feminidad desde una teorización sobre los goces (Loyden, 1991).

La teoría del goce propuesta por Lacan es una constitución compleja que distingue tres modos de gozar. Aunque la palabra goce evoca comúnmente la idea de orgasmo, pero en la teoría lacaniana el concepto de goce no tiene referencia al placer orgásmico.

Y para dar paso a la teoría del goce, se debe recurrir a la tesis freudiana de la energía psíquica, en donde el ser humano está atravesado por la aspiración siempre constante y jamás realizada de alcanzar un fin imposible, el de la felicidad absoluta, felicidad que reviste diferentes figuras, ésta aspiración es la que se denomina como deseo, y que es originado en las zonas erógenas del cuerpo y que generan un estado penoso de tensión psíquica, ya que cuanto más intransigente sea la represión, más aumenta la tensión. Pero ante el muro de la represión, el empuje del deseo se constriñe a tomar simultáneamente dos vías opuestas, que son la vía de la descarga, a través de la cual la energía se libera y se disipa y la vía de la detención, en la cual la energía se conserva y se acumula en una energía residual, entonces una parte del deseo atraviesa la represión y se descarga en el exterior bajo la forma de gasto energético, que acompaña a cada una de las manifestaciones del inconsciente, como son el sueño, el lapsus o el síntoma y la otra parte, que no logra pasar la barrera de la represión y permanece en el interior del sistema psíquica y este exceso de energía es la que sobreexcitará las zonas erógenas y sobreactiva constantemente el nivel de tensión interna y por último se encuentra una tercera posibilidad, pero que es completamente hipotética e ideal, ya que jamás es realizada, que sería la descarga total de la energía, esta descarga se realizará sin el freno de la represión, ni de ningún otro límite. De esta manera Lacan apoyándose en Freud designa con el término goce, a tres estados característicos de gozar, que son el goce fálico, el plus de goce y el goce del Otro.

El goce fálico corresponde a la energía disipada en el momento de la descarga parcial y que tiene como efecto un alivio relativo incompleto de la tensión del inconsciente. Esta categoría de goce se llama fálica porque es el falo el límite que abre y cierra el acceso a la descarga.

La categoría del plus de goce corresponde al goce que permanece retenido en el interior del sistema psíquico y que el falo le impide la salida y este goce residual indicado por el adverbio de plus, es un exceso que incrementa constantemente la intensidad de la tensión interna.

Y finalmente, la última categoría, el goce del Otro, es un estado hipotético en el cual la tensión habría sido totalmente descargada sin el freno de ningún límite (Nasio, 1993).

Con toda esta teorización sobre el goce Lacan propone en 1973 en su seminario *Una carta de Almor*, bajo el nombre de *fórmulas de sexuación* un intento por atrapar el problema de las diferencias sexuales, con lo cual corta la necesidad de una definición previa sobre las diferencias entre los sexos y que no lo resuelve disolviendo el orden biológico, campo del que lo extrajo Freud para no regresarlo (Lacan, 1999h).

En el siguiente cuadro, se encuentran representadas las fórmulas de sexuación lacanianas, este cuadro se encuentra dividido en dos secciones, izquierda y derecha, ambas divididas en superior e inferior, siendo en esta última sección inferior que se plantean unas letritas, las cuales significan lo siguiente: la letra **a** se refiere al <<objeto a>>, el artículo ~~La~~ tachado, a la no existencia de La Mujer, las letras **S(A)** con la A mayúscula entre paréntesis tachada representa a la falta en el Otro con mayúscula, es decir que el Otro está castrado, y en la otra sección de la derecha se encuentra la letra ~~S~~ tachada que representa al sujeto dividido, es decir al sujeto que está en falta y que busca al <<objeto a>> y por último el símbolo $\overset{\circ}{\phi}$ que representa el falo. En tanto que las flechas son la representación de las formas de relacionarse entre los sexos.

$\exists x$	$\overset{\circ}{\phi}x$	$\bar{\exists}x$	$\bar{\phi}x$
$\forall x$	ϕx	$\bar{\forall}x$	ϕx
		$S(A)$ \downarrow La	
S ————— a ϕ ————— La			

Estas fórmulas definen sobre la izquierda un modo al que llamaremos hombres y sobre la derecha otro modo al que llamaremos mujer. Cada una de estas posiciones se caracteriza por una forma de relación con el objeto amado, siendo estas formas diferentes. Del lado izquierdo, Lacan inscribe al hombre, del que se puede decir <<todos los hombres>> porque existe uno que escapa a la ley común de la castración y la funda que es el padre simbólico y siendo la escritura el referente que permite otorgar valor a la unidad de las dos fórmulas. Entonces $\exists x \overset{\circ}{\phi}x$ indica la función del padre simbólico y el lugar desde donde se escribe y $\forall x \overset{\circ}{\phi}x$ el lugar del padre real como sujeto de la ley y el dominio de la articulación

simbólica de la escritura. Del otro lado del cuadro se inscribe a la mujer, la que vetará toda universalidad, en tanto pueden elegir de estar en el lado del falo o bien no serlo. Por eso será <<no - toda>>, indicando, que no todo <<x>> tiene la propiedad falo, por consecuencia no se puede decir <<La Mujer>>, con La, artículo definido para designar el universal, puesto que es <<no toda>>.

Por lo tanto, la mujer surgiría en el mundo desde lo real, esencialmente contingente, singular, incomparable, única, razón por la cual el hombre, como hombre se caracterizaría por tomarlas de <<una a una>>, ó de <<una a otra>>. Este sería el fundamento de la fórmula <<no hay relación sexual>>, ya que no se puede escribirse la relación sexual porque la <<x>> de la mujer surge de la contingencia y no de su inscripción en la ley como relación o proposición universal. Como relación sexual entre el hombre y la mujer, la relación sexual no podría escribirse porque sería sólo imaginaria.

Una vez establecida la diferente inscripción del hombre y la mujer Lacan explicó a su vez las relaciones diferenciales de uno y otro. Con lo cual el hombre, tendrá relación con el cuerpo de la mujer en tanto resto del fantasma erótico, llamado <<objeto a>> u <<objeto causa del deseo>>. Entonces la propuesta es que en realidad el goce del hombre no puede ser sino goce fálico, goce marcado por el significante, pero que nada puede saber del goce del otro sexo, del goce de la mujer. En cambio para la mujer no se plantea la relación con ningún fantasma erótico en el cual jugaría algún papel el hombre, sino que en lugar del deseo, la mujer se situaría en relación con la palabra (Dio Bleichmar, 1998 y Saal, 1998b).

Subjetivamente lo anterior se trata de sitios diferentes y no tienen que ver con la biología, ni con la anatomía necesariamente, ya que son consecuencia de un ordenamiento simbólico. Y es a partir de este ordenamiento simbólico que el sujeto se estructura en la diferencia como sujeto sexuado, diferencia establecida en el orden de la cultura y que se rebela como un malestar.

La sexualidad es por lo tanto, consecuencia de la organización significativa, sólo que ésta organización significativa es falocéntrica, porque el falo será la medida o parámetro para los dos sexos. Así, en el lugar de los hombres estarán los sujetos que dicen sí, a la función fálica, lo que los ubica de entrada como sujetos castrados, ya que, al acceder al goce fálico, éste pone un límite al goce absoluto, en tanto, en el lugar de la mujer, no hay en el Otro el significante que signifique su sexualidad y solo hay un elemento a partir del cual se estructura los dos lugares y ese elemento es el falo y cada sujeto se posesionará respecto a él.

Las consecuencias de esta disimetría son muy importantes, porque tanto hombres como mujeres participan de igual manera en el goce fálico, en la medida que dicen sí a la función fálica, pero del lado de la mujer es señalado que ella no es todo en el goce, pero al no ser toda en la función fálica, tampoco su goce se ubicará enteramente en el goce fálico.

Por tal motivo Lacan afirma que ~~La~~ mujer no existe, tachando el La, ya que sólo existen las mujeres, una por una pues no forman un conjunto cerrado (Loyden, 1991).

“ . . . La mujer sólo puede escribirse tachando La. No hay La mujer, artículo definido para designar el universal” (Lacan 1999a, p. 89).

Para que <<La mujer exista>> había que suponer el mito al menos una mujer que sea la excepción a la función fálica. Entonces tendríamos La mujer equivalente a Un padre y ella indicaría a todas las otras mujeres el lugar del goce equivalente al Padre simbólico, es decir a un goce inaccesible y prohibido sustraído la castración. En consecuencia se tendría al igual que para los hombres un límite impuesto a todas las mujeres desde el punto de vista de la función fálica, que entonces constituirían un conjunto universal, ya que si fuera el caso, eso supondría que ese La mujer intervendría de un modo equivalente al Nombre del Padre, en tanto, el significante fálico, es necesariamente único.

De esta manera sostener que ~~La~~ mujer no existe implica la ausencia de universalidad, en este sentido y sólo así no podría haber relación sexual entre hombres y mujeres, ya que para que hubiera relación sexual entre un hombre y una mujer, sería preciso que el hombre, en tanto elemento de una universalidad, entre en relación con la mujer, también ella elemento de una universalidad, sólo bajo esta condición podrá haber una relación en el sentido lógico del término.

“Este la es un significante al que le propio ser el único que no puede significar nada, y sólo funda el estatuto de la mujer en aquellos de que no toda es. Lo cual no nos permite hablar de La mujer” (Lacan, 1999a, p. 89).

Pero al ser la mujer <<no - toda>>, consecuentemente no hay relación sexual, al ser distinto el goce fálico de los hombres y el de las mujeres, su encuentro sexual se confirma la imposibilidad de una complementariedad de los goces, propia de lo imaginario de la relación sexual (Dor, 1996).

Se puede desprender de lo anterior que la feminidad puede ser en última instancia cosa de hombres, ya que son los hombres, los que han creado toda una mitología alrededor para llenar el hueco, la hiancia a nivel del significante. Entonces al no existir el significante que signifique a la mujer se jugaran una serie de imaginarios, los cuales buscaran taponear esa tachadura en el Otro.

Una mujer frente a la tachadura en el Otro [S(A)] siempre se enfrentara a una traba para asumirse en su feminidad.

“Solo hay mujer excluida de la naturaleza de la cosas que es la de las palabras” (Lacan, 1999a, p. 89).

Con lo cual, el problema de la feminidad resulta muy conflictivo, porque aunque ser madre aparece como una respuesta que una mujer puede darse a sí

misma, este ser mujer es sólo una solución momentánea, existiendo otra posibilidad que es ser el falo, es decir, el significante del deseo del Otro. El ser el falo es otra forma en que la mujer intenta solucionar el enigma que ella misma representa para sí.

“ . . . para ser el falo . . . la mujer va a rechazar una parte esencial de la feminidad, concretamente todos sus atributos en la mascarada. Es por lo que no es por lo que pretende ser deseada al mismo tiempo que amada. Pero el significante de su deseo propio lo encuentra en el cuerpo de aquel a quien se dirige su demanda de amor” (Lacan, 1995b, p. 674).

Sin embargo en esta posibilidad en que la mujer intenta ser el falo, no subsiste independientemente de la mirada del Otro. De esta forma la mujer busca su feminidad y cuando la encuentra estará relacionada con la perversión masculina, puesto que para un hombre una mujer estará fantasmaticada como “objeto a” y así se constituye en la mirada de su deseo (Loyden, 1991).

4.6 La feminidad en el juego de los imaginarios.

Para poder continuar es importante hacer un paréntesis a dos conceptos cruciales, los cuales son <<el fantasma>> y <<el objeto a>>.

Si se toma en cuenta que además de la represión y la sublimación el Yo opone otra obstrucción a las pulsiones sexuales las cuales siempre se dirige hacia su finalidad ideal, pero en su camino se encuentra con la oposición de las pulsiones del Yo, las cuales son *la represión, la sublimación y el fantasma*.

El fantasma es una barrera que el Yo opone a las pulsiones sexuales, el cual consiste no en un cambio de finalidad, como es el caso de la sublimación, sino en un cambio de objeto, ya que en lugar de un objeto real, el Yo instala un objeto fantasmaticado para detener el impulso de la pulsión sexual, el Yo contentará a la pulsión engañándola con la ilusión de un objeto fantasmaticado.

Para lograr fantasmaticar un objeto, el Yo debe incorporar primero adentro de él, el objeto real hasta transformarlo en un fantasma. Para ejemplificar ello, tomemos una situación ficticia, en la cual tenemos una relación con una persona que nos atrae y amamos, en primer lugar ésta persona es el objeto real hacia el cual se orienta la pulsión sexual, nuestro Yo ama a esa persona hasta incorporarla adentro de nosotros haciéndola de ella una parte de nosotros mismos.

Así nos identificamos con el ser amado que está ya en nosotros y entonces lo tratamos con un amor mas poderoso aún que el que le teníamos cuando era solo era un objeto real, y es entonces cuando la persona amada deja de estar afuera y ya vive en el interior de uno mismo, pero ya como un objeto fantasmaticado lo que mantiene y reaviva constantemente la pulsión sexual, de esta manera la persona ya sólo vive para uno como un fantasma, aun cuando a

ésta persona la seguimos reconociendo una existencia en el mundo de forma autónoma (Nasio, 1992).

Es así como el fantasma no es más que un engaño a la pulsión sexual, un punto límite, en pocas palabras es un pantalla que recubre lo real del objeto y con ella tratar de llenar el <<objeto a>>, el cual está perdido, perdido porque es un real imposible. Pero este objeto perdido es sólo una de las figuras posibles de esta de una respuesta que es llamada por Lacan <<objeto a>>. Éste objeto a es un agujero, un goce enigmático e innombrable proveniente del plus de goce, el cual es un exceso de energía residual inasimilable por el sujeto y éste exceso de tensión denominado <<objeto a>> puede adoptar las figuras corporales, visuales, auditivas, olfativas o táctiles que participaron en el encuentro deseante entre el niño y la madre, con lo cual el <<objeto a>> puede hacerse sentir como un determinado olor particular en una alucinación olfativa como la dulzura del contacto de la piel en una alucinación táctil o incluso hacerse oír bajo la forma del timbre inimitable de la voz materna en una alucinación auditiva y éstas formas se combinan en una infinidad de variantes, todas sensoriales, de imágenes alucinadas del deseo (Nasio, 1993).

Ahora retomemos nuevamente la relación de un hombre con una mujer, en la cual para éste, ella estará fantasmaticada como <<objeto a>>, de ésta forma en la medida en que una mujer es tomada en el deseo del hombre, entonces ella pasa a ser el falo por supuesto que es un falo imaginario, es cuando ella es su completud para ese hombre. Esta forma de relacionarse de una mujer con un hombre es de una forma muy débil, ya que se crea con ello una dependencia y una situación de fragilidad narcisista para la mujer.

Pero con ésta situación se puede dar una estrepitosa caída, cuando la mirada del hombre se desvía hacia otro lugar, es decir, cuando esa mirada se dirige hacia otra mujer, esto resulta catastrófico para ella y es muy posible que con ello vaya la mujer al encuentro de otras miradas que la confirmen en ese supuesto ser mujer.

Es por ello, que una mujer que es colocada en el lugar del <<objeto a>>, será fetichada, y es en ésta condición de fetiche que la mujer se ve deseada por el hombre, pero no como un ser sexuado, sino como un objeto parcial, como una parte desprendida del cuerpo, lo cual la reduce a nunca ser una mujer como un Otro, como un sujeto semejante al hombre.

Es en ésta mirada masculina que mira a la mujer, en la que ella misma se observa, pero desde el ojo del Otro, porque la mujer coloca al hombre en el lugar del Otro, y esto proviene desde la mujer era niña, en donde lo que ella ve, estuvo siempre impregnada de la mirada que provenía del Otro, de ese gran Otro que ha sido la madre. Así lo que la mujer ve en los otros, no es más que la mirada del Otro.

Es ese Otro el que le da a la niña el lugar en su propio deseo, en el cual ella aparece como insuficiente para ser el falo por ser mujer, es aquí donde el Yo es la imagen del Otro, en donde la niña aprende a reconocerse, y donde queda atrapada, es en ésta alienación donde se encuentra el deseo del Otro.

Es ésta imposibilidad de la niña de ocupar el lugar del falo para la madre, pasará más tarde en escena el padre, en el momento edípico, cuando surgirán en la pequeña la coquetería y la seducción, en donde ella buscará algo que le falta, en diferentes formas quizás como ¿el falo?, ¿el hijo? ó ¿algo más? y eso será el lugar de su demanda.

Después aparecerán la mirada de los demás y esto será un hecho singular en el narcisismo femenino, ya que ella erotizará y narcizará todo su cuerpo, creando una gran dependencia de la mujer en el espejo de la mirada de los que la rodean, peligrando caer con ello en una identificación alienante, como es el caso de la histeria.

Es por ello que el hombre se orienta hacia el encuentro de una mujer de valor fálico, lo que le permite evadir con ello su propia castración, y la mujer en esto será su cómplice identificándose a eso que le falta al Otro y haciendo brillar los atributos que le confiere ese valor. Porque el hombre en su economía sexual, no puede prescindir en su fantasma del objeto - fetiche que cause su deseo y es la mujer quien se presta y es soporte de ese fantasma y en la medida que su valor narcisista se ve incrementado, ella gustará de ese juego y pasará a ser alabada, amada y hasta venerada como una diosa, la cual será puesta en un altar.

Este es el punto en donde toma sentido la pasividad femenina señalada por Freud, al hacerse mirar, al hacerse amar, lo cual no es más que la cristalización de la causa del deseo. Pero la mujer al mismo tiempo al prestar su cuerpo - objeto - fetiche para la escenificación masculina de su fantasma pondrá una distancia necesaria a fin de no perturbar la lógica del deseo del hombre y es esta escenificación fantasmática se pondrá en juego una mascarada, la cual es el fantasma, que en lo imaginario de la cultura, está establecido como el misterio de lo femenino, es exactamente lo que se cultiva en los burdeles, por tanto, es que la mujer aparece velada, cubierta a medias para dejar el resto a la imaginación y éste velo es lo le aporta un valor fálico al cuerpo de la mujer (Loyden, 1991).

Pero una mujer no es un objeto parcial, aunque venga a ocupar el lugar del <<objeto a>> en la forma del fantasma masculino. Este desencanto entre un hombre y una mujer está marcado en la fórmulas de sexuación lacanianas, en tanto, el hombre se relaciona como sujeto con una mujer como <<objeto a>> de su fantasma y ella se relaciona con él, como falo, pero como no - toda. Pues ni esa mujer, ni ese hombre están en la pareja por lo que creen ser, sino que representan al Otro, ya que una mujer nunca entrará en la relación sexual, sino como madre, estableciéndose así una relación a partir de la cual no hay relación sexual, salvo la incestuosa.

De ésta manera, una mujer tiene que responder si ella es o no La mujer, que un hombre busca siempre en cada mujer, porque él no se resignará a aceptar que La mujer no existe.

Ya que el hombre no quiere saber nada acerca de la cuestión que encubre la búsqueda de La mujer, la cual vela la pregunta por el falo que ella deberá encarnar, ya que el hombre está casado con su falo y él no tiene otra mujer más que eso, y ella pretenderá advenir ese lugar, en donde el narcisismo femenino se nutrirá de la posibilidad fantasmática de hacer brillar una escénica fálica ante la mirada de un hombre a la castración simbólica, es por ello que la pasividad en el inconsciente representa un modo incompleto a la feminidad, y por tal motivo es el acto activo de proponerse como objeto del deseo, identificándose con lo que falta.

Pero en la vida amorosa del hombre se da la disociación y la degradación al producirse el enfrentamiento de la imagen de la Madre con la de la Prostituta y la correspondiente escisión de la ternura y la sensualidad. Y cuando llega a vincularse con una mujer a esta la dividirá en dos, tratando de amalgamar en forma inestable tanto a la Madre como a la Prostituta (Braunstein, 1998).

“Si el hombre encuentra en efecto como satisfacer su demanda de amor en la relación con la mujer en la medida en que el significante del falo la constituye ciertamente como dado en el amor lo que no tiene inversamente su propio deseo del falo hará surgir su significación en su divergencia remanente hacia “otra mujer” que puede significar ese falo a títulos diversos, ya sea como virgen o como prostituta” (Lacan, 1995b, p. 674).

Parecería que con lo anterior se ha terminado con todo lo que se podía argumentar en torno a la construcción psíquica de la mujer en la obra de Sigmund Freud abordando además a un refinamiento con la perspectiva lacaniana, pero lo que aparenta ser el final de la discusión, no es si no el comienzo de la misma, ya que en este momento se pasará a la discusión sobre la mujer en la obra de Freud partiendo precisamente en lo que se empeño la escuela lacaniana, es decir, retomar los principios básicos del psicoanálisis, que en la histeria podemos encontrar estas bases, siendo en la experiencia clínica donde Freud, se encontró siempre con la mismas preguntas por parte de sus pacientes femeninas: <<¿qué ser una mujer?>> ó <<¿cómo se construye la feminidad a partir de un solo significante para ambos sexos?>>. Siendo el caso Dora donde se encierran las respuestas a estas incógnitas.

4.7 Dora, la falta en lo simbólico.

4.7.1 Retorno a Freud: histeria y feminidad.

La histeria como el psicoanálisis parten de una discrepancia entre lo real y lo simbólico, de un desajuste que obliga a pedir ayuda a lo imaginario. El efecto es que lo real desaparece bajo la fortaleza imaginaria de la neurosis, mientras que lo

simbólico queda rezagado en dos aspectos cruciales como lo son la función del padre y el problema de convertirse en mujer.

De esta forma la obra de Freud puede verse como un intento reiterado de dar respuesta al enigma de como una mujer se convierte en mujer y descubrir el papel del padre en ese proceso. Así la teoría desarrollada por Freud a lo largo de cuatro décadas dio los mismos giros y rodeos que el tratamiento individual de una paciente histérica. Cada vez que pensaba Freud haber llegado a la solución con respecto a la histeria, la paciente histérica le demostraba la insuficiencia de su planteamiento, por lo tanto el camino seguido por Freud lo hacía volver inevitablemente a su punto de partida en lo real traumático como base de la histeria. En su teoría, Freud siguió las elaboraciones imaginarias de la histérica hasta sus últimas consecuencias y una de estas ideas fue la envidia del pene, porque éste era el único modo de ir más allá del atolladero de la histeria.

En la antigüedad las teorías desarrolladas respecto a la histeria giraban entorno al útero. Hipócrates, Galeno y Paracelso quienes cada uno de ellos habían propuesto sus teorías, pero la explicación más explícita se encuentra en Platón quien se refería a la matriz como un animal que anhela engendrar hijos. Y que si permanecía estéril durante mucho tiempo después de la pubertad, se sentía afligida y gravemente perturbada y deambula en el cuerpo, cortando el paso al aliento, e impidiendo la respiración y provocando una aguda angustia y también todo tipo de enfermedades (Verhaeghe, 1999).

Pero Freud fue el primero que escuchó, pero no solo escuchó, sino que también oyó, oyó la significación metafórica de lo que denominó síntomas histéricos de conversión, es decir una energía endógena que investía a un grupo de representaciones psicosexuales, lo cual podía conducir a una abreacción normal ó a una regresión al lugar de origen, que era el cuerpo. Más tarde esta teoría del <<reenvío del cuerpo>> evolucionó hasta convertirse en un concepto técnico, ya que en lugar de una <<supresión>> pasó a haber una <<represión>>, y con ello había nacido la teoría de la represión.

“Las excitaciones correspondientes se siguen produciendo como antes, pero un estorbo psíquico les impide alcanzar su meta y las empuja por otros caminos hasta que consiguen expresarse como síntomas” (Freud, 2000w, p. 217).

Con esta temprana teoría, Freud estuvo más cerca que sus predecesores, cuatro mil años antes, pero ellos habían contado con una gran ventaja, que era el útero como órgano independiente de orden femenino. Habiendo forjado un significante para La mujer, como un equivalente al falo, aunque permanecía en el registro de lo imaginario, y fue precisamente la falta de ese significante lo que obligó a Freud a desarrollar una y otra vez su propia teoría.

En sus primeras formulaciones Freud encontró la causa de la histeria en un conflicto interno, el Yo reprimía cierto contenido penoso y de tal modo imposibilitaba la abreacción. Freud avanzó un poco más, ya que en su teoría

mencionó que existían tres capas de material psíquico en los casos de histeria. Estas tres capas están agrupadas alrededor de un núcleo traumático patógeno. La primera capa contiene un ordenamiento puramente cronológico del material, ilustrado a la perfección por Ana O., quien podía recordar bajo hipnosis todos los acontecimientos que desembocaron en su síntoma, en orden exacto, pero invertido. La segunda capa es una estratificación concéntrica del material patógeno en torno al núcleo, en la cual el grado de resistencia es inversamente proporcional a la proximidad al núcleo. La tercera capa es la más importante, porque es un ordenamiento según el contenido del pensamiento, es el enlace a lo largo de líneas lógicas que llega hasta el núcleo.

“No es raro que la histeria corriente hallemos, en lugar de un gran trauma, varios traumas parciales, unas ocasiones agrupadas que solo en su sumación pudiera exteriorizar efectos traumáticos y forman una trama en la medida en que constituyeron los capítulos de una historia de padecimientos” (Breuer y Freud, 2000a, p. 32).

En otras palabras, el inconsciente está ordenado, en donde las representaciones están vinculadas entre sí de una manera precisa, es decir esto se refiere al redescubrimiento lacaniano del inconsciente está estructurado como un lenguaje. La primera capa es la diacrónica y la segunda proporciona sincronía de todos los significantes, pero el punto que más dificultades suscita en esta teoría es la tercera capa, porque para Freud, la capa del significado, en donde estaba el deseo como reprimido por el paciente.

Pero la pregunta más importante recaía sobre el contenido del núcleo, el cual estaba envuelto por las tres capas. Su característica esencia de este núcleo, es que no hay palabras para describirlo, no las encontraba Freud, ni tampoco sus pacientes, a quien él animaba a que lo verbalizarán. Lo que se trataba no era otra cosa que lo real lacaniano, el registro que no puede ponerse en palabras.

Empleando el método hipnocatártico, Freud supuso que en cuanto lograra evocar el complejo representacional ausente, liberado y abreactuado consecuentemente el afecto concomitante, esas representaciones ausentes ingresarían en las cadenas asociativas normales cada síntoma sobredeterminado era el punto de aplicación a través del cual podía rastrearse la senda de los recuerdos patógenos. A continuación resultaba posible abreactuarlos y el síntoma desaparecía.

“La reacción del dañado frente al trauma solo tiene en verdad un efecto plenamente <<catártico>> si es una reacción adecuada ... pero el ser humano encuentra en el lenguaje un sustituto de la acción, con su auxilio el efecto puede ser <<abreaccionado>> casi de igual modo” (Breuer y Freud, 2000a, p. 34).

Pero subsistía un pequeño problema que era que la histérica seguía produciendo recuerdos traumáticos. Cada vez que Freud penetraba hasta dos de ellos, surgían otros cuatro, por ejemplo Emmy von N., puso en evidencia esto,

como consecuencia de la catarsis terapéutica, el estrangulamiento patológico de un afecto no resultaba liquidado, sino desplazado interminablemente, la idea de la catarsis o la abreacción no eran entonces totalmente correctas.

Con lo cual, las teorías de la abreacción y la catarsis desaparecieron silenciosamente, y el fracaso de la defensa histérica no se debía a la imposibilidad de descargar el recuerdo de un trauma externo. La defensa histérica fallaba porque tenía que realizar un compromiso entre el deseo y la representación de ese deseo y esto resultaba muy fácil de verificar en la práctica clínica, ya que todas las representaciones incompatibles de las pacientes contenían un deseo sexual que ellas no podían asumir y el conflicto era inevitable.

“Las sexualidad desempeña un papel principal en la patogénesis de la histeria como fuente de traumas psíquicos” (Breuer y Freud, 2000^a, p. 23).

<<¿Pero, por qué un deseo sexual?>>. Esto era porque Freud partió del supuesto de que la histeria se originaba en un trauma infantil y la sustancia de este trauma era una escena de seducción sexual que en su momento el niño podía no haber entendido como deseo sexual y con esto comenzaba a clarificar la comprensión de la sexualidad infantil. Freud pensó en la seducción de la niña por un <<tío>>, aunque en realidad siempre se trataba como trauma casual, pero lo que finalmente descubrió fue <<el fantasma de la seducción>>.

“En primer término se sitúa la influencia de la seducción que trata prematuramente al niño como objeto sexual” (Freud, 2000^w, p. 173).

Freud encontró que la solución que daba la histérica estaba en una particular fuente de producciones inconscientes hasta entonces desatendidas como lo era <<el fantasma>>. Casi incidentalmente Freud encontró que esos fantasmas por lo general se refieren a cosas oídas por los niños a temprana edad y sólo comprendidas más tarde. Así el primer par de descubrimientos importantes estaban incluidos, por un lado estaba lo real y por el otro, el haber podido comprender la elaboración, en lo imaginario o en lo simbólico.

Las conexiones entre los fantasmas y las experiencias de la infancia estaban construidas por lo que Freud denominó <<palabras conectoras>> las cuales son conexiones de palabras y es el significante que conecta al sujeto con sus días de infancia. Además Freud había descubierto que todos los síntomas histéricos son un llamado al Otro. Así los mareos y accesos de llanto son todos dirigidos a otra persona, pero sobre todo a la otra persona prehistórica inolvidable, a la que nadie ha podido después puede igualar. Después Freud descubrió que las altas normas de amor que establece la histérica y que inevitablemente la llevan a la satisfacción, provienen de la imagen idealizadora del padre, con la que ningún otro hombre puede equipararse.

Con ello el poderoso padre de la infancia en la teoría de Freud, había tenido un cambio considerable, ya que en lugar del seductor apareció su imagen

idealizadora como amante. Pero para poder explicar el desarrollo de la verdadera histérica en el sentido freudiano, falta aún un elemento importante, la construcción de síntomas por medio de la identificación que está vinculada por fantasmas, es decir, con su represión en el inconsciente.

Freud escribió en su artículo *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*: “la doctrina de la represión es ahora el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis” (2000d, p. 15). Por lo tanto, << ¿por qué una histérica imponía a sus recuerdos desagradables una represión tan excesiva que llegaba a causarle una escisión psíquica, mientras que este no era el caso de una persona normal?>>.

En una paciente histérica que ha experimentado un trauma sexual en su infancia, en la posición de víctima pasiva, en el momento en que ocurrió el episodio, no hubo ninguna reacción porque la niña no comprendía el significado de los hechos y el recuerdo es conservado como neutro, sin ninguna señal de displacer, y se reactiva durante una segunda escena ulterior, en la época de la pubertad. Sólo con ésta segunda escena se desencadena el displacer de la escena originaria, todo complejo es entonces reprimido, generando síntomas de conversión que funcionan como símbolos mnémicos sobredeterminados, por lo que la mitad del secreto de la amnesia histérica se descubre, en la cual los histéricos no saben lo que no quieren saber y el tratamiento psicoanalítico intenta llenar esas lagunas de la memoria, al tratar de recuperar esos secretos perdidos pero en ello se tropieza con una cierta resistencia. De esta manera había nacido el análisis de las resistencias.

Esta teoría fue elevada a otro nivel cuando Freud complementó la idea del trauma con la del fantasma y de la sexualidad infantil. <<¿Pero como podemos entender el displacer del primer trauma, siendo que el carácter displaciente y traumático de la primera escena sólo se pone de manifiesto al ser disparado por el segundo trauma?>>. Esto planteaba un problema, el cual si la experiencia original en sí era displacentera, <<¿por qué no era reprimida en su momento?>>. Freud no supo responder a estos interrogantes, después de haber descubierto la sexualidad infantil, ésta argumentación quedaba sin sustento, porque el niño experimentaba placer con su forma de sexualidad, y con ello se desmoronaba la base misma de la teoría de la represión, puesto que no había displacer, tampoco podía haber represión.

El descubrimiento de la sexualidad infantil, fue el punto de partida de una teoría distinta de la represión. A lo largo de su desarrollo, el niño hace uso de varias zonas no genitales, como la boca y el ano, para obtener satisfacción y Freud retomó lo que Charcot le había dicho sobre las zonas histerógenas y pronto descubrió la relación entre ambas concepciones.

“Cualquier otro sector del cuerpo puede ser dotado de la excitabilidad de los genitales y elevarse a la condición de zona erógena. Las zonas erógenas e histerógenas exhiben los mismos caracteres” (Freud, 2000w, p. 167).

La histeria se convirtió entonces en el negativo de la perversión, por volver a las zonas erógenas infantiles que debía haber sido abandonadas en el curso de un desarrollo normal. La actividad placentera que producía esas zonas estaba acompañada de fantasmas, de esta manera lo reprimido era precisamente esos fantasmas.

La segunda teoría de la represión puede resumirse de esta forma, un niño desarrolla por sí mismo el deseo de placer y obtiene satisfacción a través de ciertas zonas erógenas no genitales, ésta satisfacción está acompañada por fantasmas, cuando alcanza la etapa genital, hay que reprimir el complejo anterior. En los periodos posteriores de la vida este complejo puede reactivarse y exigir una nueva defensa, el eventual fracaso de ésta defensa da origen a una irrupción patológica.

Una vez establecida esta teoría se puede formular las siguientes preguntas: <<¿por qué se produce la represión?>>, <<¿por qué un niño reprime un fantasma que le procura placer?>>, <<¿dónde se origina el conflicto que obliga a una niña a reprimir una actividad fantasmática satisfactoria y más tarde como joven mujer, a repetir este proceso en un segundo conflicto?>>.

La teoría que hasta este momento se ha expuesto no puede responder a estos interrogantes, porque en un sentido práctico, la represión implica una agencia represora y por lo tanto una resistencia, ya que si se quiere llegar al material reprimido, se tiene que destruir esta resistencia. Esto resulta rápidamente en una de las muchas degradaciones del psicoanálisis, en este caso, el análisis de las resistencias y Freud tomó este camino y el análisis de Dora, lo ejemplifica, pero no dejó las cosas en este punto y el mismo análisis demostró porque.

La teoría de la represión y la histeria, tal como se ha bosquejado hasta este momento, siguen careciendo de algo, además del problema del motivo primario, <<¿cuál es su relación con los descubrimientos anteriores de Freud?>>. Tanto lo real como núcleo traumático, el padre como figura de identificación en el fantasma, la angustia primaria como base, la elaboración psíquica inadecuada de las escenas o los deseos infantiles, todo esto parece hacer desaparecer del contenido manifiesto (la represión).

Resulta entonces oportuno considerar el contenido latente: La mujer, igual que en todo análisis este contenido latente resulta una sorpresa total, ya que Freud había demostrado que la omisión es el principal mecanismo de la censura que opera entre el contenido manifiesto y el contenido latente, lo bueno es que los contenidos omitidos vuelven con insistencia.

4.7.2 La mujer como real traumático, la defensa primaria.

Freud tenía la idea de que la histérica presuponía una experiencia primaria de displacer, es decir de naturaleza pasiva, ésta pasividad natural sexual de las mujeres es lo que explica su mayor inclinación a la histeria. Aunque Freud nunca abandonó ésta idea, continuo luchando con ella, así como encontró que también en los varones la histeria procede de una escena experimentada pasivamente, en otras palabras, en toda psiconeurosis se inicia con una experiencia de pasividad displaciente que ha sido rechazada por medio de una defensa.

Con esta concepción de pasividad y feminidad intentaba abordar como expresar la diferencia entre los hombres y las mujeres desde un punto de vista psicológico, la dificultad de Freud no estaba en diferenciar a la mujer y el hombre, sino en definir la feminidad. La única solución fue con la que él nunca estuvo totalmente satisfecho, que era su primera respuesta a este problema, la cual desde el punto de vista psicológico, la feminidad sólo puede representarse a través de otra idea que ocupe su lugar, lo cual era la muy cuestionada idea de la pasividad.

“Es indispensable dejar en claro que los conceptos <<masculinos>> y <<femeninos>>, que tan unívocos parecen a la opinión corriente, en la ciencia se cuentan entre los más confusos... se les emplea en el sentido de actividad y pasividad... y es el que casi siempre se aplica en psicoanálisis” (Freud, 2000w, p. 200).

Con lo cual, pudo unir la histeria, la pasividad y la feminidad, resultando entonces que toda neurosis comienza en una escena traumática pasiva que es experimentada como displaciente, entonces pasividad significa feminidad, por lo tanto en núcleo de lo reprimido es la feminidad, resultando que en la economía psíquica no parece haber lugar para la mujer.

En esa época, Freud había hallado que existía un núcleo imposible de elaborar psíquicamente y que daba origen a la angustia como única reacción posible. Esto fue caracterizado por Lacan como lo real, el cual se encuentra constituido más allá del significante y que Freud descubrió que ese algo era siempre de naturaleza pasiva, displaciente y traumática, en pocas palabras, pasiva y femenina, por lo que ésta pasividad pasó a ser un significante sustituto de la feminidad, porque ni siquiera Freud encontró palabras adecuadas para definirla. En otras palabras, lo real traumático para lo cual no hay ningún significante en lo simbólico, es la feminidad y Freud había encontrado la falta en el sistema simbólico en el cual no hay ningún significante para La mujer.

Resumiendo entonces, el material psíquico está ordenado e inscrito en un guión que cambia en los periodos de la vida, es decir el aparato psíquico se desarrolla mediante un proceso que supone una sucesión de capas, y durante el cual el material ya adquirido es transcrito/traducido a una nueva forma de expresión. La traducción al lenguaje del periodo siguiente se produce en el límite

entre periodos sucesivos de la vida, pero existe una excepción con parte de este material que no es traducido, una ausencia de traducción y esto es lo que se conoce como represión.

Esta idea freudiana permitió avanzar un poco más, la conversión de lo que no es psíquico a lo psíquico es seguida por un desarrollo en el seno de este procesamiento psíquico, por lo que Freud retomó la estructura de las tres capas presentada en los *Estudios sobre la histeria* en 1895.

El trauma que está en la base de la histeria <<la escena>> pasiva displaciente, es decir la feminidad, debía ubicarse fuera o más allá de todas las formas de elaboración psíquica. El primer paso de ésta elaboración era la construcción de una representación límite después de lo cual tiene lugar una elaboración defensiva adicional, ésta defensa primaria por medio de un significativo límite puede conceptualizarse como lo que Freud llamó represión primaria, algo que al principio aparece como fijación primaria, es decir que algo queda fijado, situado fuera del reino de la psique. La única reacción posible consiste en la elaboración mediante el material límite que sustituye a ese <<algo>> y que más adelante puede convertirse en un blanco apropiado para la represión como tal, de modo que la represión primaria puede entenderse como el dejar atrás a La mujer en lo real.

4.7.3 La imaginación de una falta.

La defensa primaria apunta a cerrar un agujero, llenar una brecha, esta representación límite erigida como defensa, evolucionará en construcciones psíquicas cada vez más complejas, que tienen todas la misma función, es decir el procesamiento psíquico de lo real traumático. De esta manera Freud asoció la histeria con respecto a los fantasmas y reconoció el punto que no advirtió en la solución de la histeria, es decir el descubrimiento de una fuente desde la cual surge un nuevo elemento de producciones inconscientes que son los fantasmas histéricos. Freud observó reiteradamente que los fantasmas, como construcciones neuróticas típicas, elaboran una comprensión posterior de lo que originalmente no fue comprendido, esto es, que proporciona una elaboración ulterior de la representación límite en la estructura de lo real traumático.

La histérica apela a lo imaginario para tratar con lo real, todo síntoma histérico es una representación imaginaria de lo real, como una superestructura levantada sobre lo real. Esto implica que la histeria comienza en la confluencia de lo real y lo simbólico. Lo real no entra completamente en lo simbólico y lo simbólico presenta una falta en relación con este real, por lo que la elaboración defensiva en la estructura histérica se produce a través de lo imaginario, que predomina sobre lo real, al mismo tiempo la estructura completa de los tres registros demuestra que lo imaginario está sujeto a lo simbólico, por lo tanto una solución en los términos de lo imaginario está condenada al fracaso, lo imaginario tiene que producir una respuesta a la falta en lo simbólico, como lo imaginario

está en sí mismo determinado por lo simbólico, en el registro imaginario reaparece la misma falta.

Es por ello, que la paciente histérica lo sexualiza o erotiza <<todo>>, ésta es una consecuencia directa del imperativo de tratar con lo traumático real en lo imaginario, todo síntoma histérico es un intento de responder a la pregunta de que es una mujer. La falta de una respuesta simbólica genera una serie creciente de respuestas imaginarias.

Como sistema, lo simbólico se basa en el falo y no contiene ningún significante para la mujer, la determinación de lo imaginario por lo simbólico implica que también lo imaginario está basado en el falo. Así en la histeria, la etapa genital es dominante porque es en ella donde se siente la falta, es precisamente ésta brecha lo que la histeria intenta cerrar, puesto que la mujer carece de falo, lo faliciza todo.

“En este cambio de la zona erógena rectora, así como en la oleada represiva de la pubertad, que así decir, elimina la virilidad infantil, residen las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis” (Freud, 2000w, p. 202).

Este <<todo>> incluye también el reino pregenital, lo cual explica que el aspecto oral pueda ser tan abarcativo, pero se trata de una oralidad falicizada posteriormente. Y mientras el analista emplee su conocimiento analítico para producir interpretaciones, la estructura histérica no retrocederá ni un centímetro, a pesar de que la paciente a menudo confirma esas interpretaciones y el mejor ejemplo de todo esto sigue siendo el caso Dora.

<<¿Pero como puede explicarse este hecho?>>. Puesto que en un sistema fantasmático histérico, es en sí mismo una interpretación masiva de la relación entre lo simbólico y lo real, aunque desde un punto de vista imaginario, cualquier intento del analista que tienda a complementar <<la comprensión histérica>> de lo que originalmente no fue comprendido con su propia comprensión analítica, producirá interpretaciones que sólo pueden lograr la confirmación de un imaginario congelado, con lo cual es imposible llegar al punto final de una cadena de asociaciones, al trauma real que está más allá de ellas, la histérica no puede ni quiere alcanzar ese punto último, en lugar de ello, desea producir una respuesta a la falta original con sus producciones imaginarias.

Por lo mismo, Freud consideró al principio esos fantasmas como obstáculos, como barreras defensivas en el camino hacia el núcleo, después de haber renunciado a la teoría de la seducción traumática, Freud ubicó en ese núcleo los impulsos sexuales infantiles, abrió de tal modo una nueva perspectiva para el desarrollo de lo imaginario defensivo, es decir las zonas erógenas. De ésta manera el desarrollo de la psique sigue el desarrollo de las zonas erógenas, lo impulsos que se originan en esas zonas erógenas son elaboradas posteriormente en fantasmas.

Estos fantasmas provienen de las zonas erógenas dejadas atrás especialmente la boca y el ano, durante la infancia, esas zonas del cuerpo se utilizan para obtener placer. Los fantasmas deben ubicarse en una serie que va desde los autoeróticos hasta heteroeróticos. La histeria comienza con lo real traumático y puede entenderse como un intento de elaborarlo psíquicamente por medio de lo imaginario, esta elaboración se inicia en una representación límite y continúa con los fantasmas. Los fantasmas heteroeróticos de la histérica se dirigen al Otro, en especial al padre, exactamente el punto final de la elaboración defensiva por lo imaginario es la identificación con un hombre, para la histérica la respuesta final a la falta de un significante para la mujer está en una identificación con el hombre - padre.

Esto implica, que finalmente la histérica enfrenta una segunda serie de representaciones incompatibles, un segundo conflicto. Estos dos conflictos se pueden definir con represión, el conflicto psicosexual que está en la base de toda histeria tiene que ver con la identidad sexual. En primer lugar hay una oposición entre lo real y lo simbólico, debido a la falta en lo simbólico de un significante específico con el cual la mujer pueda identificarse a partir de lo real, en realidad sólo hay una laguna que genera angustia. La solución, una elaboración imaginaria que desemboca en un segundo conflicto, ya que siendo mujer, la histérica se identifica con un hombre, es decir la defensa contra el primer conflicto, es una defensa primaria o represión primaria y con el segundo conflicto la defensa se vuelve represión propiamente dicha.

La elaboración imaginaria del primer conflicto psicosexual concluye en una activada sexual masculina, en la cual el clítoris se convierte en equivalente del pene, esto tiene que cambiar en la pubertad, de ésta forma la principal distinción entre los sexos surge en la pubertad, cuando las niñas en el desarrollo normal son invadidas por una repugnancia sexual no neurótica y los varones por la libido, pues en ese periodo otra zona sexual se extingue totalmente o en parte en las mujeres y persiste en los varones, es decir la zona genital masculina la región del clítoris en las niñas en la cual durante la infancia se presenta concentrada en la actividad sexual tanto en las niñas como en los niños.

La primera de estas menciones está relacionada con el análisis de Dora, en cuyo conflicto corresponde a la oposición entre la tendencia masculina y la tendencia femenina. Por lo que Freud sostuvo que la represión se vuelve posible mediante la interacción de dos corrientes sexuales, lo que lo llevo a una nueva idea, la idea de la bisexualidad.

4.7.4 La monosexualidad: no hay relación sexual.

Durante las primeras etapas de su desarrollo, tanto el varón como la niña toman distancia respecto de lo que no puede expresarse en significantes, lo cual es lo pasivo femenino. Esto llevó a Freud a la siguiente conclusión *“la actividad autoerótica de las zonas erógenas es sin embargo la misma en ambos sexos y debido a esta uniformidad no es posible trazar una distinción entre ellos como la*

que surge después de la pubertad” (Freud, 2000w, p. 200). Todo ser humano comienza su vida con un sólo género; la infancia está marcada por la monosexualidad, en otras palabras, hay un sólo significante para ambos sexos y este significante es el falo.

Este hecho tiene consecuencias enormes, ya que si en lo simbólico hay un sólo significante para la diferencia sexual, la sexualidad dentro de lo simbólico es fundamentalmente sin ninguna relación, en el seno de este marco conceptual debe entenderse uno de los más provocativos enunciados de Lacan: <<No hay relación sexual>>. En efecto porque para que haya una relación se necesitan dos términos diferentes que puedan relacionarse, en este sentido, la muy cuestionada proposición de Lacan concuerda totalmente con Freud y puede leerse como parte del retorno a Freud.

Sin embargo durante este período Freud a menudo se refirió a la bisexualidad como factor determinante en toda neurosis, y es bien sabido que la idea se había originado con Fliess, pero <<¿cómo podía esta idea conciliarse con la monosexualidad?>>. Lo cual era mucho más fácil de lo que parecía, ya que desde el principio Freud y Fliess tuvieron opiniones muy distintas sobre lo que podría ser la bisexualidad, ya que Freud no había aún tratado de aplicar la hipótesis de Fliess y observó que ella estaba en oposición con sus propias ideas, porque la teoría de Fliess no era más que la idea clásica de la complementariedad bajo un nuevo disfraz en la cual todo ser humano tiene un género dominante y un complemento reprimido, en todo hombre hay una mujer en latencia y viceversa en toda mujer hay un hombre latente.

Pero Fliess reemplazó el concepto de bisexualidad por el de bilateralidad, con lo cual subrayaba este aspecto de complementariedad, en este punto Freud rompió definitivamente con Fliess y Freud siguió usando el concepto de bisexualidad, pero sin ninguna referencia a la complementariedad. Para él, el problema seguía siendo el mismo, <<¿cómo se genera una identidad femenina basada en un desarrollo en el cual sólo hay lugar para la masculinidad?>>.

Resulta bastante extraño que en el período posfreudiano haya prevalecido la concepción de Fliess aunque atribuida a Freud, así como la homosexualidad latente como base de la neurosis siguió siendo entendida en términos de andrógina, con lo cual un neurótico es alguien que no ha reprimido suficientemente su lado femenino ó su lado masculino y en este sentido una histérica no es más que un hombre frustrado y un histérico es un hombre feminizado. Y con ello había desaparecido la idea de Freud sobre la problemática fundamental de la identidad femenina como tal.

Se suponía que la monosexualidad hasta la pubertad seguida de una <<repugnancia sexual no neurótica>> hacía desaparecer la corriente masculina - fálica de la niña, <<¿pero esto implica que después de la pubertad se establece una diferencia genérica simbólica definida?>>. Pero Freud nunca dio una respuesta directa a esta pregunta, en cambio se remitió siempre a la siguiente

experiencia clínica: “*el hecho de que las mujeres cambian su principal zona erógena de este modo junto con la ola de represión en la pubertad, con la cual, por así decirlo, hacen a un lado su masculinidad infantil, son los principales determinante de su mayor proclividad a la neurosis y específicamente a la histeria*” (Freud, 2000^w, p. 202).

De modo que parecía casi evidente de por sí, que la mujer está casi predestinada a volverse neurótica, y como si esto no fuera lo bastante explícito, Freud añadió inmediatamente después que esa era una cuestión ligada a la esencia de la feminidad (Freud, 2000^t).

Porque según Freud en primer lugar el desarrollo normal de la feminidad pasa por la represión de la sexualidad masculina. Y en segundo lugar, no se trata que las pacientes histéricas fracasen en este proceso, sino de que lo recorren de un modo excesivo, en comparación con una niña común que quiere convertirse en <<una>> mujer, la histérica quiere ser la <<La>> mujer y es allí donde las cosas se complican.

4.7.5 Un círculo vicioso para la mujer.

Recapitulando, la histeria comienza con una experiencia primaria con la que la psique no puede tratar, el intento de elaboración defensiva se inicia con significantes límites y continúa con fantasmas. Esta experiencia primaria puede ser entendida como lo real traumático, según se lo ve en relación con la falta en lo simbólico, este punto de partida no es más que la represión primaria, en lo esencial una fijación primaria: la mujer tiene que quedar atrás en lo real. La pasividad parece el único significante sustituto que se ofrece para la elaboración por lo imaginario, los fantasmas resultantes se convierten en blancos de la represión posteriormente y son reemplazados por sus *contracaras* <<activas ó masculinas>>. En la pubertad, esto da origen a una segunda represión; la parte masculina tiene que desaparecer para que pueda emerger <<La mujer>>.

Esta conceptualización soluciona algunos problemas previos, pero plantea nuevos interrogantes, porque ha desaparecido las dificultades concernientes al displacer como motivo de la represión. El problema es el siguiente: <<¿era el displacer necesario para generar la represión, si todo se basaba en una sexualidad infantil que procuraba placer?>>. La respuesta a esta pregunta se encuentra en la misma sexualidad infantil, ya que esta se desarrolla hacia dos polos opuestos. Las fantasías placenteras que acompañan la masturbación infantil son activas y por lo tanto dirigidas contra una pasividad temida. Específicamente la actividad sexual evoluciona a partir de las más tempranas relaciones de crianza entre la madre y el niño, el niño da sus primeros pasos independientes cuando comienza a chupetear objetos que están afuera de la madre, cuando realiza la transición de ser amamantado pasivamente a un chupeteo activo de esta forma es la pasividad displaciente el motivo primario de la represión, el primer conflicto.

En la mujer, la segunda ola de represión en la pubertad, es causada por un segundo grupo de representaciones incompatibles, el placer masculino - activo experimentado en la infancia tiene que ser abandonado en beneficio de una forma femenina pasiva. Freud consideraba que esta última era displaciente, aunque él mismo, ya tenía serias dudas sobre su comprensión de equilibrio entre placer y displacer. Por cierto, si sus ideas anteriores eran correctas, ello implicaba que no podía haber placer para la mujer después de la pubertad a menos que fuera masculino activo, precisamente del tipo que ella tenía que reprimir, este importante problema seguía sin resolverse.

Mientras tanto el interrogante fue desplazado a otro punto, <<¿por que tenía que ser tan displaciente la pasividad y por que habría que defenderse de ella?>>. Para Freud la dificultad estaba más en la analogía entre la pasividad y feminidad, sólo una concepción distinta del placer y el displacer pudo solucionar el problema y ello fue el concepto de <<goce>> propuesto por Lacan y una vez más este concepto explicitaba una idea freudiana, la cual provenía de haber examinado Freud la transición entre el ser amamantado pasivamente y el mamar activamente como un paso importante en el desarrollo del niño, significaba un deseo propio. Al final de su vida, Freud prestó más atención a la relación preedípica madre - hijo en la etiología de la histeria y Lacan pudo reconocer en este fenómeno <<el goce del Otro>>, el goce del primer gran Otro, es decir la madre reduce al niño a la condición de mero <<objeto a>> del deseo de este Otro, es decir no tener una existencia propia, el estar siendo gozado por el Otro. Es en este punto donde se reconoce la pasividad como una experiencia primaria de displacer de la que toda neurosis trata de defenderse, este es el complejo de Edipo freudiano entendido por Lacan, como el más importante proceso estructurador en la transformación en ser humano del ser hablante.

Para Lacan, este proceso de toma de distancia se produce a través de un doble mecanismo, la alienación y la separación, ya que le proporciona al niño un significante propio mediante la intervención de la función simbólica del padre, el Nombre del Padre. Este es precisamente el proceso que no se desarrolla con suavidad en las mujeres, en razón de una dificultad estructural, porque no hay un significante propio para la feminidad y la mujer solo puede volverse hacia el falo. De allí que Freud estrechara los lazos entre la histeria, la feminidad y pasividad, lo cual lleva a otra pregunta <<¿cuál es la diferencia entre la represión normal de la represión patológica?>>.

Con el descubrimiento de la sexualidad infantil y la generalización de <<la sexualidad perversa polimorfa>> Freud se vio obligado a volver a su punto de partida, es decir la represión es un proceso universal y normal que la histeria se presentaba en modo excesivo, causando de tal modo la patología, la diferencia entre lo normal y lo patológico aparecía como una cuestión de grado, incluso de constitución, esto es uno de los obstáculos de los *Tres ensayos de teoría sexual*, hasta tal punto que Freud tuvo que concluir con el concepto de histeria generalizada en el cual todos somos histéricos en alguna medida.

De esta manera se puede observar un interesante giro teórico, el problema de la histeria se convierte en el problema de la feminidad. Todos somos perversos polimorfos de niños, todos pasamos por las mociones de la represión antes de alcanzar el punto final genital, sin embargo, esta predisposición a la perversidad polimorfa subsiste casi intacta en “*una mujer promedio no cultivada*” (Freud, 2000^w, p. 174). Es decir, en términos lacanianos debido a la falta de un significante adecuado, la mujer puede escoger cualquier senda a la que tenga acceso, además de que tiene que atravesar un proceso represivo especial en la pubertad para convertirse en mujer. La represión histérica sería solo una forma extremadamente intensa de este proceso, de allí la relación esencial entre la mujer y la histeria y el hecho de que la represión aparezca con mayor frecuencia en las mujeres, con lo cual Freud descubrió un nuevo campo que le llevo más de dos décadas en penetrar <<en el continente negro>>.

Entonces, el elemento originalmente reprimido es el femenino, específicamente los fantasmas femeninos pasivos. La imaginarización defensiva es activa - masculina y se desarrolla a lo largo de las zonas erógenas con sus fantasmas concomitantes, la última de la serie, la zona del clitoris tiene que ser reprimida en la pubertad, para Freud se trataba de la represión del elemento masculino, necesaria para la transición a lo vaginal - femenino, en otras palabras para instaurar el reinado de la zona genital, en tal sentido la histeria sería el resultado de un fracaso de la última represión. Sin embargo, para Freud hay aún un tercer contenido que debe ser reprimido, lo genital en sí mismo.

Con esto, aparentemente se ingreso a un ámbito completamente nuevo que no se adecuaba al cuadro trazado hasta ahora. Con esta última represión centrada en lo genital Freud volvió sencillamente al punto de partida de la represión, la falta de un significante para la feminidad, en este punto es muy importante comprender que el desarrollo recorre un círculo vicioso, una mujer comienza con la represión primaria en virtud de la evolución subsiguiente que se ha examinado, la mujer deja atrás la pasividad y elabora las zonas erógenas de un modo activo masculino, la última zona erógena, la fálica - clitorideana tiene que ser reprimida junto con las fantasías activas que conlleva y remplazadas por la zona pasiva vaginal, en otras palabras una vez más la mujer repite la primera represión, junto con una reactivación de las zonas erógenas anteriores que entonces se comportan exactamente como genitales. <<Genitales>> debe entenderse en sentido fálico, porque el género masculino es el único que tiene un significante propio, de tal modo se faliciza lo pregenital.

En 1905 Freud provocó un escándalo con sus *Tres ensayos de teoría sexual*, como si no fuera suficiente publicó un artículo que había languidecido durante cinco años en un cajón de su escritorio *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, su primer historial importante, escrito en 1900, el cual proporciona un cuadro de la práctica clínica de Freud hacia 1905.

4.7.6 La normativización de deseo histérico.

Al inicio de *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, Freud menciona “*síntomas histéricos son la expresión de los deseos más secretos y reprimidos*” (2000h, p. 42), así en el caso Dora, se encuentra uno de esos elementos que Freud describió desde el principio: el deseo. Por lo que originalmente, Freud tuvo la intención de titularlo <<los sueños y la histeria>>, ya que es el sueño la expresión del deseo inconsciente y la histeria una variación sobre este tema, de esta manera el sueño y la histeria son formas de eludir la represión. Pero, Freud decidió cambiar el título de este historial clínico por <<fragmento>>, <<¿pero por que Freud decide nombrarlo, fragmento?>>, <<¿fue esta una decisión por azar?>>.

Aunque *bruchstück*, en alemán significa fragmento, incompleto, esto no sólo se debió a que la paciente interrumpió el análisis al cabo de tres meses, sino también a que Freud decidió presentar sólo un resumen de los resultados, sin exponer las técnicas utilizadas, la razón fue esencialmente la misma que en *Estudios sobre la histeria* en 1895, es decir entre los síntomas manifiestos sobredeterminados y los deseos latentes subyacentes existe una gran cantidad de material y Freud ya estaba cansado de todo este material circunstancial. Los análisis de los sueños son exhaustivos, demasiados exhaustivos, el analista según Freud no puede seguir este ritmo y el análisis se deteriora porque el relato de los sueños se convierte en una resistencia del paciente.

Con lo cual se puede concluir, que después de todo el cambió del título no fue en absoluto accidental, una vez más Freud emprendió un camino tortuoso hacia la búsqueda original interminable del trauma real, del núcleo real que se repetía en la búsqueda del deseo inconsciente, por lo que al tropezar en todos lados con la misma historia y no hallar nunca una respuesta definida tuvo que finalmente terminar diciendo que la esencia de la histeria es el deseo en sí, independientemente de cualquier contenido.

“*El deseo es el elemento encargado . . . de ocupar el lugar del más allá jalonado por la posición propia del sujeto con respecto a la demanda*” (Lacan, 1999c, p. 377).

Hubo que reconocer la dificultad, cada vez que Freud lograba poner el dedo en la llaga, surgía otro trauma, con Dora decidió seguir un atajo, ella deseaba al Sr. K., quien había ocupado el lugar de su padre, lo demás eran resistencia y eso era todo. El hecho de que no quisiera admitir su deseo constituía precisamente la prueba de que era histérica, y de esta manera se condensa el eje de la interrogación freudiana sobre este caso, <<¿pero cómo se explicaba su repulsa en la escena del lago?>>. Esto se debió a que quien reaccione con disgusto a una situación sexual excitante en términos corrientes es considerado de esta forma.

A lo cual, prejuicios, dijo Lacan: *“Una chica se las arregla solita en esos trances, incluso cuando el señor se le tira encima, que no hay por que hacer aspavientos, si es una chica como tiene que ser . . . Por que Freud lo cree así, ó lo que es más, que una chica normal no tiene porque sentir asco cuando le hacen una cortesía”* (Lacan, 1992, p. 99).

Con estos comentarios provenientes de Freud, se notaba el cambio de la posición de este último: *la del amo*.

4.7.7 La figura del amo.

Freud estaba decidido a no someterse más a lo tortuoso del deseo histérico, siempre cambiante, siempre interminable, de modo que tomo una decisión. Freud el buscador que se encuentra en los *Estudios sobre la histeria* de 1895. Se había convertido en Freud quien sabía, en Freud quien explicaba, enseñaba, demostraba y bastaba con que convenciera de la verdad a sus pacientes.

“En suma, el saber del amo se produce como un saber completamente autónomo del saber mítico y esto es lo que se llama ciencia” (Lacan, 1992, p. 94).

Esto implicaba nada menos que una inversión de posiciones, originalmente Freud había sido el que aprendía, esta actitud se podía encontrar en sus relaciones con Charcot, Breuer y Fliess, es decir adoptaba la posición de discípulo, además sus primeras conceptualizaciones derivaban de sus pacientes histéricas porque permitía que ellas le enseñaran.

<<¿Por que entonces todo cambio hacia 1900?>>. <<¿Cuál fue la razón de este cambio radical?>>. La respuesta se encuentra en este mismo periodo, en el cual Freud se emancipo de Fliess. Ya Fliess encarnaba el conocimiento absoluto, ante el cual solo hay dos reacciones posibles, el rechazo radical o la adoración sumisa que es típicamente histérica y Freud había acogido esta durante cinco años. El punto de rompimiento apreció con la muerte del padre de Freud, el primer amo, en adelante, cambio su transferencia con Fliess, y empezó a cuestionar el saber de ese hombre y a llevar cada vez más al primer plano sus propios descubrimientos, es decir el amo comenzó a fallarle. De esta manera, la solución histérica clásica es el reemplazo de un amo que falla por otro nuevo, sin embargo existe otra posibilidad aunque menos frecuente, el propio histérico puede reemplazar al amo que desfallece y asumir su posición, lo que precisamente Freud hizo, así solucionó <<su pequeña histeria>> de una manera elegante.

4.7.8 El discurso del amo.

Se ha remarcado la importancia de *“pequeña histeria de Freud”* en la cual tomo a Fliess como su significante amo y en ese sentido también se puede decir que la histérica está siempre en busca de la encarnación del amo - maestro

mítico, como encarnación, todo amo real está condenado al fracaso. Lacan condena al discurso del amo como el inicio desde el punto de vista lógico, que funda el registro simbólico como tal, da expresión formal al complejo de Edipo y explica la constitución del sujeto.

“Si nos remitimos a Freud, a su discurso de 1921 llamado psicología de las masas y análisis del Yo, lo que se plantea como primario es precisamente la identificación con el padre” (Lacan, 1992, p. 92).

El significante amo finge ser uno y no estar dividido, ese es su deseo ser indiviso, pero oculta la verdad, la verdad oculta es que está dividido, está dividido por su introducción por el lenguaje. En términos freudianos el padre está también sometido al proceso de castración, el padre primordial es solo un constructo imaginario del sujeto y el resultado de este anhelo imposible de ser uno e indiviso a través de los significantes constituye una mera paradoja porque resulta en una incesante producción del <<objeto a>>, el objeto perdido.

“La palabra padre, algo que siempre está en potencia, en materia de creación. Y en esta relación con esto, en este campo simbólico, donde hay que observar que el padre, en la medida en que desempeña ese papel central principal, este papel amo en el discurso de la histérica, esto es precisamente, lo que desde el punto de vista de la potencia de la creación, sostiene su posición con respecto a la mujer... así se especifica la función de la que depende la relación de la histérica con el padre y es precisamente lo que nosotros designamos como el padre idealizado” (Lacan, 1992, p. 100).

Por cierto, el amo desea ser el Otro, una encarnación del saber deseado por algún otro, precisamente en esta encrucijada lo aguarda el sujeto histérico, ese es también el punto donde la ceguera del amo está determinada estructuralmente, él es ciego a su propia verdad, no puede reconocer esa verdad, porque si lo hiciera caería de su posición y dejaría de serlo.

Por lo tanto, el amo reniega de su propia castración aferrándose al significante amo, este significante es el tapón <<que cierra>> la falta fundamental por medio del cual, el amo cree ser uno.

4.7.9 El discurso de la histérica.

“He aquí lo que constituye la verdadera estructura del discurso del amo. El esclavo sabe muchas cosas, pero lo que sabe más todavía es que quiere el amo, aunque este no lo sepa, lo que suele suceder porque de otro modo no sería un amo. El esclavo lo sabe y esta es su función como esclavo. Por eso la cosa funciona, puesto que sea como sea todo esto ha funcionado durante bastante tiempo” (Lacan, 1999b, p. 32).

Este discurso es la consecuencia lógica del discurso del amo edípico, esto es que al entrar al mundo del lenguaje, cuando se habla se pierde el objeto primario, ya que en este proceso se queda dividido entre significantes y el resultado en una identidad que se encuentra en un flujo constante en un deseo que insiste y no puede ser satisfecho ni destruido. Este deseo, originado en una pérdida primaria, tiene que expresarse a través de una demanda dirigida al otro y convertir a este otro en un significante amo para obtener una respuesta.

Por lo tanto, la histérica recurre a un hombre que se supone que sabe llámese un sacerdote, un médico, un científico o un analista y los interrogantes planteados al amo son siempre los mismos <<dígame quien soy yo, dígame lo que quiero>> y en esta línea, el amo que se supone que sabe producirá una respuesta, pero la respuesta producida por el amo siempre falla, porque la respuesta verdadera concierne al <<objeto a>>, al objeto perdido para siempre y que no puede ponerse en palabras. La reacción común a este fracaso consiste en producir incluso más significantes lo que provoca alejarse más aun del objeto perdido que ocupa la posición de verdad y el resultado inevitable es una confrontación entre el amo, por una parte y la falta fundamental de la cadena significativa por la otra, y así el amo en la posición del otro producirá un cuerpo creciente de saber, y es este mismo saber lo que el sujeto histérico experimenta como profundamente alienante, como respuesta a su pregunta particular, la histérica recibe una teoría general, un saber analítico, una religión, no importa que obedezca o no, que se identifique o no con esa respuesta ya que este saber es incapaz de decir nada importante sobre el <<objeto a>> que ocupa el lugar de la verdad.

De esta manera la histérica impulsa al otro a saber, es el saber lo que desea la histérica como medio de goce, por lo que no solo erige al hombre amo sino que también lo desenmascara, el deseo de él de la misma manera que el de ella está determinado por el <<objeto a>>, de modo que también él está dividido. Al mismo tiempo ella se repliega como objeto del deseo, él no la desea a ella sino al <<objeto a>>, es así como la histérica expone la paradoja del amo como sujeto deseante; la verdad del amo como ya se había mencionado antes es que él también está castrado, dividido y sometido a la ley, la paradoja consiste en que, al luchar por obtener el goce, lo único que él puede producir es un saber siempre insuficiente y que automáticamente lo convierte en amo. Por cierto, la histérica tienen una extraña solidaridad con el hombre como amo, una y otra vez lo eleva después de haberlo hecho caer.

“Lo que la histérica quiere, en el límite, que se sepa, es que el lenguaje no alcanza a dar la amplitud de lo que ella, como mujer, puede desplegar con respecto al goce. Pero lo que le importa a la histérica no es esto. Lo que le importa, es que el otro que se llama hombre sepa en que objeto precioso se convierte ella en este contexto de discurso” (Lacan, 1999b, p. 35).

Para el amo, el único modo de seguir siendo amo es permanecer al margen del deseo y de esta manera se correlaciona la transición amo al padre idealizado,

el padre real de la histérica es un padre castrado, a menudo su potencial procreativo ha desaparecido, es un procreador retirado (el caso Dora lo ejemplifica su padre es un hombre débil y enfermo) y es ahí donde aparece la figura del padre idealizado, como ideal encarna la posibilidad de la creación en relación con la mujer (Lacan, 1992).

Esta es la condición necesaria si se quiere asumir la posición del amo, como padre idealizado, es un padre imaginario, no sometido a la pérdida primaria, un padre completo que esta más allá de la castración y Freud ya tenía conciencia de que solo un padre muerto puede asumir esa función que esta mas allá de la castración, porque en su artículo *Tótem y tabú* de 1913, en donde es el padre primordial asesinado, el que funciona como inaugurador de la ley, solo quien no desea no esta sometido a la castración, sigue indiviso y puede ocupar la posición del amo, y siguiendo esta línea el padre idealizado de la histérica, es el padre muerto, el padre que, liberado de todo deseo, ya no esta sometido a la falta fundamental y puede producir en su propio nombre un saber concerniente al goce, solo un padre muerto sin deseo produce saber (Freud, 2000u).

Finalmente para cerrar este tema sobre los discursos es fundamental decir, que la histeria le procuro a Freud una teoría, le permitió convertirse en amo y además el propio Freud se creyó amo, por lo menos durante cierto tiempo. Logrado esto todo estaba dispuesto para el segundo acto: la histérica pondría a prueba al maestro o al amo. “¿Cuan fuerte era él? o ¿cuánta debilidad podría tolerar?” (Verhaeghe, 1999, p. 93).

4. 7.10 El análisis lacaniano de Dora.

Las mujeres que han asumido un papel activo en el proceso de conocimiento sobre sí mismas, parten de las diferencias de los sexos y se dirigen a el psicoanálisis demandando una teoría de la construcción de tal diferencia. Esta expectativa se torna en decepción y en acusación de producir, reproducir o sancionar algo con su propio discurso científico. “*Cuando fracasa como en el caso Dora, este fracaso es considerado por las mujeres como el fracaso del psicoanálisis para levantar la represión que cae sobre Dora como mujer*” (Dio Bleichmar, 1998, p. 88).

Al principio de este subtema se remarcó la postura adquirida por Freud en este historial, la del amo, la actitud de Freud con Dora fue sin duda la de un maestro, que le explicaba como se debe amar. El seudónimo elegido por Freud para llamar a su paciente lo ilustro a la perfección como lo era “*Dora*”, ya que Dora era el nombre de la doméstica de la hermana de Freud, con esta elección los papeles quedaron asignados sirvienta versus amo, como histérica, Dora advirtió rápidamente el juego, al final ajusto cuentas con Freud abandonó el análisis con catorce días de anticipación, los cuales son el preaviso habitual para los sirvientes. Antes de ese punto, Freud se desempeñó en la escena como un amo, Freud explicaba, enseñaba, demostraba, era él el que sabía y bastaba con convencer a Dora, las contradicciones de ella, fueron pruebas que Freud no dejo

usar en su contra, el análisis se convirtió en una gran demostración, una espléndida exposición didáctica, un razonamiento tan cerrado que Dora no pudo interpelar, su única alternativa fue rechazarlo todo y finalmente abandonar el análisis, no satisfaciendo el deseo de Freud, y aún el cierre dejó lo insatisfecho y Freud se preguntó si habría comprendido cabalmente a Dora, en este sentido la publicación del historial concuerda con la preferencia de este, por la publicación de historiales que él mismo consideraba frustrados, ya que según él son los únicos que pueden enseñar algo, de esta forma Freud examinó críticamente sus errores en el manejo de la transferencia, y años más tarde previno contra esta forma de análisis, el paciente es el que tiene que encontrar por sí mismo los contenidos inconscientes, el psicoanálisis no puede reducirse a una terapia de comprensión de *insight* ni a un medio de instrucción pedante y didáctico.

Dentro de su marco de comprensión de la histeria, el eje de la interrogación freudiana se condensó en incógnitas como “¿Cómo se explica su repulsa en la escena del lago?, ¿cómo pudo una muchacha enamorada sentirse insultada en una declaración que según comprobaremos luego no tuvo nada de grosera ni de ofensiva” (Freud, 2000h, p. 34).

Además en pleno auge del descubrimiento del deseo edípico, Freud sustentó su tesis sobre el deseo del niño a la madre y el deseo de la niña al padre, hasta sus últimas consecuencias, tres décadas más tarde revisó radicalmente su teoría del Edipo, pero en la época de Dora aún estaba convencido de esta distribución de roles que desde entonces se ha vuelto clásica. Desde este enfoque el historial para Freud trató de una variante neurótica del Edipo, la situación edípica que es una estructuración simbólica, fue inicialmente entendida por Freud como una elaboración imaginaria o dual. El caso Dora lo ilustra muy bien, es notable la desaparición de la madre de Dora, no hay huella de ella, salvo la mención de su <<psicosis de ama de casa>>, lo que significó que en el resto del relato faltó uno de los tres pilares esenciales y sólo quedó una prueba de fuerza imaginaria entre dos. En la transferencia, Freud recibe la posición del padre, y en un punto incluso la posición del Sr. K, es decir Dora y el padre, Dora y el Sr. K, Dora y Freud, ninguna relación podría ser más dual, pero estas interpretaciones duales son erróneas, ya que implican un saber del analista que en realidad no posee, la importancia del Edipo según Lacan radica en concentrarse en revelar el complejo de Edipo como una constelación simbólica “donde se decide la asunción del sexo” (Verhaeghe, 1999, p. 15).

Esto va contra cualquier forma de saber preconcebido contra posición del amo que retiene ese saber. Lacan reconoció el primer encuentro con el amo en el estadio del espejo, en el cual, el niño queda frente al otro como una totalidad alienante, la confrontación con este amo genera la posición depresiva, de la cual el niño sale a través de una identificación con el amo, es decir con la imagen primaria especular, que es una base para el posterior ideal de Yo. Dora se negó a esta identificación con el amo, del único modo que le quedaba, rechazando casi todo lo proveniente de Freud. Solo la estructuración simbólica del complejo de Edipo genera una salida posible de este atolladero dual, su precondition

necesaria es la función del padre real y la castración simbólica, que aún estaba muy lejos para Freud, él aún no había descubierto la función del falo, ni la función simbólica del complejo edípico, primero tendría que renunciar a su recién alcanzada posición de amo y volver a la posición del discípulo que recibe lecciones de la histérica, pero antes de este punto Freud como ya se había mencionado anteriormente con Dora ocupó la posición de amo y basándose en su incipiente teoría del complejo de Edipo y congruente con este llegó a la consabida hipótesis que Dora se encontraba enamorada de su padre. Pero el conocimiento analítico progresó lo suficiente para que Lacan y la escuela lacaniana propusieran otra perspectiva diferente a las hipótesis de Freud en el caso Dora. Freud se preguntó que deseaba Dora, sin antes preguntarse quien desea en Dora, para Lacan la histérica toma su punto de apoyo, en un deseo que es el deseo de Otro, el deseo del padre de Dora es un deseo tachado hacia la Sra. K ya que es impotente y con respecto a Dora su deseo hacia su padre es el punto de apoyo en la identificación con el otro imaginario para su satisfacción y equilibrio.

“La identificación se produce con el otro con minúscula que, por su parte está en posición de satisfacer el deseo. Se trata del Sr. K” (Lacan, 1999c, p. 377).

Dora como histérica, no sabe lo que demanda, solo quiere apoyarse y consumarse en su deseo y es ahí donde interviene el Sr. K, en el encuentra a su otro en el sentido del <<objeto a>>, de la misma manera dentro del mismo proceso de identificación, el Yo de Dora es el Sr. K, en el estadio del espejo, en la que el sujeto ubica su sentido para reconocerse, donde se sitúa por primera vez su Yo, Dora lo colocó en el Sr. K, si ella es el Sr. K todos sus síntomas cobran su sentido definitivo (Lacan, 1999c y 1999d).

Es esta la razón del interés de Dora por el Sr. K, no ama al Sr. K como lo creyó Freud, lo que le es indispensable a Dora se encuentra en el deseo de que este por la Sra. K, porque es en esta danza de cuatro, Dora, su padre, el Sr. K, y la Sra. K y que sólo Freud llegó a saberlo más tarde, es la Sra. K el objeto del deseo de Dora.

“¿Por qué Dora desea a la Sra. K y no a la madre cuando en el historial el deseo heterosexual parecía deslizarse del padre al Sr. K y de este al padre fácilmente?” (Dio Bleichmar, 1989, p. 200).

Freud admitió su error, el no haber observado que Dora albergaba un amor <<ginecófilo>> por la Sra. K, además tuvo que llegar a la desconcertante hipótesis de que Dora estaba celosa del padre por la relación de él con la Sra. K, esto no se adecuaba una vez más con el esquema clásico, según este esquema Dora debería haber sentido celos de la Sra. K, por ser la mujer que se había llevado al padre, pero Freud señaló que en realidad ocurría todo lo contrario. Al principio, Freud trató de explicar este hecho invocando una corriente homosexual subyacente, algo que era coherente con una predisposición neurótica y en el proceso de formular la explicación, dedujo que estas corrientes masculinas o

ginecófilas de sentimientos son típicas de la vida erótica inconsciente de las jóvenes histéricas.

“¿Qué dice Dora mediante su neurosis?, ¿Qué dice la histérica - mujer?, su pregunta es la siguiente, ¿Qué es ser una mujer?” (Lacan, 1999d, p. 250).

Aunque en ese momento Freud no se percató cual era la pregunta formulada por Dora, Lacan en su interpretación de la teoría freudiana descubrió la reacción histérica a la falta de un significante propio para La mujer, a la pregunta de <<*que es una mujer*>>, la histérica intenta encontrarle respuesta en otra mujer. El historial es esquemático en este punto, se mencionó con anterioridad que la histérica busca el saber y es el saber es el tema recurrente, pero particularmente el saber sobre la sexualidad. Con la Sra. K, Dora se había hecho confidente y consejera de su vida matrimonial y con ella pudo leer el libro de Mantegazza sobre la fisiología del amor y según palabras de Freud nunca había escuchado una sola palabra hostil contra aquella mujer quien conocía sus gustos y podía elegirle los regalos que Dora apreciaba, por el contrario la madre de Dora era una mujer poco ilustrada y sobre todo poco inteligente, que al enfermar su marido había concentrado todo sus intereses de gobierno del hogar ofreciendo una imagen completa de aquello que Freud mismo calificó de psicosis de ama de casa. <<*¿Cómo podía su madre, mujer de poca inteligencia, cuyo padre descalificaba totalmente y para quien no significaba nada, ser el ideal admirado de una muchacha como Dora?>>, si sabemos por Freud que Dora era “joven madura de juicio independiente que rechazaba el cuidado de la casa y el trato social y prefería estudios serios y cursos y conferencias para señoras”* (Freud, 2000h, p. 22). La Sra. K parecía ser más indicada para ser y representar el modelo de feminidad, deseada y apreciada por su padre, tolerada en su doble vida por su marido, madre y enfermera devota del hombre amado, lectora de temas sexuales, que compartía con Dora, constituía un prototipo más valorizado (Dio Bleichmar, 1989).

Dora se hallaba, efectivamente más interesada en la mujer que en el hombre, pero no en su sexo, sino en su feminidad, en la búsqueda de un ideal del Yo femenino, que lejos de perfilarse como instituido y fácilmente localizable se hallaba desdibujado, la Sra. K con su hermoso cuerpo blanco, encarnaba la pregunta histérica que surge del significante que falta. Este era el complejo de Edipo de Dora, como constelación simbólica a través de la cual, ella intentaba alcanzar su identidad sexual, buscaba una respuesta a la pregunta <*que es una mujer*>, en la amante de su padre.

Por esta razón por un tiempo Dora, acepto ser un objeto al servicio del narcisismo de los personajes del drama, objeto de transición para el padre, vendida al Sr. K, a cambio del silencio de aquél sobre sus relaciones con la Sra. K, objeto del capricho sexual para el Sr. K, pues Dora conocía el episodio de seducción que el Sr. K había tenido con una institutriz, objeto encubridor para la Sra. K, ya que cultivando la amistad con Dora se le facilitaba el acercamiento con el padre, pero la descompensación neurótica llegó cuando el Sr. K le dijo “*la frase*

fatal que le dice el Sr. K –no sabe lo que dice el pobre infeliz, no sabe que sostiene la identificación de Dora-. A saber que su mujer no es nada para él, es precisamente lo que Dora no puede tolerar” (Lacan, 1999c, p. 378).

Su hazaña recibió su recompensa, una bofetada, la misma cuyo contragolpe experimentará Dora mucho después del tratamiento en una neuralgia transitoria, el reclamo de Dora al Sr. K es *“si ella no es nada para usted, ¿qué es pues usted para mí?” (Lacan, 1997c, p. 213).*

Es en ese momento que se hunde la construcción histórica de identificación, con las insignias del Otro en concreto con las insignias masculinas que le ofrece el Sr. K y no su padre. Vuelve a la demanda pura y simple, a la reivindicación del amor de su padre, por lo que Dora entra en un estado paranoico cuando se concibe como lo que ella es para su padre, un objeto de intercambio, alguien que entretiene al Sr. K, mientras su padre puede ocuparse de la Sra. K, Freud no se percató de esto, ya que en la transferencia tiene una simpatía por el Sr. K, puesto que fue él quien le trajo al padre de Dora, tampoco pudo notar los sentimientos que predominaron en Dora, la indignación, la rabia narcisista, la humillación, le indignaba que su padre la creyera una intrigante, una fantasiosa aceptando la opinión de que tal escena del lago no había tenido lugar y que sólo era un sueño de una mente erotizada. Pero sin duda lo que le indigno finalmente a Dora fue la traición de la Sra. K, y el Sr. K no vaciló en considerarse como un inocente seducido apelando a una supuesta perversión de la adolescente, con que derecho podría escandalizarse una muchacha que lee la fisiología del amor de Mantegazza.

Si el Sr. K pudo defenderse de su responsabilidad en la escena del lago Dora sabía que la informante era la Sra. K, la única testigo de sus confidencias y con quien compartiera lecturas de la fisiología del amor. <<¿Estos hechos no le demostrarían dolorosamente a Dora que tanto para el hombre como para la mujer la sexualidad en la mujer no es una atributo que la engrandece, la valorice, que no es una virtud, sino una degradación?>>. Lo que Dora llamó la traición de la Sra. K, consiste en la traición que la propia mujer se hace a sí misma, al no reconocerse el derecho a la actividad sexual, identificada a los paradigmas y sistemas de representaciones del hombre de nuestra cultura (Dio Bleichmar, 1989).

Esta herida infligida al narcisismo de Dora, porque ella no significaba nada a su vez para las propias mujeres que sucesivamente fue considerando sus modelos, la institutriz, la Sra. K, pero al menos la Sra. K significaba algo para los hombres, si la única mujer del universo simbólico de Dora desmoronaba. ¿Quién podía sostener la valorización de la feminidad?. *“¿Acaso no era esto lo que Dora sentía a los 18 años cuando escuchaba: mi mujer no es nada para mi? ¿Qué destino podía imaginar para sí como futura mujer, si la Sra. K, la única jerarquizada dentro de ese conjunto también caía a la categoría de una nada? al falo no se le busca como flecha indicadora que conduzca al tercero femenino, no se trata de otra mujer a la que se desea sexualmente, como Freud lo creyó sobre*

la homosexualidad de Dora, sino una mujer que represente una imagen valorizada de la feminidad” (Dio Bleichmar, 1989, p. 205).

La falta en lo simbólico también es ilustrada en el caso Dora por los sueños de ella. El primer sueño hace referencia al cofre de la madre por el cual el padre no está dispuesto a sacrificar a sus hijos, para Freud el cofre se trataba del material más reprimido, pero el núcleo del sueño encarnaba la pregunta sobre la posición sexual femenina de la constelación edípica, ya que el padre rechazaba el cofre de la madre y elegía a los hijos.

Las asociaciones que Freud realizó con Dora después que relato el primer sueño también fueron significativos, ya que por ejemplo, la caja según la interpretación de Freud es el significado despectivo de mujer y cuando Dora pregunta: ¿dónde está la llave?, la llave es el pene, además Freud caracteriza la continuación del segundo sueño como una geografía sexual simbólica, ya que las palabras puente, estación ferroviaria, y cementerio pueden entenderse como la prolongada búsqueda de un significante que simplemente no está ahí.

Con todos estos significantes Dora culmina en efecto en una pregunta fundamental acerca del tema de su sexo, no sabe que sexo tienen sino <<¿qué es ser una mujer?>>.

Los dos sueños de Dora son transparentes, la pregunta que es ser una mujer es constante y específicamente que es un órgano femenino. Pues Dora estaba en busca constantemente de lo que era o podía ser una mujer y sólo estaba segura de una cosa, de lo que una mujer no era o no se le permitía ser, pero Freud en la posición de amo fue ciego a esto. En la sesión en la que cree haberla reducido a no contradecirlo ya y al final de la cual cree poder expresar su satisfacción, Dora concluye en un tono diferente diciendo: “¿acaso a salido mucho?” (Freud, 2000*h*, p. 92). Dora era susceptible, no aceptaba el menosprecio a la sexualidad femenina, si huía de su madre era probablemente por la inferioridad y no por falta de sentimiento filiales, no quiso ser reducida a la mujer - mucama que mantiene limpia la casa, ni tampoco a la que accede a la sexualidad libre, pero no solo por moral victoriana, sino por hondo conflicto narcisista en la que la sexualidad se constituye en signo de degradación para la mujer, seducida y abandonada (Lacan, 1997*c* y Dio Bleichmar, 1989).

<<¿Entonces en que consiste la especificidad de la lucha fálica que se desarrolla entre el hombre, el médico, el amo y la histérica?>>. La respuesta es en una lucha de poder de mayor reconocimiento, lo que Freud llegó a descubrir mucho después, que el padre idealizado de la histérica es el padre muerto, el padre que, liberado de todo deseo, ya no está sometido a la falta fundamental y puede producir en su propio nombre un saber concerniente al goce. En el segundo sueño Dora recibe la noticia de la muerte de su padre y se le pide que vaya al funeral, pero en vez de hacerlo se dirige a su habitación en donde comienza a hojear un libro, donde ella había encontrado su saber sobre la sexualidad, un padre muerto sin deseo produce saber.

De esta manera una y otra vez a lo largo del historial clínico Dora es expulsada de lo simbólico y reducida a objeto, lo cual la enfrentaba de nuevo a la falta en el Otro, lo cual era exactamente lo que ella quería evitar y curiosamente esto resultaba penosamente duplicado por su apellido, ya que Freud tuvo que guardar silencio por razones éticas sobre el verdadero nombre de Dora, el cual era Ida Bauer, y puesto que Bauer en alemán significa <<jaula para pájaros>>, no era más que Ida, la jaula para pájaros, Ida, nada más que un pájaro en la jaula (Verhaeghe, 1999).

Finalmente, <<¿que es lo que busca?>>, <<¿que es lo que quiere la histérica?>>, lo que a ella le interesa es encontrar respuestas, <<¿y quien puede tenerlas?>>, su mirada se vuelve hacia otra mujer, aquella que encierra el enigma y que puede responder a el, la Sra. K fascinó a Dora, donde lo que finalmente se puso en juego fue siempre la misma pregunta, pregunta que encarna la otra mujer con su misterio, misterio que tiene el nombre de feminidad (Flores, 1991).

“¿Dónde se han ido las histéricas de aquel entonces, esas mujeres maravillosas, las Anna O., las Emmy von N.? Ellas no sólo jugaron un cierto papel, un papel social cierto, sino cuando Freud se puso a escucharlas, fueron ellas las que permitieron el nacimiento del psicoanálisis.”

Lacan, J. Escritos.

ANÁLISIS

Iniciamos este trabajo con el tema de la histeria, por ser la histérica quien se interroga sobre el deseo y la sexualidad, ya que representa un saber en el cuerpo que en realidad ella ignora y en cuya trampa han caído médicos, tratando de encontrar lo que falta o quitar lo que sobra. Por lo que la histeria se burla de la seriedad de la neurología y de la sabiduría de la psiquiatría, se burla, desafía ó reivindica; se escapa en la curación, traiciona a sus aliados y conserva su secreto.

Además que no hay un solo reproche, hecho habitualmente a las mujeres que no apunte a una de las características de la histeria, ya que tal vez ésta personifica una caricatura de la feminidad, con sus mejores y peores rasgos acentuados y deformados, pero al fin y al cabo, por el hecho de que ante todo este término moviliza las defensas inconscientes contra el misterio siempre temible de la sexualidad femenina y por ser también el nombre dado a la antigua relación entre el hombre y la mujer, es decir el enigma del encuentro de los sexos, en el que cada quien busca en el otro, el falo. Porque el hombre que, teniéndolo tampoco lo tiene. Por lo tanto, lo fetichizará en el cuerpo de la mujer y lo buscará en ella bajo diferentes formas, buscando incansablemente en la virgen hasta en la prostituta. En cambio, la mujer por su parte al no tenerlo lo buscará en el hombre, siendo el pene el que aparecerá fetichizado como falo.

El falo entonces estará entre ambos, el hombre <<podrá inscribirse>> en la categoría de ese significante y la mujer no, porque ella no existe, por la falta de un significante unificador, por lo tanto ~~La~~ Mujer queda sometida al significante fálico y también al significante de la falta. Para Lacan ~~La~~ Mujer es el único ser que está dentro y fuera de la ley al mismo tiempo de modo que la relativiza. En la ley, la falta es definitiva y lo real que está detrás del significante es lo que se ha perdido para siempre, ésta falta es entonces constitutiva del ser humano, conduciéndolo a ser dividido por los significantes, convirtiéndolo en un sujeto dividido en lo simbólico y es en este registro lo que es incompleto, en donde hay un <<no todo>> y es ahí donde se introduce <<La Mujer no existe>>. Este enunciado es el efecto del sistema con fundamento fálico y es de esta forma como el deseo de ella pasa a ser un enigma si se le toma como desear un significante que falta, con lo que todas las interpretaciones son posibles, como puede ser el que toda mujer debe disfrazarse, es decir portar atributos fálicos, por ejemplo, los fetiches femeninos como: ropa interior, maquillaje, moda, etc.; la transformación corporal, humores, secreciones, menarca, primeras relaciones sexuales, embarazo, aborto, menopausia, etcétera. O si la identidad femenina se encuentra permanentemente atravesada por el énfasis en la relación afectiva y el porque las mujeres que han incursionado a la vida científica, profesional y cultural que tienen que responder a estas exigencias se encuentran en constante conflicto y oposición con ellas mismas ó si su identidad femenina le impone que una buena mujer es aquella que cuida sus relaciones amorosas, de su familia, y el cuidado del otro, implica una postergación de sus deseos lo que la conduce a tolerar mayores grados de sufrimientos, ya que prefiere conservar el vínculo a gozar, prefiere postergarse a destacar y podríamos continuar con más sobre el tema de la feminidad

produciendo más significantes y con ello alejándonos cada vez más del <<objeto a>>.

Quizás deje de ser así cuando más allá de las racionalizaciones, la problemática de la sexualidad femenina no se encuentre petrificada en ideologías, anatomías o fisiologías (el discurso del amo) que la objetivan al develarla, para desconocerla mejor en nombre de los tabúes inconscientes dejando en suspenso el imaginario en que cada quien se alinea de uno u otro lado en la diferencia de los sexos, ya que la pregunta <<¿que es ser una mujer?>>, sigue persistiendo como en el pasado.

Y que algunos feminismos trataron de encontrar la respuesta a esta pregunta, en ella basaron su lucha y hoy en una <<supuesta>> época en que se vive el derecho a la libertad sexual y al goce, la histérica nos recuerda la constancia de su pregunta; porque la histeria no ha desaparecido, sino solo ha cambiado de apariencia y no resulta extraño que a través de la historia la sintomatología de las neurosis históricamente estructuradas haya adoptado el estilo y los giros de la moda del momento y no se encuentre disfrazada en la actualidad con los vestidos de nuestras abuelas.

Porque si bien la histeria de conversión prácticamente ha desaparecido de la clínica existe sin embargo un equivalente en la actualidad que es la anorexia. Ya que al examinar ésta condición concordamos con la Dra. Dio Bleichmar (1999) sobre la presencia de este trastorno que afecta mayoritariamente a mujeres adolescentes que presentan como características: represión, restricción y/o renuncia a deseos y placeres básicos, grados variables de manipulación interpersonal ó se hallan asociados para atraer la atención o preocupar a otros, teniendo un carácter de <<contagioso>>. Por ello, las epidemias de histeria en los colegios de chicas mencionadas por Freud son una calca de la compulsión a la dieta de las adolescentes de hoy en día.

Si en la época victoriana, el ideal femenino era la envolvente y distante suavidad de la honorable mujer que mantenía su sexualidad bajo control y represión, pero que se caracterizaba por necesitar protección; en el presente, este ideal ha girado hacia la silueta controlada por la dieta y la tecnología, así como en pos del alto rendimiento académico y la autonomía. De modo que tanto la histeria en su época como la anorexia en la actualidad, pueden ser consideradas como la expresión de profundos conflictos que los imperativos de la feminidad condicionan a las mujeres.

Porque el perfeccionismo, una infancia de obediencia y excelentes expedientes académicos, demuestran la presencia de una estructura fuertemente normativa que llega al autosacrificio en muchas futuras anoréxicas. La identificación a la imagen de mujer fetichizada, ideal construido e impuesto culturalmente exige tanto un esfuerzo como un sacrificio. Así las niñas cuando llegan a la adolescencia aborrecen la grasa porque podría representar el conjunto de los aspectos de sí misma que consideran débiles, autoindulgentes y

voluptuosos. Más que usar el cuerpo como un instrumento de poder, la anoréxica somete su cuerpo en un esfuerzo por lograr seguridad a través de la abstinencia.

Todas estas mujeres buscan un estado de bienestar psíquico por medio del reconocimiento interpersonal de la belleza de sus cuerpos ó de la delgadez del mismo que parece ser, básicamente, un equivalente. Si bien el objetivo las unifica, la condición psicológica de la cual parten puede variar en un amplio rango. Ya que se encuentra desde la jovencita que imita a sus compañeras en el colegio que hacen dieta y que la mueve exclusivamente un afán perfeccionista, ya que forma parte de ese perfil descrito para la anorexia de la niña modelo, con excelente expediente académico, guapa y sociable, un poco <<rellenita>>, a la adolescente que no sintiéndose muy favorecida físicamente espera que la delgadez le otorgue los atributos necesarios para acceder al otro sexo, hasta las que fracasando en varios ámbitos encuentran en la empresa de la dieta una compensación ilusoria para su malestar general.

Esta desviación de la imagen hacia la experiencia corporal reconectaría la anorexia con la histeria, es decir la problemática de una identidad femenina que debe dar cabida a la experiencia sexual. La importancia de la imagen como imperativo cultural es obvia pero habría que profundizar en los significados de estos imperativo: <<ser delgada para ser más aceptada, popular y querida>>, <<ser delgada para ser más sexy>> ó <<ser delgada como medio para conseguir una posición profesional>>. El reto de la sexualidad en la adolescente mujer no se limita a enfrentar el empuje de la pulsión desde su interior, una empresa conflictiva sin duda, pero subjetiva, interior, <<secreta>> como sucede en el caso del varón, sino que el cuerpo y la imagen femenina se hacen tan imperativos y tiranos por lo que se le impone a ellos como demanda, ya que en todo momento son objeto de la mirada y del voyeurismo del hombre. Esta es una especificidad de la sexualidad femenina como hemos desarrollado con anterioridad.

Las adolescentes actuales se sienten forzadas a vivir una sexualidad muy activa. Y esto constituye otras de las paradojas para la subjetividad femenina, el avance fenomenal que significó la revolución sexual de los sesenta, una de las conquistas más claras en la segunda mitad del siglo XX. El mayor acceso y legitimación de la sexualidad, el derrumbe de las sanciones morales y las penalizaciones legales que recaían sobre la vida sexual de las mujeres. Sin embargo, la mayor actividad sexual sin sanción que gozan las adolescentes en el presente no ha eliminado los conflictos de la feminidad con la sexualidad. La oposición entre pulsión sexual y narcisismo que caracterizaba la dinámica de la histeria freudiana, ya que si para el Sr. K su mujer no significaba nada, el narcisismo de Dora se sentía herido, pero este conflicto se ha invertido en la actualidad. Las adolescentes a partir de los años 60's, si tratan de escapar a las exigencias y urgencias de la libido puberal deben enfrentar o poseer poderosos recursos para no verse amenazadas en su autoestima, ya que crecientemente se va imponiendo un imperativo de signo contrario, una tiranía de la experimentación sexual. Porque las chicas que no tienen romances o relaciones sexuales atraviesan crisis importantes de malestar y microdepresiones. Siendo en la

actualidad el imperativo no es sólo vivir la experiencia sino pasar a una promiscuidad compulsiva.

Este aspecto autosacrificial del síntoma parece sostener un intento de salvaguardar un sentido del sí misma y un grado de autodeterminación en un contexto que es percibido como ofreciendo una posibilidad de autonomía muy incierta, ya que el patrón de feminidad corporal deseable para ser deseada es más riguroso que nunca. La disociación histérica, ó como la denominaba Freud, <<la *belle indifférence*>>, también consistía en una renuncia para lograr la valoración narcisista, pero resultaba menos peligrosa para la autoconsecración, ya que sólo se perseguía controlar la sexualidad y no el hambre.

De esta manera la interpretación psicoanalítica enuncia que para la mujer, es el Otro, esa mujer primordial, la que sabe qué es tener un sexo cuando no se tiene el falo, la que sabe que es tener un falo para una mujer que no lo tiene, de allí deviene el objeto de amor esencial y, a la vez, objeto de envidia y rivalidad.

Ya que si aceptamos la tesis lacaniana de que la madre es la que representa en primer instancia al Otro y en consecuencia, la que con su deseo y su discurso inscriben al infante en lo simbólico y siguiendo a Freud, en que el hijo es en el registro del deseo femenino el sustituto del pene faltante, entonces podemos afirmar que para la mujer no es lo mismo parir un varón que una niña. La representación del cuerpo para la psique y de la psique para el cuerpo y el problema de la identificación de uno u otro estará desde el principio determinada por la carga libinidal que la madre se capaz o no de conferirle y por la cualidad de esta investidura con mayor o menor erotización o sublimación. En otras palabras, depende de la resolución o no del Edipo y la castración de la madre, es lo que determinará las modalidades del maternaje y del lugar que ocupe el hijo en su deseo y en su discurso.

Porque el deseo materno y la compensación narcisista de la mujer no se realiza de igual manera siendo indiferente el sexo biológico del hijo. Las consecuencias y desencadenamientos psíquicos tanto para el inconsciente materno, como para el infante, no son indiferentes al sexo de ambos. El varón, por el simple hecho de ser peneano, se puede constituir para la madre en un equivalente psíquico que representa un elemento corporal heterogéneo, no solamente como un otro cuerpo, sino la heterogeniedad que le muestra la diferencia sexual anatómica. Esto facilita la vía para que este hijo venga a ocupar el lugar del falo imaginario y proporcione a partir de la realización simbólica del deseo del falo, una completud narcisista. Así, el sentido libinidal que el hijo varón tiene para el inconsciente materno logra no ser contradictorio con la lógica del deseo femenino.

Como Freud mencionó, si el niño desea ser el objeto de deseo de la madre y si el anhelo de un hijo apunta a un deseo de tener un hijo del padre, su sustituto del pene, entonces entre el hijo y la madre se ponen en juego el deseo de ella y el de él, en un solo deseo, no contrapuesto sino convergente en ser una posible

realización fantasmática del deseo. Se entiende entonces el postulado freudiano según el cual, el niño tiene acceso a demandar y tener objetos sustitutos (otras mujeres) los cuales se convertirán en los signos que demuestren ser para la madre lo que ella querría tener, el objeto de su deseo.

Ante la castración de la madre, el niño como peneano tiene facilitada la vía para realizar una ecuación simbólica, no es el falo pero lo tiene en ese momento ahora, solo debe conservarlo, en cambio la niña se ve limitada justamente en esta vía y reconoce que ni es, ni lo tiene y nunca lo tendrá. Con lo cual, el destino de la niña difiere del varón, puesto que su sexo, si bien le permite a la madre realizar la equivalencia simbólica de niño igual a falo imaginario, esta equivalencia no se realiza sin cierto forzamiento, debido a su castración. Por otra parte puede llevarse a cabo esta equivalencia, pero la niña no deja de estar colocada en el lugar del engaño, he aquí la importancia del postulado freudiano que subraya que mientras la niña entra al Edipo, el varón ya ha salido de él, problemática que por otra parte nunca se resuelve.

Entonces lo que queda inscrito en el psiquismo de la niña es la huella de una mirada que mira un vacío y en tanto vacío imposible de llenar. El duelo por la pérdida del falo conduce a la mujer a poner toda su libido en la investidura narcisista corporal en detrimento de sus pulsiones sexuales. Esta investidura narcisista se puede utilizar como sustrato los elementos más insólitos, la mujer es capaz de encontrar, poco o mucho esta integridad narcisista por sobre cualquier satisfacción. Cuando la mujer se sabe amada a pesar de su falta, puede acceder a una investidura narcisista mejor lograda, pues con el amor del otro obtiene algo que en su inconsciente equivale a la posesión de un falo. Algunas veces llega a ser toda ella ese falo imaginario y convertirse entonces como poseedora de una autonomía narcisista. Invistiendo narcisísticamente su Yo, entonces se piensa bella, encantadora y deseable, tiene acceso a una investidura narcisista ideal que únicamente necesita como soporte al cuerpo. En este sentido inverso, el destino de la mujer que no se reconoce amada es desarrollar una conducta antilibinidal superyoica que investirá narcisísticamente, igual que la otra ha investido su Yo.

A diferencia del varón que centra básicamente su libido narcisista en su genital y más allá, en su potencial y su deseo, la niña ante su no sexo se ve precisada a considerar todo su cuerpo en conjunto como un órgano sexual, bajo una forma de representación fálica inconsciente de su Yo. En este caso el falo, no tiene nada de viril, sino que funciona como símbolo de integridad narcisista. La mujer entonces carece de una confirmación narcisista, ya que la madre está impedida para dársela, por ello espera que el hombre, el padre en primer lugar, se la suministre.

En la referencia a la feminidad en el psiquismo femenino se opera la reactivación de un duelo originario que representa la pérdida del cuerpo psíquico como soporte del deseo del otro. El dolor narcisista resultante es único e incomunicable. La forma como la mujer resuelve este derrumbe narcisista

dependerá de cómo se dio el interjuego edípico y fundamentalmente, del lugar que le dio la madre en su discurso y su deseo.

Ya que si la madre le da a su hija el lugar de su falo imaginario como si no se lo da, no se resuelve la problemática femenina. Porque aun colocada en el lugar del falo de la madre, no deja de ser un artificio que conduce a la niña necesariamente al resentimiento y la decepción cuando descubre el engaño. En cambio, cuando la niña queda completamente excluida de ese lugar, es decir, que es ella la que desengaña a la madre, se ve enfrentada a un duelo del ser imposible de elaborar. Por lo tanto en lo simbólico en el Otro, no hay ningún saber sobre la mujer, no hay ninguna relación sexual pueda expresarse simbólicamente.

De esta manera los intentos de definir que es lo femenino desde orden de lo natural como fuente de saber, quedan sin sustento, ya que el saber humano tiene un fundamento fálico, ya que se encuentra en el plano del significante, en el orden simbólico, desde donde significarán emblemas y atributos de sexo. Estos atributos se resignificarán a partir del reconocimiento de la diferencia sexual por el camino de las identificaciones que llevarán al ser humano a asumirse y a subjetivarse como hombre o como mujer. Esta es la razón de los fracasos al intentar definir lo masculino y lo femenino, homologándolos a la posición activo/pasivo, según la equivocada metáfora biológica del espermatozoide y el óvulo. Porque la significación de lo masculino y de lo femenino no posee ninguna especificidad natural, ninguna en sí, sino que adquiere diferentes modalidades según una historicidad socialmente determinada y con variantes culturales sobreimpuestas.

Ya que si lo que aparece como femenino o masculino es cambiante a lo largo de la historia y entre diferentes culturas, cabe mencionar: <<¿cuál o cuáles son las constantes que tienen un carácter estructurante y fundante?>>. Siendo la respuesta lo que es fundante es la diferencia entre los sexos, siendo esa diferencia efecto del significante. De allí la promoción al primer plano del significante falo, significante de la diferencia. De esta manera el acceso a la subjetividad está marcado por la castración, porque sólo en tanto castrado puede un hombre dirigirse a la mujer y hacerla objeto de su deseo. Pero también la mujer, sólo en tanto que castrada, puede buscar a un hombre y dándole una atribución fálica, esperar de él un hijo, sin que en ello se agote su deseo. De esta manera es difícil concebir la idea de una maternidad natural, como ahora lo muestran las nuevas técnicas de reproducción.

Todos estos argumentos permiten sostener la razón para poder argumentar que la cultura y la familia son falocéntricas. Y que el falo es el centro, en tanto que es significante de la castración. De ahí la promoción al primer plano del significante falo, que es el significante de la diferencia, lugar de la represión originaria, tachadura que funda al sujeto separándolo, cortándolo diferenciándolo del Otro, promovido a objeto del deseo ya y desde siempre perdido. Con lo cual, la feminidad y la masculinidad no tienen contenido, pues son marcas de definición frente al otro y en la que cada uno se define a partir de lo que al otro le falta.

REFERENCIAS

Beauvoir, S. (1989). El segundo sexo. México. Siglo XXI.

Bleichmar, H. (1994). Introducción al estudio de las perversiones. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión.

Braunstein, N. (1989). Freudiano y Lacaniano. En Braunstein, N. (compilador). Coloquios de la fundación 6: Las lecturas de Lacan (pp. 5 - 57). México. Armella.

Braunstein, N. (1998). De síntomas y mujeres. En Lamas, M. y Saal, F. (compiladoras). La bella (in)diferencia (pp. 119 - 134). México. Siglo XXI.

Breuer, J. y Freud, S. (2000a). Estudios sobre la histeria. En Obras completas (Vol. 2, pp. 1 - 25). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1893 - 1895).

Breuer, J. y Freud, S. (2000b). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar. En Obras completas (Vol. 2, pp. 27 - 43). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1893).

Cid, M. L. (compiladora) (1998). Psicoanálisis e identidad de género. Madrid. Biblioteca Nueva.

De la Aldea, E. y Rahman G. (1998). Los juegos de Alicia. En Lamas, M. y Saal, F. (compiladoras). La bella (in)diferencia (pp. 35 - 42). México. Siglo XXI.

Dio Bleichmar, E. (1989). El feminismo espontáneo de la histeria. México. Fontamara.

Dio Bleichmar, E. (1998). Deshilando el enigma. En Lamas, M. y Saal, F. (compiladoras). La bella (in)diferencia (pp. 87 - 118). México. Siglo XXI.

Dio Bleichmar, E. (1999). Anorexia e histeria. Disponible en: <http://www.aperturas.org/4dio1.html>

Dor, J. (1994). Introducción a la lectura de Lacan. Barcelona. Gedisa.

Dor, J. (1996). Introducción a la lectura de Lacan. Tomo II. Barcelona. Gedisa.

Ellenberger, H. (1988). El descubrimiento del inconsciente. Madrid. Gredos.
Flores, L. (1991). El enigma de la feminidad. Tramas: Subjetividad y procesos sociales. Vol. 2, 25 - 35.

Freud, S. (2000a). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En Obras completas (Vol. 19, pp. 261 - 276). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).

Freud, S. (2000b). Conferencia 21 de introducción al psicoanálisis. En Obras completas (Vol. 16, pp. 292 - 308). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916 - 1917).

Freud, S. (2000c). Conferencia 33 de las nuevas conferencia de introducción al psicoanálisis. En Obras completas (Vol. 22, pp. 104 - 125). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933).

Freud, S. (2000d). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En Obras completas (Vol. 14, pp. 2 - 64). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).

Freud, S. (2000e). El Yo y el Ello. En Obras completas (Vol. 19, pp. 3 - 63). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

Freud, S. (2000f). El malestar en la cultura. En Obras completas (Vol. 21, pp. 57 - 140). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).

Freud, S. (2000g). Esquema del psicoanálisis, Cap. III: el desarrollo de la función sexual. En Obras completas (Vol. 23, pp. 150 - 154 y 183 - 194). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1940).

Freud, S. (2000h). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En Obras completas (Vol. 7, pp. 3 - 107). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Freud, S. (2000*i*). Inhibición, síntoma y angustia. En Obras completas (Vol. 20, pp. 72 - 161). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).

Freud, S. (2000*j*). La interpretación de los sueños, apartado: Muerte de seres queridos. En Obras completas (Vol. 4, pp. 258 - 279). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).

Freud, S. (2000*k*). La organización genital infantil. En Obras completas (Vol. 19, pp. 143 - 149). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

Freud, S. (2000*l*). Pegan a un niño. En Obras completas (Vol. 17, pp. 175 - 200). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).

Freud, S. (2000*m*). Presentación autobiográfica. En Obras completas (Vol. 20, pp. 1 - 70). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).

Freud, S. (2000*n*). Prólogo a la traducción de H. Bernheim, *De la suggestion*. En Obras completas (Vol.1, pp. 77 - 91). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1888).

Freud, S. (2000*ñ*). Prólogo a la traducción de J.-M. Charcot, *Lecons sur les maladies du système nerveux*. En Obras completas (Vol.1, pp. 9 - 15). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1886).

Freud, S. (2000*o*). Psicología de las masas y análisis del yo, cap. VII: la identificación. En Obras completas (Vol. 18, pp. 99 - 104). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).

Freud, S. (2000*p*). Sepultamiento del complejo de Edipo. En Obras completas (Vol. 19, pp. 177 - 187). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).

Freud, S. (2000*q*). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. En Obras completas (Vol. 3, pp. 25 - 40). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1893).

Freud, S. (2000_r). Sobre la génesis de un caso de homosexualidad femenina. En Obras completas (Vol. 18, pp. 139 - 164). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).

Freud, S. (2000_s). Sobre la sexualidad femenina. En Obras completas (Vol. 21, pp. 225 - 244). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1931).

Freud, S. (2000_t). Teorías sexuales infantiles. En Obras completas (Vol. 9, pp. 185 -201). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).

Freud, S. (2000_u). Tótem y tabú. En Obras completas (Vol. 13, pp. 1 - 164). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).

Freud, S. (2000_v). Trabajos sobre hipnosis y sugestión. En Obras completas (Vol.1, pp. 69 - 81). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1888 - 1892).

Freud, S. (2000_w). Tres ensayos de teoría sexual. En Obras completas (Vol. 7, pp. 111 - 222). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Freud, S. (2000_x). Un caso de curación por hipnosis. En Obras completas (Vol.1, pp. 147 - 162). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1892 - 1893).

Freud, S. (2000_y). Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica. En Obras completas (Vol. 14, pp. 261 - 271). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

Figes, E. (1970). Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad. Madrid. Alianza.

Firestone, S. (1976). La dialéctica del sexo. Barcelona. Kairós.

Friedan, B. (1974). La mística de la feminidad. España. Jucar.

Giménez, M. (1991). Judaísmo, psicoanálisis y sexualidad femenina. España. Editorial del Hombre - Anthropos.

Greer, G. (1972). El enuco femenino. México. Azteca.

Jones, E. (1982). El desarrollo temprano de la sexualidad femenina. En Collage University Press-New Haven (compilador). Psicoanálisis y sexualidad femenina (pp. 25 - 47). Buenos Aires. Horme, S. A. E.

Horney, K. (1979). El nuevo psicoanálisis. México. Fondo de cultura económica.

Horney, K. (1982). La negación de la vagina. En Collage University Press-New Haven (compilador). Psicoanálisis y sexualidad femenina (pp. 104 - 125). Buenos Aires. Horme.

Klein, M. (1986). Psicoanálisis del desarrollo temprano, Cap. 3: estadios tempranos del complejo de Edipo. Buenos Aires. Horme, S. A. E.

Klein, M. (1997). El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. España. Editorial - Promolibro.

Lacan, J. (1992). El amo castrado. En el seminario de Jaques Lacan: El reverso del psicoanálisis (Libro 17, pp. 91 - 106). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1970).

Lacan, J. (1995a). La cosa freudiana. En Escritos 2 (pp. 384 - 416). México. Siglo XXI.

Lacan, J. (1995b). La significación del falo. En Escritos 2 (pp. 665 - 675). México. Siglo XXI.

Lacan, J. (1995c). Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad. En Escritos 2 (pp. 627 - 664). México. Siglo XXI.

Lacan, J. (1997*a*). El estadio del espejo como formador de la función del Yo (*Je*) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En Escritos 1 (pp. 86-93). México. Siglo XXI.

Lacan, J. (1997*b*). Función y campo de las palabras y del lenguaje en Psicoanálisis. En Escritos 1 (pp. 227-310). México. Siglo XXI.

Lacan, J. (1997*c*). Intervención sobre la transferencia. En Escritos 1 (pp. 204 - 215). México. Siglo XXI.

Lacan, J. (1999*a*). Dios y el goce de La mujer. En el seminario de Jacques Lacan: Aún. (Libro 20, pp. 79 - 83). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1973).

Lacan, J. (1999*b*). El amo y la histérica. En el seminario de Jacques Lacan: El reverso del psicoanálisis. (Libro 17, pp. 29 - 37). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1970).

Lacan, J. (1999*c*). El sueño de la bella carnicera. En el seminario de Jacques Lacan: Las formaciones del inconsciente. (Libro 5, pp. 376 - 378). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1958).

Lacan, J. (1999*d*). La pregunta histérica (II): ¿Qué es una mujer?. En el seminario de Jacques Lacan: Las psicosis. (Libro 3, pp. 247 - 260). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1956).

Lacan, J. (1999*e*). La niña y el falo. En el seminario de Jacques Lacan: Las formaciones del inconsciente. (Libro 5, pp. 277 - 294). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1958).

Lacan, J. (1999*f*). La sexualidad en los desfiladeros del significante. En el seminario de Jacques Lacan: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. (Libro 11, pp. 155 - 167). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1964).

Lacan, J. (1999*g*). Los tres tiempos del Edipo. En el seminario de Jacques Lacan: Las formaciones del inconsciente. (Libro 5, pp. 185 - 201). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1958).

Lacan, J. (1999*h*). Una carta de Almor. En el seminario de Jacques Lacan: Aún. (Libro 20, pp. 95 - 108). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original leído en 1973).

Laplanche, J. (1980). La sexualidad. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión.

Leader, D. y Groves, J. (2002). Lacan para principiantes. Buenos Aires. Era naciente SRL.

Loyden, H. (1991). La mujer objeto. La feminidad en los juegos de los imaginarios. Tramas: subjetividad y procesos sociales. Vol. 2, 59 - 65.

Millet, K. (1970). Política sexual. México. Aguilar.

Minsky, R. (2000). Psicoanálisis y cultura. Madrid. Cátedra, S. A.

Mitchell, J. (1982). Psicoanálisis y feminismo. España. Anagrama.

Moran, B. y Olmos, L. (1998). El síntoma en la obra de Sigmund Freud. Tesis de licenciatura. UNAM.

Nasio, J. D. (1992). Grandes psicoanalistas. España. Gedisa.

Nasio, J. D. (1993). Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan. España. Gedisa.

Nasio, J. D. (2000). Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis. España. Gedisa.

Nobus, D. (2000). Teorizando la comedia de los sexos: Lacan y la sexualidad. En Burgoyne, B., Sullivan, M. (Compiladores). Los diálogos sobre Klein - Lacan (pp. 177 - 207). Argentina. Paidós.

Oliver, C. (1989). Los hijos de Yocasta. México. Fondo de cultura económica.

Saal, F. (1998a). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En Lamas, M. y Saal, F. (compiladoras). La bella (in)diferencia (pp. 10 - 34). México. Siglo XXI.

Saal, F. (1998b). De seres, decires, de mujeres. En Lamas, M. y Saal, F. (compiladoras). La bella (in)diferencia (pp. 163 - 168). México. Siglo XXI.

Saal, F. (1998c). Espejo de mujer. En palabra de analista. (pp. 53 - 58) México. Siglo XXI.

Saal, F. (1998d). La mujer no existe. En palabra de analista. (pp. 47 - 52) México. Siglo XXI.

Schaith, N. (1998). Condición cultural de la diferencia psíquica entre los sexos. En Lamas, L. y Saal, F. (compiladoras). La bella (in)diferencia (pp. 43 - 78). México. Siglo XXI.

Strauss, M. (1993). La verdadera función del padre es unir un deseo a la ley. En Brouse M, Cottet, S., Léger, C., Matet, J., Miller, G., Regnault, F., Silvestre, M., Soler, C. y Strauss, M. (compiladores). Presentación de Lacan (pp. 27 - 68). Buenos Aires. Manantial.

Torres, M. A. (1991). El derrumbe del cuerpo. Tramas: subjetividad y procesos sociales. Vol. 2, 37 - 44.

Tubert, S. (1998). Psicoanálisis y feminidad. En Lamas, M. y Saal, F. (compiladoras). La bella (in)diferencia (pp. 135 - 152). México. Siglo XXI.

Verhaeghe, P. (1999). ¿Existe la mujer?. Buenos Aires. Paidós.